ALFREDO DE BRAGANZA
ESPÍA IMPLACABLE
UN THRILLER DE DAVID RIBAS

ESPÍA IMPLACABLE

ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *Espía implacable*
Copyright © 2023 Alfredo de Braganza
Todos los derechos reservados.

Maquetación: Autopublicamos.com

Este libro digital está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a Amazon y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Web del autor:
https://alfredodebraganza.com/

Redes sociales del autor:

Obtén una copia digital GRATIS de mi novela *El secuestro* y mantente informado sobre mis futuras publicaciones. Suscríbete en este enlace: https://alfredodebraganza.com/novelagratis/

A Dino y Ariam.
A Mahsa.

«Solo lamento no tener más que una vida para darla por mi país».
Nathan Hale

«Cuidado con la hoguera que enciendes contra tu enemigo, no sea que tú mismo ardas en ella».
William Shakespeare

«Habrá un día sin su noche y una noche sin su día».
Lady Halcón

PREFACIO

Vicente Navarro trabajaba en el comercio internacional desde hacía quince años. Esto era lo que aseguraba cuando un amigo o familiar le preguntaba a qué se dedicaba en la India cuando volvía a España de vacaciones con su mujer y su hija.

En realidad, era un agente comisionista que cobraba por interceder en la venta y compra de productos hechos en la India. En concreto, textiles, muebles y artículos de decoración.

Le iba muy bien. Se había casado con una mujer india y tenían una hija nacida en Nueva Delhi que estudiaba en un colegio privado. La familia Navarro residía en Bombay. Su oficina estaba ubicada en la otra punta de la ciudad. De su vivienda a su puesto de trabajo tardaba casi dos horas.

Todo empezó hacía veinte años, cuando le designaron un puesto como becario en la Oficina Comercial de la embajada española en Nueva Delhi. En aquella época, era un joven despreocupado y se lo pasaba bien.

El prestigio social que daba trabajar en una misión diplomática en la capital de la India le permitía disfrutar a diario de la vida nocturna de la ciudad.

Cada semana era invitado, junto a sus compañeros de oficina, a cócteles en hoteles de cinco estrellas donde empresas extranjeras daban soporíferos simposios. Lo interesante llegaba al final: el consumo de bebidas y aperitivos era gratis. Más tarde, y ya ebrios, iban a la discoteca del hotel.

También asistían a las fiestas nacionales que celebraban las embajadas y se apuntaban a viajes, como excursiones y *tours* esporádicos, cada vez que se celebraba un puente o durante las numerosas festividades de la India. Tenía tanto tiempo libre y era tan cómoda la estancia en Nueva Delhi que deseaban que no acabase nunca aquella situación, sin responsabilidades personales o familiares a las que atender. Tampoco tenía mucho que hacer en su trabajo: elaborar informes de mercado, que solía consistir en adaptar obsoletos ficheros PDF de anteriores becarios, organizar visitas a empresarios españoles durante las misiones comerciales y poco más.

Carpe diem era su lema por entonces, sin tener ni una vaga idea sobre qué hacer cuando su periodo de becario terminara y tuviera que volver a España.

Así pasaron las semanas y los meses hasta que intervino el destino,

el amor. En un bochornoso día de verano, Adity Sharma comenzó a trabajar como asistente y traductora. Vicente se vio pronto arrastrado por la sonrisa, los conmovedores ojos y la personalidad arrolladora de la joven india.

Aun advertido por los españoles con más experiencia en el país, que le decían que iniciar una relación con una joven india no era lo mismo que en España debido a las implicaciones sociales y culturales que conllevaba, comenzaron una amistad. El ardor de Vicente no fue a menos. La chica le presentó a su familia, dándose a entender una relación formal.

Su periodo como becario llegó a su fin. Sin un contrato de trabajo y con el visado de permanencia a punto de caducar, Vicente no tuvo otra opción que regresar a España, donde se sintió desconsolado y solo.

Durante semanas mantuvo una apasionada comunicación por internet con Adity, a la que pedía tiempo y paciencia. Al final, decidió volver a la India tan pronto como recibió el contrato de una empresa española dedicada al textil que lo nombró *country manager*; es decir, representante de la firma en el país. Su cometido era buscar proveedores locales e inspeccionar los pedidos durante la fabricación y antes de embarque.

La segunda estancia de Vicente no hizo más que avivar la relación. No pasó mucho tiempo para que los fuegos del deseo culminaran en boda. Como los familiares de Adity tenían un pequeño pero céntrico apartamento en Bombay, que les dieron como dote, decidieron dejar Nueva Delhi e irse allí a vivir.

Los negocios prosperaron gracias a los amplios contactos que había establecido desde su época de becario. No tardó en decirse a crear su propia agencia de representación. Un tiempo después, Vicente consiguió un crédito y compró un apartamento en otra zona de la ciudad, ubicando allí su nueva oficina. Lo peor era la distancia entre su casa y su trabajo.

Comenzó a representar a empresas indias y a ofrecer sus productos a importadores y distribuidores españoles e hispanoamericanos. No requería empleados. Un teléfono fijo, un ordenador, un fax, una impresora y su imponente iPhone último modelo era todo lo que necesitaba. De vez en cuando, Adity lo ayudaba a organizar el papeleo archivado de los pedidos.

Tan pronto Vicente salía para su oficina, Adity hacía la comida. Una vez terminada, la guardaba en táperes herméticos de metal. Un hombre con gorra blanca que empujaba un carrito lleno de estos recipientes recogía en su domicilio el almuerzo y lo llevaba a la oficina de Vicente a la hora indicada.

El hombre que ejercía tal profesión se denominaba *dabbawalla*.

Operaban en el centro urbano y formaban parte de una red compleja. Desde las casas de particulares a las oficinas usaban tan solo trenes de cercanías, bicicletas y carretillas. Los recipientes metálicos que transportaban eran casi iguales; solo se diferenciaban por una serie de letras de colores y números marcados.

Los *dabbawallas* seguían dos principios: «El trabajo es adoración» y «Guerra contra el tiempo». Todos los días, entre las nueve de la mañana y las doce y media, tenían que iniciar y completar su cometido recorriendo el itinerario asignado.

Aquel día, el hombre que tocó a la puerta por la mañana era distinto: alto y delgado, de piel cetrina.

—*¡Dabbawalla!* —gritó desde el vestíbulo.

Recibió de Adity la fiambrera metálica para su marido. Llevaba la gorra calada, ocultando parcialmente su rostro. Ella, al darse cuenta de que no era el mismo empleado de siempre, quiso preguntar por su compañero, pero desistió, porque los *dabbawallas* trabajaban contra el tiempo y prefirió no entretenerlo.

Adity le dijo que había llegado con diez minutos de adelanto y que la comida aún no estaba envasada. Volvió a la cocina y se apresuró a guardar el *daal*, las lentejas, en un recipiente de aluminio y en otro, el *subzi*, las verduras. Una vez que terminó de cocer el quinto *chappati*, una tortita redonda y plana, lo puso en otra tartera de igual tamaño y apiló los tres. Luego, con un gancho, cerró las fiambreras formando un único paquete hermético y compacto.

Una vez acumulado cierto número de recipientes, empujando la pesada bicicleta, el *dabbawalla* se dirigió a un lugar fuera del itinerario habitual.

En un viejo almacén que usaba como escondite, aquel siniestro hombre pretendía abrir todas las fiambreras, infectar los alimentos con un virus trasmisible de persona a persona y repartirlas a sus destinos antes de las doce y media. Los resultados tardarían horas en materializarse, lo que le daría tiempo para escapar de Bombay.

La cadena de infección ampliaría el número de contagiados tan pronto como cada persona con el virus tuviera contacto con otra en un efecto dominó. Con solo treinta fiambreras sería capaz de infectar a toda la ciudad, a todo el país e, incluso, de extender los efectos devastadores al resto del mundo.

La dirección de Vicente Navarro era la primera del reparto debido a un motivo que solo los dos conocían.

PARTE UNO

EL ASESINATO

1

El hotel The Hillock de la ciudad comercial de Ahmedabad, en Guyarat, el estado más al oeste de la India, era una mezcla de modernidad y arquitectura tradicional europea.

Estaba situado a cinco kilómetros del estadio de críquet más grande del mundo, el Sardar Patel, inaugurado por el entonces presidente de los Estados Unidos de América, Donald Trump, durante una visita oficial a la India.

A unos ocho kilómetros se encontraba el Gandhi Ashram, la vivienda de Gandhi cuando volvió al país tras su etapa en Sudáfrica, desde donde iniciaría la famosa marcha de la sal para conseguir la independencia de la India del Imperio Británico.

David Ribas se encontraba de pie en el pórtico del hotel. Sobre sus hombros llevaba colgando una mochila deportiva. La humedad era tan elevada que tenía la camiseta sudada y pegada a la espalda.

Varios taxis provenientes del aeropuerto llegaban y sus ocupantes salían apresurados hacia el interior del acondicionado *lobby* en busca de un lugar fresco y ventilado mientras los empleados del hotel sacaban los equipajes del maletero.

Un vehículo frenó a la altura de David.

—Espero que no hayamos llegado tarde —dijo el conductor asomando la cabeza por la ventana; llevaba unas gafas de aviador y el pelo largo peinado hacia atrás en una coleta.

—No. De hecho, diría que ha llegado antes de tiempo —bromeó David tomando asiento en la parte de atrás.

Arrancó tan rápido que el impulso lo empujó contra el respaldo. Enseguida se incorporaron a la carretera.

El hombre que iba como copiloto se giró y, extendiendo la mano por encima del respaldo, dijo:

—Hola, soy Balveer.

—Y yo Arun —anunció el conductor mirándole durante un instante por el espejo retrovisor.

—Me alegro —contestó David—. Como sabéis, yo soy Stephen.

—Stephen, no sabes lo mucho que nos alegramos de conocerte.

—¿Dónde has aprendido a hablar hindi así? —preguntó Arun, atento a la conducción.

—Digamos que tuve buenos profesores y fui un alumno

aventajado.

—Es increíble —rio Arun, mirando a su compañero—. Habla igual que la gente de Bombay. Según nos han dicho, eres de Australia.

—Sí. Así es.

—Increíble. Habla como un indio maratí.

Ambos se echaron a reír.

Arun conducía muy rápido. Al cabo de un tiempo se desviaron por una carretera secundaria y en pocos minutos ya se encontraban en la periferia de la ciudad. Después de otro desvío, entraron en una zona forestal.

Tras unos breves instantes, pararon en un silencioso y desierto lugar. El coche, ya parado, se enfriaba entre pequeños tintineos y chasquidos.

Arun se colocó las gafas de sol sobre el cabello y se giró hacia el asiento de atrás.

—Amigo Stephen, ha llegado la hora.

—Danos la mercancía y te damos el dinero —añadió Balveer dando una sonora palmada y frotándose las manos con alegría.

David abrió las manos y las levantó al aire en acto de resignación.

—No tengo aquí la droga.

Los dos se miraron sorprendidos y se volvieron, perplejo, hacia el pasajero.

—¿Cómo qué no? —preguntó Arun con sorpresa.

—¿Qué llevas en esa mochila, entonces? —inquirió a su vez Arun, conteniendo su enfado.

—Amigos, la droga la tengo escondida en la habitación del hotel. —Levantó la mochila—. Aquí llevo una botella de agua y papel higiénico, ya que sufro del estómago cada vez que viajo a la India.

Arun no parecía muy contento.

—Entonces, ¿para qué te crees que habíamos quedado en recogerte?

—He dejado la mercancía en mi habitación porque quería estar seguro de que erais vosotros las personas con las que tenía que estar en contacto y no policías infiltrados. —Ambos se miraron y asintieron de mala gana ante aquel argumento plausible—. No me gustaría acabar encerrado en una cárcel india.

Ambos delincuentes rompieron a reír.

—Está bien, amigo —dijo Arun, mostrándose más animado—. Nos parece bien que hayas tomado tus precauciones.

David suspiró, dándole a entender que estaba aliviado.

—Entonces, volvamos —dijo David—. Pero antes me gustaría ver el dinero.

Arun hizo un gesto con la cabeza a su compañero, dando el visto bueno.

Balveer se agachó y de entre sus pies levantó una bolsa, la abrió y dejó a la vista montones de billetes.

—Eso no es lo que acordamos —gruñó David.

Arun sacó muy despacio una pistola de debajo de su asiento y la puso en su regazo.

—Estás en la habitación 115, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, así es. Pero antes quisiera que resolvierais este malentendido con el tipo de moneda.

—Mira, son rupias indias —insistió Arun, poniendo el dedo en el gatillo—. Hay intermediarios que limpian dinero negro. Te lo pueden transferir a una cuenta en el extranjero.

—No es lo que pactamos —insistió David.

Arun miró hacia el cielo a través del cristal, suspiró con fuerza y, volviéndose a girar al asiento del pasajero, dijo al tiempo que se preparaba para levantar la pistola y matar al pasajero:

—Solo pagas una pequeña comisión. No hemos podido conseguir dólares. Pero…

Por una fracción de segundo, vio que el tal Stephen sacaba algo metálico de entre sus piernas. Era tarde para evitar el destino que le deparaba esa sorpresa. La cabeza estalló tras un disparo. Balveer no tuvo tiempo de reaccionar: una bala penetró en su cráneo y salió por el lado opuesto.

David cogió el dinero y salió del vehículo.

Una motocicleta se aproximó, frenó y se quedó al ralentí. El conductor le tendió un bidón y sujetó la mochila mientras David rociaba el contenido líquido en el interior del coche. Luego, lanzó una cerilla encendida.

Se subió a la parte de atrás de la motocicleta y desaparecieron del lugar.

2

A las cuatro y media de la mañana, la ciudad de Panaji, capital del estado de Goa, ubicado en la costa centro-oeste de la India, comenzaba a despertarse.

Nagesh Silva se frotó la cara con ambas manos como quien trata de recobrar la plena conciencia después de sueños inquietos, se puso las zapatillas y fue al jardín. Hizo estiramientos y salió, como cada mañana, a correr.

Solía mantener un ritmo constante sin superar el setenta por ciento de las pulsaciones máximas por minuto. Para ello, tenía su reloj inteligente de pulsera con el que monitorizaba la presión arterial y la frecuencia cardíaca, además de las calorías quemadas.

Se pasó las manos sobre el estómago plano y se maldijo por haberse excedido la noche anterior con la copiosa cena que le había preparado su mujer. Aun teniendo un cuerpo definido y una genética de persona delgada, tenía pavor a ganar peso.

Nagesh era consciente de que, si continuaba siendo víctima de la excelente calidad culinaria de su esposa, pronto no podría salir a correr. Siempre se había mantenido en forma, pero, conforme avanzaban los años, se encontraba con la necesidad imperiosa de continuar el ejercicio. Había llegado un punto en que era una imposición psicológica tan importante como el teñirse el pelo y el bigote de negro tizón.

Como inspector de la comisaría de policía de Panaji, consideraba un deber hacia su profesión el mantenerse en forma. Sin embargo, no solo lo hacía por motivos profesionales, sino por estética: quería lucir el ajustado uniforme como una estrella de Bollywood. Consideraba el estar en forma como una necesidad para retrasar el envejecimiento y, por tanto, ser apreciado. Tenía pavor a la vejez y a las canas. En alguna ocasión se había reído entre dientes al pensar que sería capaz de vender a su mujer a cualquier santón hindú que le ofreciera el elixir de la juventud.

Con cincuenta y dos años, era la envidia de sus amigos, antiguos compañeros de colegio con los que se solía quedar a jugar al bádminton los fines de semana. Los martes y jueves acudía por las tardes a un moderno gimnasio donde se ejercitaba con un monitor privado.

El eco de sus apresurados pasos resonaba en una calle adoquinada y estrecha. Se maldijo una vez más por haber tomado la decisión de escoger esa ruta.

Bajó el ritmo y continuó al trote.

No le gustaba nada cruzar esa calle con aquel tipo de pavimento, que podía ser dañino para los tobillos.

Comenzaron a caer tímidas gotas de lluvia. Aún no había llegado la temporada de calor, pero el inicio del bochorno se palpaba. Esto le recordó que tenía que mandar a limpiar los filtros de los aires acondicionados de su vivienda.

Al salir de la angosta calle, escuchó las campanas de la iglesia católica. Los cristianos eran la segunda comunidad religiosa en Goa. Sus habitantes se convirtieron al cristianismo durante el gobierno portugués, que retuvo la colina hasta finales de 1961.

Mientras corría, parpadeó molesto por las gotas que se le deslizaban por la cara. Alzó la cabeza hacia la fachada de la iglesia y se santiguó.

Dejó de chispear. Cruzó un frondoso parque manteniendo el ritmo del trote. Ahora, pisando la tierra se sentía más ágil. Su respiración era fuerte pero firme. Aspiró y expiró con energía al tiempo que alzaba los brazos al aire.

Desde que había escuchado que chillar calmaba, siempre que recorría ese parque hacía lo mismo: durante unos segundos, soltó un prolongado grito mientras corría con los brazos alzados. Cualquiera que lo viera tendría la impresión de que estaba huyendo de un ataque de un animal salvaje.

Salió del parque por el otro extremo. Siguió con un lento trote como al principio.

La ciudad ya se había despertado. Se encontraba en una avenida principal: tráfico, ruido de cláxones y multitud de peatones.

El teléfono móvil sonó en su bolsillo. Se paró y lo sacó. Solo podía ser algo urgente. Su mujer y sus asistentes en comisaría eran conocedores de su actividad diaria. Solo lo molestarían por algún motivo importante.

Lo primero que le vino a la cabeza fue un accidente doméstico.

Un vendedor ambulante lo reconoció y le tendió un coco cortado por la parte superior con una pajita. Nagesh lo rechazó con un gesto indiferente de la mano y contestó la llamada.

Lo que escuchó le cambió el semblante.

—Voy para allá —dijo antes de colgar.

Y sin pensarlo más, echó a correr hacia el hotel Miranda, situado dos calles más abajo de donde se encontraba.

Un hombre de avanzada edad, que no era sino el explotado guardia de seguridad apostado durante horas a la entrada del hotel, se

bajó del taburete y descendió un escalón para recibir al inspector de policía. Tenía la camiseta medio desabrochada, estaba sin afeitar y llevaba el pelo mal teñido. Su aspecto era muy dejado. Parecía la viva imagen de Boris Karloff entrado en años.

—Buenos días, señor —dijo el guardia, sonriendo, al tiempo que hacía una leve inclinación a modo de reverencia.

—No creo que sean tan buenos —repuso Nagesh, enfadado y desconcertado ante el recibimiento.

El gerente del hotel salió a su encuentro. Hizo un gesto al guardia para que se moviera un lado y dejara pasar al visitante.

—Muy malas noticias, inspector —dijo.

Ambos entraron al interior.

—¿La prensa?

El gerente se paró en seco, se giró y contestó con el semblante muy serio.

—Señor, usted es el primero y único al que he llamado. No llamaría a nadie más sin su previo conocimiento.

—Muy bien —dijo Nagesh.

Ambos subieron por las escaleras que había frente a la entrada.

El guardia de seguridad los vio desaparecer hacia la planta superior y entró en la dependencia destinada para los empleados. Se dejó caer en una silla. Una mujer, encargada de la limpieza, le puso sobre la mesa una taza de té caliente.

—Ese hombre que acaba de entrar en ropa deportiva es el inspector de policía Nagesh Silva —murmuró ella, como si estuviera desvelando un secreto. Él tomó la taza en silencio; parecía no prestar atención y sorbió ruidosamente el té—. ¿Me has oído? Pero supongo que tú ni te has enterado de qué ha pasado. Este hotel, con un guardia de seguridad viejo y sordo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sosteniendo con ambas manos la taza, como si alguien fuera a arrebatársela.

La mujer se puso en jarras frente a él.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó—. Que han asesinado a dos huéspedes extranjeros.

3

Laura García tenía una mente ordenada y clara. Era una persona muy intuitiva e inquisitiva. Pero su mayor defecto era que siempre estaba al cien por cien. Debía aprender a relajarse. Además, pecaba de decidida y de severa.

Sin embargo, que fuera una líder exigente era una de las razones por las que muchas de sus operaciones antiterroristas habían tenido éxito.

Era meticulosa y nunca cejaba en su empeño cuando tenía una de sus intuiciones sobre el modo de llevar a cabo un trabajo delicado. Es decir, hasta que no acababa con éxito una misión de alto riesgo, su norma era la paranoia.

Se encontraba dentro de una furgoneta aparcada junto a la acera. El vehículo tenía los cristales tintados y estaba pintado de un ocre con el que pasaba desapercibido.

En su interior se encontraba Óscar, sentado al volante mientras movía un palillo en la comisura de los labios. Laura y Fabián, en la parte de atrás. Los tres estaban en silencio escuchando la conversación que mantenía Tom con un peligroso yihadista.

A través de una secuencia de portales electrónicos, el experto informático del Cervantes, Varun Grover, había dado una vez más con una célula yihadista activa y dispuesta a atentar en Madrid.

Durante largas horas se mantenía pegado al asiento frente a las distintas pantallas de ordenador con las que trabajaba en su departamento. Páginas de internet que ofrecían *links* a otras, y estas, a otras más. Salas de chat privado daban paso a otras. Aunque un grupo terrorista se presentara como despiadado y disciplinado, a veces las comunicaciones entre sus miembros eran de lo más surrealista, mediante chats privados de webs pornográficas o de videojuegos. Finalmente, Varun encontraba claves que le abrían la puerta a la correspondencia por mensajes de texto entre islamistas radicales. Entonces comenzaba una nueva fase en la operación: la eliminación de todos los miembros de la célula, pero para eso necesitaban infiltrarse.

Varun era consciente de que el trabajo minucioso de seguimiento a sospechosos en las redes y la paciencia podrían significar la diferencia entre la vida y la muerte para muchos inocentes.

El Cervantes llevaba tiempo detrás de un predicador que había sido

muy activo en Siria y en Afganistán. Había viajado a España junto a cientos de supuestos colaboradores de la embajada de España en Kabul tras la toma de la ciudad por los talibanes. Nadie había detectado que entre los recién llegados se encontraba uno de los más temibles terroristas yihadistas.

Había alardeado acerca de la docena de *kafirs* que había matado con sus propias manos. En una imagen granulada, grabada por un teléfono móvil, se le veía sujetando en alto la cabeza decapitada de un militar estadounidense.

El agente del Cervantes al que todos llamaban Tom había frecuentado durante semanas una determinada mezquita. La confianza que generó allí con una persona dio pie a que visitara a menudo una popular frutería regentada por pakistaníes y que, más tarde, cenara de tanto en cuanto en una pizzería regentada por bangladesís y luego se dejara ver ejercitando músculos en un gimnasio barato y cochambroso de cierto barrio al que acudían jóvenes magrebíes.

Su objetivo era ganarse la confianza de un miembro del grupo yihadista del predicador, que pretendía atentar en suelo español, y utilizarlo como caballo de Troya para dar con el resto de los terroristas.

Tom se encontraba infiltrado como musulmán de origen francés recién llegado a Madrid. Debido a su conocimiento del francés y el árabe y a la pronunciación del español que había estado ensayando hasta alcanzar la perfección, no dejaba dudas de su perfil.

En el gimnasio dio con un ingenuo miembro del grupo terrorista. Se llamaba Adib. Estuvo unos días tanteándolo hasta que se ganó su confianza.

Ambos acababan de entrenar y se encontraban en un parque público del centro de Madrid disfrutando de un zumo de frutas. Adib parecía absorto en sus pensamientos. La primera vez que se conocieron, no entendía el francés con un acento tan marcado de aquella persona que se hacía llamar Sami Taghmaoui. Además, este le dijo que su lengua materna era el amazigh, ya que su familia en Francia era de origen bereber, y su árabe era tan distinto al que Adib hablaba en Marruecos que comenzaron a conversar en español.

Tom decidió interrumpirlo, interpretando su preocupación como un buen actor.

—Adib, tengo que preguntártelo: tus amigos no están metidos en algo ilegal, ¿verdad?

—No, amigo, no. Es que se mueven con cuidado aquí, en Madrid. Han llegado hace poco y ya sabes cómo se comportan los monos infieles.

—Ahora que lo mencionas, también me están persiguiendo a mí.

Adib abrió los ojos como platos.

—Joder, ¿de qué hablas?

Tom sabía que se encontraba en una posición difícil, desafiando los límites de su zona de confort.

En el pasado, su jefa, Laura García, le había instruido en una de sus clases maestras: «No es buena idea quedarse en el punto de encuentro demasiado tiempo. Salid pronto; de lo contrario, un desliz en un comentario o un gesto inapropiado que os salga sin querer puede echar por tierra vuestra falsa identidad. El problema de trabajar como infiltrado y ganarse la confianza de tu objetivo es que requiere tiempo, suerte, habilidad y mucha paciencia. Los resultados de la misión no llegan de la noche a la mañana. Guarda la calma. Sé paciente. Gánate la confianza. Juega con las palabras. En resumidas cuentas: sé un buen mentiroso, pero mucho cuidado con las falsedades descaradas».

—Que me desprecian como a ti y a tus amigos —murmuró Tom, mostrando una cara de absoluta seriedad. Con la mirada puesta en el suelo, parecía que incluso iba a llorar de rabia. Añadió entre dientes —: Estos españoles quieren humillar a todos los creyentes de la fe verdadera.

Adib asintió con alegría.

—Por eso la lucha es importante, hermano.

—Así lo creo yo. Pero una cosa es decirlo y otra hacerlo.

Permanecieron en silencio unos breves segundos.

—Vamos a matar a un político —dijo Adib como si hablara consigo mismo, mirando al suelo.

Tom le miró a la cara y le frotó el hombro.

—Soy consciente de tus dificultades actuales, Adib. Eres mi amigo y mi hermano. Sé que lo dices en serio porque me tienes respeto. Yo te aprecio mucho, pero ¿eres consciente de la responsabilidad que conlleva tomar esta decisión?

—He pensado en ello —continuó, alzando la mirada—. Mis compañeros me han dicho que asesinar al alcalde de un ayuntamiento de la Comunidad de Madrid dará mucha publicidad a nuestra causa.

—¿Sabes lo que te digo, Adib? Que estoy dispuesto a invertir quince mil euros en el negocio del que me hablaste.

—Joder, ¿la peluquería? Fue solo una idea que me surgió cuando estábamos entrenando.

—Es una buena idea. Porque, además, para mí es una forma de asentarme legalmente en España con un negocio. ¿Lo entiendes?

Adib no podía evitar su entusiasmo.

—Te lo dije, hermano, y se lo comenté también a unos conocidos que llevan fruterías y locutorios. Las peluquerías son el negocio del momento.

Tom movió la cabeza en una afirmación. Le hizo la pelota. Las

palabras de Laura reverberaban en su cabeza: «Tu fuente puede ser un loco, un tarado, pero no te olvides de que es un proveedor de la muerte. Pero, ojo, no es un robot, es humano, tiene sentimientos. Manipúlalo. Como infiltrado, es tu deber encontrar ese rincón íntimo y particular de la persona con la que estás entablando conversación. Si consigues hablar con esa misma humanidad que él mismo oculta, aumentará tu credibilidad; es decir, te habrás ganado su confianza».

—No llego a entenderlo, pero por alguna razón funcionan. Desde que me hablaste de que tenías la intención de abrir un negocio, di vueltas por las calles de Madrid, y esto está lleno de peluquerías.

—Así es. Como en Cataluña. En cada esquina hay una peluquería. A nosotros los marroquíes nos gusta cortarnos muy a menudo el pelo.

—Por eso tu idea tendrá éxito y podremos expandirla creando una cadena.

—¿Una cadena?

—Franquicias, quiero decir. Hoy tenemos una peluquería, dentro de un año alquilamos un local y montamos otra en otro barrio poniendo como gerente del negocio a un primo o un amigo tuyo o mío.

—Eso es lo que yo siempre he pensado. Y peluqueros no nos faltan.

Tom sonrió.

—Tampoco clientes.

—Todos los musulmanes de la zona se cortarían el pelo en nuestra peluquería.

Tom dio un largo sorbo a su zumo. Respiró hondo. Ahora venía lo importante. «Para conseguir éxito como infiltrado, todo es cuestión de proceder poco a poco, como si estuvieras pelando las capas de una cebolla», recordó las palabras de Laura García.

—Pero hay una cuestión —dijo Tom—. Quisiera conocer a tus amigos.

4

Era el típico día caluroso y húmedo de Bombay en pleno verano. La boda había sido planeada para cuando comenzara a anochecer para que, así, la brisa procedente de la bahía de Bengala refrescara e hiciera la ceremonia más llevadera, no solo para los novios, sino también para los numerosos invitados.

Uno de los asistentes era David Ribas. El novio, un conductor de *autoricksaw*, lo había invitado. «Descuida, amigo. Por nada me lo perdería».

El español trabajaba desde hacía años para la jefa del crimen organizado de Bombay, conocida como «Hassena, *madame*». La palabra final la pronunciaban detrás del nombre como si fuera un título de respeto.

Paralelamente a su trabajo como sicario en el submundo del crimen organizado, hacía labores de ayuda en las zonas más pobres y necesitadas de la ciudad.

Conducía su motocicleta cuando los vehículos que tenía delante fueron frenando. El tráfico se detuvo y se intensificó el sonido de las bocinas de los *autorickshaws* y los cláxones de los coches y autobuses. Más adelante, un camión había volcado. El atasco que había generado era enorme.

Sentado sobre su moto y con ambos pies en el asfalto, David recordó por un instante el ruido del mar en una playa de España. Estaba acompañado de su mujer. Ambos salieron del agua y corrieron de la orilla a tumbarse sobre las toallas en la arena.

Ella reía. Él le ponía crema solar en los hombros.

—¿Por qué oímos el mar cuando nos tapamos los oídos? —preguntó, riéndose mientras se tapaba y destapaba las orejas con las palmas de las manos.

—No es el mar —murmuró David con una sonrisa—. Es el sonido de la sangre circulando por tus venas.

Ella se volvió boca arriba y ambos se besaron.

Se dio cuenta de que soñaba despierto porque el conductor que tenía detrás tocaba el claxon sin parar y movía un brazo haciendo grandes aspavientos por la ventana al tiempo que soltaba improperios. El furioso conductor cambió de carril, se colocó al lado de David e hizo un ademán con la mano al tiempo que soltaba un cometario

despectivo.

Su mujer había fallecido hacía algo más de una década en Bombay, durante el asalto terrorista al hotel Taj Mahal Palace. Él tenía que preparar un informe sobre la seguridad del hotel días antes de la visita oficial del rey de España a la India. Ella le acompañaba porque después planeaban un viaje de vacaciones. Durante su estancia, Cristina le reveló que estaba embarazada.

Una docena de atentados bien coordinados asolaron la capital financiera de la India. Casi doscientas personas fallecieron, entre ellas treinta extranjeros, y hubo más de trescientos heridos. Armados con fusiles AK y granadas, los terroristas que llegaron de Pakistán pretendían crear un sentimiento de pánico por la elección de objetivos de alto perfil y el haber matado indiscriminadamente a inocentes extranjeros.

A David Ribas lo dieron por fallecido e incluso se celebró un funeral en su nombre en España. Hassena le dio una nueva vida y un propósito: la venganza.

Después de conducir durante una hora, llegó al lugar de la ceremonia. El olor impregnaba la decadencia con el hedor a putrefacción: a pocos metros quemaban basura. Un grupo numeroso de niños pequeños jugaba cerca de las vías del tren. Una hilera de vagones de carga oxidados, enganchados a un viejo tren, apareció circulando despacio. Los niños se apartaron con parsimonia, como si fuera algo muy habitual.

Aparcó la moto y se acercó a un puesto callejero, donde compró una botella de agua. Tras un largo trago, se sentía mejor, restablecido: siempre le sorprendía que una cosa tan simple como el agua tuviera tal capacidad de calmar sus pensamientos.

Las serpenteantes calles del suburbio estaban abarrotadas de críos, familias y jóvenes. Unos, en busca de alguna curiosidad que los distrajera de la humedad y otros, esperando a que la boda comenzara.

David entró en la chabola del novio, bajo tejadillos de hojalata ondulados. La vivienda de dos habitaciones estaba llena de familiares engalanados.

En esos momentos, el *pandit*, el sacerdote hindú, lo sermoneaba.

—Un hombre es el que se gana el amor de su mujer día a día, alimentando la llama, ¿me entiendes? —Como el joven no reaccionaba, le dio un pescozón; todos los presentes rieron—. Ahí fuera tienes esperando a una buena mujer. Es a partir de hoy cuando debes trabajar a diario para ganarte su respeto, ¿lo comprendes?

—Sí, *panditji* —afirmó como si fuera un combatiente abatido.

Todos volvieron a reír.

—Eso es ser un hombre —continuó el sacerdote—, ganarse el amor de una mujer, su respeto, y mantener la confianza.

El novio, que parecía embobado, movía la cabeza asintiendo a todo lo que le decía. Entonces, vio a David.

—Me alegra que hayas venido —exclamó el joven en voz alta para dejarse oír entre las conversaciones.

David le entregó un sobre.

—Toma —dijo sonriendo—. No podré quedarme toda la ceremonia, pero sí te prometo que estaré un buen rato.

El novio abrió el sobre y vio la cantidad de dinero. Alzó los brazos al aire y se fundió en un abrazo con David.

—Amigo, no sé cómo agradecértelo. —Le tendió el sobre a un familiar, que lo guardó en una bolsa; durante la noche recogerían más sobres con dinero de los invitados—. Has hecho tanto por nosotros.

—Venga, hago lo que puedo.

—Si no fuera por ti, aquí no tendríamos electricidad de manera permanente y hoy tendría que alquilar generadores para celebrar mi boda.

David hizo un gesto con la mano, restándole importancia. Otros invitados entraron alabando el traje tradicional del novio, momento que aprovechó para abandonar la chabola.

Un adolescente se le acercó sonriendo.

David levantó las manos para signar.

—Hola, Sameer. Me alegro de verte. Hacía tiempo que no te veía.

El español había aprendido el lenguaje de signos hacía ya tiempo y se había convertido en un fiel amigo de Sameer y tantos otros niños con dificultades auditivas y en el habla. Pero con Sameer tenía una relación especial, ya que lo conocía desde muy pequeño.

—Hola, David —le contestó el chico moviendo los dedos a la altura del pecho y la boca—. He tenido exámenes en el colegio.

David le hablaba mirándole a los ojos para que le pudiera leer los labios y, a la vez, interpretar su lenguaje de signos, no siempre tan perfecto.

—Lo sé y espero que saques mejores notas que en los exámenes pasados. Por cierto, te he visto jugando al críquet en el parque Parshuram. No me gusta que te mezcles con esos jóvenes ni que estés tan alejado del suburbio.

—Solo juego al críquet —dijo Sameer. Sin embargo, David notó cierta tensión en su rostro—. No tienes nada de qué preocuparte. Ellos necesitan a jugadores como yo, que soy un gran bateador.

David puso una cara muy seria.

—No quiero que te metas en problemas con drogas o alcohol.

—Solo hago deporte con ellos, de verdad —respondió Sameer haciendo denodados esfuerzos por dar a entender que no se inmiscuiría en tales problemas.

—Entonces, ¿me prometes que solo juegas con ellos y al terminar

te vienes directo aquí? Nada de perder el tiempo deambulando por las calles y metiéndote en problemas.

El rostro del chico se relajó y la sonrisa volvió a aparecer.

—Te lo prometo, David —dijo tocándose con énfasis el pecho.

—Está bien. Ahora vete, diviértete. Disfruta de la fiesta.

En el suburbio no solo vivían autóctonos de Bombay, sino también muchos emigrantes de otras zonas de la India, como tamiles, punyabíes, bengalíes, karnatas, cachemires… Aunque la mayoría era de religión hindú, convivían con creencias distintas: musulmanes, sijs, budistas, parsis, jainistas y cristianos. Los problemas en cuestión de seguridad, higiene o infraestructuras eran de todos, independientemente de sus orígenes o del dios al que veneraban. Había un líder local, denominado *panchayat*, que ejercía como juez junto con un concejo comunal. David fue a verlo y le dio el resto del dinero que había obtenido de los traficantes de droga para la instalación de canalizaciones y desagüe. Muchas viviendas aún no tenían tuberías para derivar el agua residual al alcantarillado general.

Sonó un repentino estallido de risas seguido de aplausos. Un grupo estaba arremolinado alrededor de un señor que contaba chistes hilarantes. Había quien lloraba de la risa.

David se acercó y sonrió ante la destreza del hombre para hacer reír a la gente. Se quedó reflexionando mientras observaba cómo disfrutaban de ese instante de alegría y felicidad.

Todas aquellas personas vivían sumidas en la pobreza. Cada alimento que ponían en el plato suponía un trabajo esclavo y un sinfín de preocupaciones.

«Los pobres y los ricos proceden de todas partes de la india. Vienen a Bombay en busca de oportunidades. Pero el problema es que los pobres son muchísimos, y los ricos, muy pocos», recordó que le dijo alguien en un pasado no muy lejano.

5

En el interior de la furgoneta, Óscar se giró hacia Laura, en el asiento de atrás, y dijo:

—Es bueno Tom, ¿eh? Se nota que ha tenido una buena maestra.

Laura sonrió. Recordó la primera clase que les dio a los miembros de su equipo.

—Quiero que penséis en cuál es el objetivo de una misión en la que actuáis como infiltrados —dijo ella con calmada intensidad, estableciendo contacto visual con cada uno de los presentes.

El comentario fue recibido con diversas expresiones en el grupo reducido de operativos, todos hombres.

Tom fue el primero que levantó la mano.

—Desde luego, puede haber una infinidad de diferencias debido a los riesgos, la tapadera que empleas, la persona a la que le haces creer tus mentiras, pero…

—Pero ¿qué? De ello depende del éxito de la operación y la vida del agente infiltrado —añadió Laura, estableciendo de nuevo contacto visual.

—Ceñirte a tu identidad de camuflaje. Creerte tus propias mentiras. Creerte que eres el mejor actor del mundo en el papel de su vida.

—Muy bien, Tom —dijo ella con calma—. De lo contrario, es una pose y no hay emoción en el personaje encubierto. Una mentira superficial acaba con el infiltrado, matan al agente. Para que el engaño sea eficaz, es esencial mostrar esa pasión que dice Tom.

Esas últimas palabras dieron pie a unos comentarios graciosos entre los asistentes y risitas burlonas.

Laura examinó con rapidez los rostros de su público. Todos se callaron en breves segundos.

—Cuanto más creáis en el papel que estáis desempeñando, más sacaréis de él y vuestra misión se convertirá en un éxito. —A continuación, habló con voz lenta, pensativa—: En las películas, las cosas siempre suceden más rápido y parecen más sencillas que en la vida real, pero, como infiltrado, necesitas calma y paciencia, dominar tus emociones. Debéis llegar a tal nivel que sentimientos y cerebro permanezcan unidos. Porque solo de este modo podréis ser capaces de canalizar vuestras emociones y apartarlas durante el tiempo que

actuéis como infiltrados. Vuestra personalidad encubierta será tan real que la persona que tendréis delante no se planteará jamás pensar que no sois quien decís que sois.

»Hoy estudiaremos una técnica fácil de usar pero muy poderosa. Cómo hacer que nuestras mentiras suenen sinceras. Usáis pequeños detalles incongruentes, de esos que creéis que la gente no les presta atención, pero horas más tarde le vienen a la cabeza. ¿Qué quiso decirme con esto? ¿Por qué llevaba tal ropa? Vuestro interlocutor no debe tener esos pensamientos acerca de vosotros.

Entonces, comenzaron a tratar cada una de las reflexiones que exponían.

En la pizarra blanca, Laura escribió con rotulador en letras mayúsculas «LENGUAJE DE ESPÍAS» y, debajo, «Localizar (fiesta o evento)»; «Evaluar (si es conveniente un acercamiento o no)»; «Fase de desarrollo (alimentar la confianza)»; y «Reclutamiento (obtenemos información)».

Durante media hora, aquel grupo limitado de agentes operativos escuchó con atención a Laura García explicándoles el proceso de reclutamiento para captar a un informador y el de infiltración. Les instruía en cómo construir relaciones, cultivar la confianza, escuchar: en definitiva, en cómo desarrollar una relación con el adversario.

China, Rusia e Irán eran países difíciles para trabajar, ya que sus técnicas de contraespionaje eran las más sofisticadas y agresivas del mundo.

—Les encanta la vigilancia estática, como en la India; parece un patrón asumido en toda Asia. Tienen tanto personal de campo, vendedores callejeros, taxistas, recepcionistas de hotel o camareros, a los que pagan por anotar rutinas, itinerarios y anomalías durante la estancia de los extranjeros en sus países, que es muy complicado dar esquinazo e incluso detectar a tus vigilantes.

—El proceso de reclutamiento a un agente extranjero será el punto más peligroso para un espía —comentó Fabián, repantingado en su asiento.

—Es el más vulnerable para un agente, porque da a conocer su intención. Recordad: no hay nada más sospechoso que esquivar la vigilancia. La persona o personas que os andan siguiendo percibirán que estás intentando despistarlos. Esto no es una película de acción de Hollywood, amigos.

—¿No sirve echar a correr por las calles y despistarlos? —preguntó otro—. Si conoces el mapa de una ciudad, ¿por qué no eludir la vigilancia?

—Por una sencilla razón de sentido común: si echas a correr, supondrá el fin de la identidad falsa que has estado proyectando. Por esto, recordad lo que os digo: la mejor forma de controlar la situación

cuando nos están vigilando es no ofrecer a los que nos observan nada que ver.

—Estoy confuso —intervino Tom—. ¿Entonces? ¿No hago nada?

—Cómo no vas a hacer nada, cavernícola.

Todos rompieron a reír.

—¿El qué?

—Mantener tranquilos a tus perseguidores. Hay una frase que dice Julie Andrews en *Sonrisas y lágrimas*.

—¿En serio?

Más risas en la sala. Cuando cesaron, Laura continuó.

—Dice algo así como que las notas musicales son solo las herramientas para crear una canción. Es decir, debes crear una falsa imagen exterior de que te sientes seguro, hacer que te sigan con facilidad. Si vas conduciendo, frena cuando el semáforo se pone en ámbar. De este modo, indicas que no vas con prisa. Si vas andando, camina más despacio. Todos somos humanos. Los trucos de todas las agencias de inteligencia son iguales o parecidos. Se emplean entre cinco y siete personas máximo para seguir a un objetivo, que se van turnando cada vez que se sube a un autobús, cruza la acera, dobla la esquina… para minimizar las posibilidades de que se dé cuenta de que lo están siguiendo. En otras palabras, cuando los has matado de aburrimiento, entonces es cuando puedes utilizar tus conocimientos de la zona y escabullirte.

—Tengo una pregunta —dijo Tom—. Una vez que hayamos hecho contacto con el objetivo y nos hayamos infiltrado, ¿habremos terminado como agentes?

—Tienes que considerar que en el lugar donde operas, tras la misión no volverás a andar por la calle como lo hacías antes, porque nadie debe reconocerte. Tu falsa identidad ha sido perjudicada, eso sí, pero el Cervantes tiene muchos lugares en España y en otros países donde podrás actuar de nuevo como infiltrado.

—Esa era mi duda, si tras una misión terminaría quemada nuestra identidad.

—No, porque siempre hay otros momentos y lugares, como he dicho, donde actuar y la gente es distinta. Puedes actuar como infiltrado en una célula terrorista y cuando hayamos eliminado la amenaza y no quede ningún miembro de esa célula, podrías buscar a otra sin ser reconocido. En España hay agentes en el CNI que mantienen intacta durante años su tapadera porque no se implican en la calle.

—Como si estuvieran encerrados en el armario —comentó Fabián.

—Así es. No salen. No reclutan activos. No se infiltran.

—¿Por qué razón? —inquirió otra persona.

—Por lo que yo sé, el Centro Nacional de Inteligencia está lleno de

agentes cuyas identidades falsas se han deteriorado. Los conoce hasta un traficante de droga. Hasta el conserje de un hotel. Vuelven al edificio central y se quedan trabajando en la administración. Así hasta que los jubilan, les hacen devolver el pase electrónico con el que acceden por la mañana cruzando las puertas herméticas de la recepción, se organizan entre ellos una fiesta de despedida y a disfrutar de la segunda casa en la playa en la que han estado invirtiendo durante los últimos años, previsores de ese cómodo y tranquilo retiro.

—Conocí a una gente del CNI —dijo Fabián—. Me comentó que muchos de ellos tienen cero experiencia en el mundo real. Aunque hay verdaderos profesionales que salen fuera y evitan atentados.

—Esos son los verdaderos espías implacables —aseveró Laura, señalándolo con el índice—. Los que carecen de fanfarronería y mantienen impolutas sus tapaderas.

—Sobre todo la de atrás.

Todos se echaron a reír excepto Laura, que volvió la cabeza hacia él, reprochándole con una mueca su poca gracia.

—Recapitulando —continuó—. Si os están vigilando, debéis dar la imagen de que no sois profesionales. Mostraos nerviosos o en actitud extraña. Raro o friki está bien, porque son modos de comportarse naturales, nada forzados. La clave es que nadie se crea que eres un espía. Y recordad, esto muy importante —enfatizó levantando la mano; la fue moviendo en el aire conforme hablaba muy despacio, pero de manera contundente—: No es el último atentado el que provoca el miedo, sino el siguiente, cuándo y dónde sucederá.

Desde el interior de la furgoneta vieron cómo Adib se separó unos metros de Tom. Se metió una mano en el bolsillo.

—Atentos —dijo Óscar, volviéndose hacia el asiento de pasajeros —. Creo que el pez ha mordido el anzuelo.

—Ahora la cosa se pone interesante —anunció Laura.

6

A pesar de la brisa, hacía tanto calor entre aquel amasijo de cuerpos que David tenía la camisa empapada y pegada a la piel.

Habían cubierto el suelo con una enorme moqueta fina, sucia y arrugada. Había sillas de plástico por todas partes. Frente a él había un escenario con dos enormes sillones de terciopelo violeta chillón que parecían sacados de una película de terror de la Hammer.

En un lateral, vio a un grupo de mujeres lavando platos de metal con hebras de coco y jabón. Otras los secaban y otras amontonaban en orden los platos y vasos limpios sobre una larga mesa plegable. Conversaban entre estallidos de risas. David escuchó cómo se escandalizaban y reían con comentarios sardónicos y chismes sobre los maridos de otras mujeres de su comunidad.

En el lado opuesto, un grupo de hombres ensayaba bailes de una reciente película de Bollywood. No dejaban de reírse al confundirse con los movimientos y de hacer bromas entre ellos. Cuando por fin lograron hacer los pasos al compás de la música, rompieron en vítores.

Sameer le hizo señales desde lo lejos.

Al aproximarse, le pidió a David echar un ojo a las bailarinas.

—Eso no es propio de chicos de tu edad —le contestó sonriendo a la vez que movía las manos en el aire.

—Pero si ellas no dejan de reírse.

—Es su trabajo. Son bailarinas —signó.

—Me han dicho que han trabajado en películas.

David alzó la cabeza al cielo.

—¿Te crees tú que un habitante de este suburbio puede contratar a bailarinas profesionales del cine para su boda? —Al ver decepcionado al crío, añadió—: Aunque creo que han participado como extras en alguna superproducción, sí.

—Venga, David. Solo quiero entrar y saludarlas.

—Las saludas y nos vamos.

—Te lo prometo.

En la entrada de una enorme tienda de campaña había dos guardias con palos largos de bambú.

La tela de la tienda era lo suficientemente transparente, a la luz de las lámparas, como para revelar sugerentes sombras y encender inusitados deseos en muchos curiosos que se congregaban fuera.

Los guardias reconocieron a David y le permitieron entrar. Miraron con sorpresa al joven.

—Solo vamos a saludar y a darles las gracias por venir —dijo David mientras entraba con un brazo sobre los hombros de Sameer.

Una chica silbó mirando a los dos visitantes. Las otras estaban tan ajetreadas terminando de dar los últimos retoques al cabello que no les prestaron atención.

—El chico quiere daros las gracias por haber venido a bailar.

Sameer se había puesto rojo.

Todas ellas iban envueltas en saris y llevaban las tradicionales blusas *choli* ceñidas. Los colores eran fuertes: amarillo, azul, violeta, rosa, crema, plata…

—Di algo, chico —dijo una bailarina entre risas; terminaba de dar retoques a su maquillaje con profesional celeridad, como sus otras compañeras. Llevaban numerosas piezas de bisutería artesanal, como pendientes, anillos para la nariz, cadenas en el vientre, brazaletes y ajorcas para los tobillos; cada una de estas tenía campanillas diminutas y conforme ellas se movían, el trepidante cascabeleo marcaba sus pasos.

—Parece que se ha tragado la lengua —añadió otra entre el parloteo excitado de sus compañeras, vestidas para la actuación y dando los últimos toques al peinado y al cargado maquillaje.

David se rio con el comentario.

—Quieren que hables —le signó entre risas. Sameer se rio también.

—¡Ya estamos listas! —gritó una de ellas.

Un guardia retiró la sabana y salieron en tropel.

David y Sameer, al igual que el numeroso público congregado, las siguieron hasta la zona habilitada para el espectáculo. Un pelotón de niños andrajosos correteaba entre la gente. Los jóvenes se reían entusiasmados.

La banda de músicos en uniforme azul y blanco, como si hubieran salido de la cocina de un restaurante, comenzaron a tocar sus instrumentos: una versión enloquecida de una canción de una conocida película de Bollywood. A pesar de la apariencia destartalada y la poca estética, la música sonaba de manera excelente.

Los electricistas, subidos sobre andamios, movían a mano reflectores de luces multicolores, animando aún más el espectáculo y elevándolo su calidad.

El público, enfebrecido, rompió en vítores, aplaudiendo sin parar, silbando y cantando a voz en grito la famosa canción. Algunos grababan con sus teléfonos móviles.

Las bailarinas golpearon el suelo con sus pies haciendo resonar las campanillas y comenzaron a danzar. Los brazos se movían con elegancia, girando dedos y manos al ritmo de la música. Los saris

oscilaban como pañuelos de seda agitándose.

Las jóvenes recalcaban con sus movimientos, de forma erótica y seductora, el subtexto de las letras de las canciones. Algún invitado a la boda se escandalizó, interpretando aquello como vulgaridad. Sin embargo, la mayoría estaban encantados.

El espectáculo siguió y siguió durante más tiempo del estipulado debido a la demanda de los espectadores.

De repente, el novio saltó a la pista con un grito a todo pulmón.

Otros aprovecharon para codearse con las bailarinas y se sumaron al movimiento histriónico de caderas.

Sameer se giró y miró a David con una sonrisa de oreja a oreja para después saltar al escenario y bailar enloquecido.

David sonreía observando el entusiasmo de la gente moviéndose al ritmo frenético de la conocida canción de una película en hindi. Le vino a la mente que a la industria del cine de Bombay, popularmente conocida como Bollywood, le gustaba echar leña al fuego en cuanto a su relación con el crimen organizado.

Este tema era explotado por los periodistas y los relaciones públicas, ya que sabían que al público le atrae quienes están fuera de la ley: esa persona que, por motivos sociales, entra en el mundo criminal para sobrevivir y ayudar a su familia y acaba convirtiéndose en supermillonario, disfrutando los placeres materiales, mientras que evade la justicia. Ese era el prototipo de héroe con el que soñaba la mayoría de los jóvenes indios y la industria del cine indio lo cubría de *glamour*. A los artistas y a los productores les gustaba que se los asociara, con cierta distancia, con algún mafioso. De este modo, destilaban poder. Porque los ricos y superricos en la India, que vivían rodeados de compatriotas en la extrema pobreza, tenían que ponerse una coraza emocional para no empatizar con el sufrimiento de los demás.

Pronto, en la pista de baile se congregaron los hombres que, arracimados, bailaban como locos. Los guardias entraron en acción con sus palos y tuvieron que escoltar a las chicas de vuelta a la tienda de campaña.

Desde el escenario, el organizador de la boda, pariente del novio, junto con el sacerdote hindú, anunció que la primera ceremonia de casamiento iba a comenzar y que más tarde el baile y la música continuarían. De momento, pedía calma y tranquilidad.

David salió sin despedirse y emprendió el camino de regreso a su apartamento.

7

Julián Fernández, director del Cervantes, era un hombre de mediana estatura, pelo gris y escaso, pálido, con gafas y bolsas bajo los ojos que le daban un aspecto de profesor universitario jubilado más que el de un mando de una organización dedicada al espionaje, la inteligencia y el contraterrorismo que había aprobado, en un pasado reciente, un sinfín de muertes. En aquellos momentos se encontraba frente a la pantalla del ordenador, tecleando, cuando la puerta de su despacho se abrió de par en par.

Su atención al correo que estaba escribiendo se desvió hacia quien andaba como si estuviera de camino a la barra de un bar para pedir una necesitada cerveza fría.

Varun Grover, como de costumbre, entraba en su despacho sin llamar ni avisar con antelación, una mala costumbre que Julián ya había desistido de corregirle porque no hacía caso.

Era muy fácil encontrarlo en su departamento trabajando hasta altas horas de la noche. En muchas ocasiones, dormía en el edificio. Varun era de nacionalidad india; sin embargo, lo habían reclutado en la organización y cambiado su identidad. Ahora tenía nacionalidad española y era el informático más competente e inteligente que cualquier servicio secreto hubiera querido contratar.

Julián lo miró con enfado y abrió la boca para llamarle la atención de forma severa por haber abierto de golpe la puerta, pero entonces observó que llevaba puesta una deportiva blanca en un pie y un zapato marrón en el otro.

Varun se dio cuenta de que se había fijado en su inusual calzado.

—Es que no encontré el otro —dijo—. Pero como me gusta trabajar descalzo…

Julián puso los codos sobre el escritorio, sujetándose el mentón con ambas manos entrelazadas.

—Es inaceptable —le espetó—. No te permito que te pasees por el edificio de ese modo. Esto no es el patio de un colegio. ¿Me he explicado con claridad?

—Más claro, el agua.

Julián puso las manos sobre el escritorio y tamborileó con los dedos sobre la superficie.

—Ahora, dime qué es tan importante.

Varun le informó de la muerte de dos españoles en la India, concretamente en el estado de Goa, al sur de Bombay.

—¿Y?

—Eran biólogos —respondió, poniendo sobre la mesa unas hojas con la ficha de ambos.

—Eran unos científicos brillantes —dijo Julián cuando leyó por encima el informe—, con conocimientos especializados en biología. Gozaban de un gran respeto en el laboratorio en el que trabajaban en Barcelona. Sus compañeros los veneraban. Dejaron el trabajo y se marcharon de España hace meses. Llegaron a la India… —Alzó la mirada hacia Varun—. ¿Sabe esto la jefa del crimen organizado de Bombay, Hassena?

—No, ella tan solo me ha dado la noticia del crimen, que eran de nacionalidad española y que han sido encontrados en un hotel en Goa.

—¿Se lo ha hecho saber a David Ribas?

—Está intentando localizarlo. Por lo visto, tiene un nuevo móvil y está apagado. Me ha comentado que viajó a una ciudad al norte de Bombay para desestabilizar una red de tráfico de droga que ha estado ofreciendo cocaína a jóvenes de los suburbios. Ya sabes, al no tener dinero para satisfacer la adicción, cometen crímenes, robos a mano armada… y así pagan por la droga.

—*Desestabilizar*, dices —espetó Julián en tono irónico al tiempo que movía la cabeza—. La única acción que conoce David es la violencia.

—Si no ha vuelto aún a Bombay, estará de camino. Por cierto, ella, desde luego, supone que hay algo grave detrás.

—¿Por?

—En la habitación del hotel no había equipaje, por lo que argumenta que la pareja de españoles se reunió allí con el asesino.

—Vaya, ahora resulta que ella es la versión femenina de Sherlock Holmes. ¿Qué le hace pensar a esa mujer que esos dos españoles son algo especial?

—Que no eran los típicos turistas que visitan el sur de la India.

—Cuando llegaron a la India, ¿no se registraron en la embajada como hacen todos los expatriados?

—No.

—¿Y el visado de permanencia en el país?

—Entraron con visado limitado a tres meses. Y debieron de permanecer de forma ilegal.

—Ya. ¿Y qué más has averiguado de ellos? ¿Qué hacían aquí, en España? ¿Qué tipo de trabajo realizaban? ¿Ensayos? ¿Estudios?

—Estaban especializados en la alteración genética de los virus para que no puedan provocar enfermedades, pero sí estimular el sistema inmunitario humano.

—¿Quieres decir que estaban trabajando en una especia de vacuna contra algún virus en particular?

—Por lo que he averiguado entrando en los ordenadores que usaban en el laboratorio de Barcelona, tengo esa sensación…

—Tienes la sensación ¡no! —lo interrumpió airado—. Me das hechos concretos. Te lo digo siempre: concreta la información con aseveraciones, no con conjeturas al aire.

—No, no estaban trabajando en una vacuna, por lo que he deducido al analizar toda la información obtenida.

—¿Entonces?

—Trabajaban con agentes patógenos: priones, virus, bacterias…

—Al grano, Varun.

—En el laboratorio de Barcelona querían desarrollar un virus. Debieron de apoderarse de algún tipo de fórmula y viajaron a la India con el propósito de desarrollarla.

—¿Con qué fin? ¿Venderla a alguna empresa farmacéutica extranjera?

—Me parece lo más lógico.

—¿Por qué te parece lo más lógico?

—Si hubieran estado trabajando aquí, en España, en algo beneficioso para la salud del ser humano, hubieran solicitado los derechos de la patente y recibido millones.

—Bueno, eso depende del contrato con el laboratorio donde hubieran hecho el hallazgo, supongo yo. Por otra parte, quizá debieron de pensar que el mérito se lo llevaría la multinacional farmacéutica a la que pertenece el laboratorio, y decidieron guardar en secreto el descubrimiento. Y con las notas o alguna muestra que pudieran llevar dentro de un avión comercial, viajaron a la India para su desarrollo y posterior venta.

—Y, de este modo, fingir que allí habían obtenido el descubrimiento. Así, habrían recibido decenas de millones de euros por los derechos de la patente —agregó Varun—. Pero si fuera algo como una vacuna que pudiera utilizarse contra el cáncer o el sida, estaríamos hablando de miles de millones para sus descubridores.

Julián observó las fotos de perfil. No eran jóvenes, más bien de media edad. Él se llamaba Roberto Gutiérrez. Ella, Carmen Rosales.

—Alguien averiguó sus propósitos, los mandó asesinar y les robó lo que hubieran descubierto.

Varun tomó asiento.

—Aspiraban a ser megarricos o a dejar huella en la historia contemporánea.

—Quizá, incluso, a que la supuesta vacuna llevara el nombre de ambos —comentó Julián.

—Aquí debieron de sentirse explotados por el laboratorio en el que

trabajaban. Ignorados por el público, excepto entre la comunidad de científicos. Eran brillantes y querían ser famosos.

Julián se recostó en su asiento.

—Analicemos por un instante la información. Roberto y Carmen trabajaban en un laboratorio en Barcelona. Investigaban con patógenos vivos, como bacterias, virus, hongos y demás. Un día, dejaron de sentirse cómodos recibiendo las alabanzas de sus colegas biólogos y se despertaron esa mañana con la insatisfacción de saber que trabajaban por amor a la ciencia, por un mísero salario. Querían más.

—Descubrieron el capitalismo.

—Y fueron a por oro, costara lo que costase.

—El fin justificaba los medios.

—Entonces, el asesinato no tiene nada que ver con ellos en concreto.

—¿Por qué llegas a esa conclusión? Claro que sí. Los asesinan y les roban lo que hayan descubierto.

—Sigamos. Solo pretendo asegurarme de que todo encaja. —Tras un prolongado silencio en el que estuvo releyendo la biografía de ambos biólogos, Julián volvió a reclinarse en su sillón—. ¿Y si estaban vinculados con la expansión de una pandemia y su posterior cura?

—Sí, es posible. Querrían que se expandiera un nuevo virus, tipo coronavirus, y poner sobre la mesa un antivirus.

—Ahora mismo le haces saber a Hassena lo que has averiguado de estos dos, la gravedad del asunto, y que se ponga a ello su pupilo.

—David Ribas —le corrigió.

—David Ribas —repitió juntando los labios como si se frenara para no despotricar contra Varun por interrumpirlo—. Le haces saber que los cuerpos tienen que ser repatriados a España de la forma más discreta, y organizas este asunto con ella.

—De acuerdo.

—Por cierto, ¿dónde está Laura? Ya debería estar aquí. Quiero que tomemos decisiones los tres, de manera conjunta. Este asunto puede tener mayores implicaciones.

Varun miró la pantalla de su teléfono móvil.

—Creo que está en mitad de una operación.

8

David cambió de idea. No fue a su apartamento. Sintió ganas de caminar.

Estuvo dando vueltas hasta el amanecer.

Encontró un puesto callejero de comida, y se sentó a tomar un desayuno: una tortilla con chili, acompañada de *chappati* empapado de *ghee* y yogur fresco.

Después de comer le llevaron un té masala. Mientras lo degustaba, leyó el *Ma Ta*, como era conocido el periódico *Maharashtra Times* en idioma maratí, y después un usado *Sakal*, el diario de mayor circulación.

La India estaba llena de sucesos terribles a diario. Un periodista informaba sobre el uso de niños en fábricas de textiles para la exportación. El artículo venía acompañado de una fotografía de críos metiendo las manos en los telares. Uno de los empresarios decía que eran muy útiles para la producción porque sus dedos y brazos eran pequeños y delgados, lo cual facilitaba la fabricación de los tejidos. El ministro respondió, al ser preguntado por el periodista, que los pequeños solo estaban ayudando a sus padres de forma puntual, pero que todo era una exageración, ya que las familias vivían dentro de las fábricas durante el tiempo del contrato y estaban muy bien atendidas.

Otra noticia comentaba cómo decenas de niños discapacitados habían sido llevados a un vertedero de basura y enterrados hasta el cuello durante un eclipse solar. Los habitantes del pueblo tenían la esperanza de que su minusvalía se curara de manera sobrenatural. Fue una ONG local quien denunció los hechos en la comisaría de policía más cercana, y los agentes se personaron para rescatar a los niños.

Los relatos, por su monstruosidad, parecían hechos sucedidos en un pasado lejano, pero no, ocurrían en la India del siglo XXI.

David pagó la cuenta y salió. Las calles de Bombay desenhebraban un entramado ovillo de color, conmoción y estruendo de intermitentes cláxones y chirrido de frenos.

Cruzó la calle a trompicones entre el tráfico temerario y se subió en su motocicleta Royal Enfield Bullet 500 Classic aparcada entre dos coches.

Al arrancar, alzó la mirada a la abarrotada carretera, intentando adaptarse a su ritmo y celeridad. Aceleró y se incorporó al ruidoso

tráfico.

Unos hombres trabajaban en el asfalto de la carretera: tapaban baches con alquitrán que tiraban de carretillas y extendían con palas, ajenos al atasco que estaban produciendo. Mientras movían con parsimoniosa lentitud sus palas, se había formado un embudo inmenso de tráfico. David quedó atrapado entre un abarrotado autobús y un *autorickshaw* que llevaba a un grupo de estudiantes a sus clases.

Mendigos lisiados se arrastraban de vehículo en vehículo pidiendo limosna. Otros daban golpecitos con sus muñones en los cristales de los coches protegidos del calor con aire acondicionado. Niños pequeños corrían entre el tráfico varado vendiendo revistas, *bestsellers* internacionales pirateados sobre cómo hacerse rico y botellas de agua.

En el ambiente había un fuerte olor a alquitrán mezclado con el hedor particular de los tubos de escape, producto del combustible adulterado.

El autobús rechinó y se movió. David aprovechó el movimiento de aquellas toneladas de metal para adelantar, arriesgándose a chocar con el tráfico que circulaba en dirección contraria. Superó al autobús, pasó al lado de los trabajadores del ayuntamiento que tapaban los agujeros y aceleró.

Tenía ganas de entrenar. Se dirigió a la *akhara*, la escuela de lucha donde solía practicar artes marciales. Ya dominaba el *khusti*, una milenaria disciplina de lucha libre de la India.

9

Adib sacó de su bolsillo un teléfono. Quedó inmóvil, como si estuviera pensando qué era lo más correcto. Entonces, de repente, se volvió a guardar el aparato. Movió la cabeza de un lado a otro.

—No puedo presentarte a mis amigos. Te dije hace unos días que… —empezó a decir con exagerada impaciencia. Tom le cortó.

—Adib, si invierto quince mil euros, lo lógico es que conozca a las personas que harán uso de mi dinero.

—Ellos no quieren conocer a nadie —dijo esforzándose para no ofenderlo. Guardó silencio.

—Piénsalo, es lo normal. ¿Cómo le voy a dar tanto dinero en metálico sin facturas a personas que no conozco?

El joven mostró cara de entenderlo. Respiró hondo. Sonrió de manera adusta.

—Claro. Tienes razón.

—Hacemos una cosa. —La voz de Tom se endureció y habló con rigidez—. Yo voy a mi apartamento, cojo los quince mil euros y te los llevo donde tú me digas.

—¿Hoy?

—Sí, ahora mismo —dijo moviendo una mano, como si tanto dinero fuera algo fácil de conseguir.

Adib guardó silencio. Luego asintió con la cabeza.

—No es así de sencillo. Antes tengo que llamar.

—Llama y en una hora tienes los quince mil euros en metálico.

Abid sacó el móvil de su chaqueta y se alejó unos metros.

Hizo la llamada.

En el interior de la furgoneta, Laura, Óscar y Fabián no solo escucharon la conversación en árabe, sino que en la pantalla de un pequeño ordenador vieron la ubicación del receptor.

—Los tenemos —dijo Laura.

—Así es, y en la zona donde suponíamos que podrían estar —añadió Óscar, señalando la pantalla con el palillo en una mano.

Abid colgó la llamada y se aproximó a Tom.

—Mis amigos me dicen que vayamos a verlos en media hora.

Tom sonrió; parecía impresionado.

—Tengo esta mañana libre, así que estupendo. Dame la dirección y nos vemos allí.

—No, me dicen que no te la dé. Yo te acompaño a recoger el dinero y te llevo donde están mis amigos.

Tom lanzó la lata a un lado y sujetó por los hombros a Abid. Lo miró con intensidad.

—No te das cuenta. Hago una donación a la lucha. —Adib había quedado hipnotizado—. La peluquería no tiene importancia para mí. Mi dinero es para una buena causa. ¿Lo comprendes ahora?

Entusiasmado, alzó los brazos y se fundió en un abrazo con Tom.

En el interior de la furgoneta, Óscar dio una sonora palmada.

—Joder, ni Laurence Oliver interpretando una obra de Shakespeare —dijo Fabián.

—Arranca. Nos vamos —ordenó Laura, tocando el hombro de Óscar.

TOM Y ADIB llegaron al apartamento, preparado y dispuesto para cualquier visita. No había ningún lujo y estaba decorado para hacer ver que el inquilino era musulmán: una alfombra para el rezo a la vista, dos coranes (uno en árabe y otro en francés) y alguna litografía en la pared con literatura del Corán.

Tom fue a su habitación, cogió una bolsa de plástico y salió al salón.

Adib abrió la boca para pedirle que le enseñara los billetes, pero Tom lo cortó enseguida.

—Todo está aquí —anunció dando un golpe a la bolsa antes de meterla en una mochila deportiva que se colocó a la espalda. Agarró el pomo de la puerta e hizo ademán de salir—. Lo contaremos con tus amigos.

Él asintió, convencido de que, en el fondo, agradaría a sus compañeros yihadistas. Porque lo que de verdad pretendían era quedarse con todo el dinero y no abrir ningún negocio. «¿Cómo puede ser tan estúpido este bereber?». Cuando cometieran el atentado que tenían planeado, todos desaparecerían de Madrid.

—Sí. Vamos, que no quiero que lleguemos tarde —espetó, dándose la vuelta hacia la puerta principal.

LAURA y su equipo operativo estaban esperando cerca del apartamento, listos para actuar.

—Ya llegan —informó Óscar, señalando una *scooter* que se aproximaba.

A Laura le había sorprendido que llegaran tan pronto. Era consciente de que el tiempo se aceleraba cuando su mente trabajaba a todo tren.

En una ocasión, Joaquín Núñez, el psicólogo del Cervantes, le comentó que su vida se había reducido a una actividad obsesiva:

evitar atentados terroristas y salvar vidas. Era él quien evaluaba a los agentes y realizaba un informe sobre si eran o no aptos para trabajar sobre el terreno y si estaban dañados en su salud psíquica o anímica o presentaban los más mínimos síntomas de ello.

Se dio cuenta de que él no se había equivocado en su valoración.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el volumen del motor de la motocicleta conducida por Tom. Llevaba en bandolera una bolsa deportiva y, a su espalda, a Abid. Aparcó a escasos metros de donde se encontraban camuflados.

—A mi orden —dijo Laura.

—Listo —confirmó Fabián.

—Listo —repitió Óscar, amartillando entre sus piernas una Glock.

ADIB SALTÓ DEL ASIENTO, cruzó la acera y entró en el portal seguido de Tom. El marroquí subió de dos en dos los escalones mientras canturreaba una canción en árabe. Tom mantuvo una distancia prudencial.

—¡Venga, amigo! —le gritó Abid por encima del hombro.

Cuando llegaron al apartamento, Adib dio una serie de golpes en la puerta a modo de señal.

Un hombre con camiseta interior blanca sujetaba el picaporte.

Adib entró, le dio dos besos en la mejilla y se perdió en el interior.

Tom llegó al rellano respirando con brusquedad. Se quitó la mochila de los hombros y se agachó en el umbral.

—Venga, hombre. Puedes entrar con las zapatillas puestas.

—Es mi primera visita y quiero mostrar respeto —dijo Tom con una rodilla en el suelo—. Solo que no quisiera que desaparezcan aquí fuera.

Ante tal comentario imprevisto, el tipo se rio y dio unos pasos adelante. Se apoyó en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—Aquí a nadie se le ocurre quitarnos nada —dijo muy seguro de sí mismo—. Le damos miedo a todos los que viven en este edificio.

En aquel momento, una figura con pasamontañas apareció en el rellano.

El hombre levantó la cabeza. No tuvo tiempo de reaccionar. Una bala le perforó el cráneo. Laura, Óscar y Fabián, seguidos de Tom, que sacó una pistola de la bolsa deportiva, entraron a tropel en el apartamento con sus armas por delante.

En menos de un minuto habían acabado con la peligrosa y escurridiza célula yihadista.

La escena del violento asalto dejó un reguero de cartílagos y sangre, huesos astillados y cerebros salpicados que nunca dejaba de suscitar en Laura García cierto sentimiento: una rabia enloquecida pensando en qué otro lugar de España se estaría fraguando un ataque

terrorista y si tendría tiempo de evitarlo.

10

La escuela de lucha estaba llena. El director, a quien todos llamaban con respeto y a secas Guru, había dejado entrar a un grupo de peregrinos de la ciudad de Nashik, que habían implorado desde la entrada presenciar un entrenamiento. Guru prohibía la presencia de visitantes mientras él impartía clase. Además, evitaba cámaras fotográficas y móviles.

Pero, ante la prolongada insistencia de los peregrinos hindúes que visitaban Bombay, les permitió entrar solo al final del entrenamiento de la mañana, cuando se producía una lucha. Impuso la condición de que dejaran todo aparato electrónico en la entrada.

Los visitantes se apelotonaron alrededor de la arena. Habría cincuenta personas apretujadas para que los demás no les quitaran campo de visión.

En el centro, vestidos con un calzón de algodón como única indumentaria, se encontraban David y un compañero de lucha.

—Te noto en forma, *firangi* —le dijo este a David, llamándolo «extranjero» con un tono sarcástico y peyorativo.

David sonrió. Bien sabía el esfuerzo que tenía que hacer todos los días por su buen aspecto físico. Al borde de los cincuenta, se mantenía delgado, con el abdomen firme y el cuerpo fibroso pero sin volumen, alejado del estándar de los gimnasios contemporáneos. La alimentación, el ejercicio, las tensiones, la higiene, todo era parte de un cuidado que mantenía a rajatabla.

—Tú también tienes buen aspecto —mintió. En un rápido análisis de su oponente, detectó un movimiento extraño en la pierna derecha que dedujo era debido a una lesión en la rodilla. Además, su rostro desprendía preocupación, estaba cansado y nervioso por cómo parpadeaba y movía los ojos. «No ha dormido bien o no ha estado manteniendo una alimentación equilibrada». Tenía que esforzarse por encontrar el momento y el punto débil.

Miró a David con intensidad, ceñudo. Este apretó los labios hasta esbozar un pliegue desafiante y tenso. Su rostro enjuto y alargado se había oscurecido.

—¿Qué estás mirando? —inquirió, dándose cuenta de la evaluación a la que David lo estaba sometiendo.

Las manos de los dos contrincantes se unieron en un gesto de

bendición a la altura del pecho. Acto seguido, los dos asintieron con la cabeza.

—Listo —dijo David.

—Vamos. Adelante. —Respiró muy hondo su adversario, como si la adrenalina pudiera exhalarse.

Dada la disparidad de envergadura, David tenía que concentrarse en atacar la rodilla de su adversario, que sabía que tenía débil, y los centros nerviosos, como orejas, nariz y garganta. De este modo, podría hacerle perder el equilibrio y tumbarlo en la arena.

El otro lo atacaba con frialdad, pero David repelía los golpes y contraatacaba como si conociera muy bien todos los movimientos con los que pretendía sorprenderlo.

Las manos de ambos se movían con velocidad. Por un instante, David tuvo que protegerse la cabeza juntando los antebrazos por la andanada de golpes que estaba recibiendo.

El luchador indio, lanzándose hacia delante, extendió el brazo para golpearle en el rostro. David se agachó a tiempo y soltó un codazo hacia atrás, que impactó debajo de la oreja. Su adversario cayó fulminado sobre la arena.

David aprovechó para abalanzarse sobre él e inmovilizarlo con una llave. Su forzudo contrincante inhaló el aire que pudo, pensando que conseguiría soltarse. Pero no era posible, permanecía tendido de espaldas, le faltaba el aire y sentía un tremendo dolor en la rodilla lastimada. Entre chillidos, dio unas fuertes palmadas sobre la arena para que lo soltase. El español había ganado. El público saltó de entusiasmo a la arena.

David se puso de pie con profundas inspiraciones para despejarse la cabeza. Estaba tan cansado que quedó a merced de la multitud, que le tocaba la espalda, alabándolo y gritando vítores.

Tardo un tiempo hasta que consiguió echarse hacia un lateral y desaparecer entre aquella burbujeante ola de rostros y manos.

Guru se le aproximó al tiempo que mandaba alejarse a un grupo de visitantes que quería seguir atosigando a David. Hizo un ademán a otros estudiantes para que comenzaran a desalojar a la gente.

Le tendió un vaso de cerámica de medio litro de leche de búfala. Ambos tomaron asiento bajo la sombra de un árbol.

—Recuerda, aquellos a quienes los dioses desean destruir son enloquecidos primero. —Chasqueó los dedos frente al rostro de David, que bebía con deleite—. El enemigo está obsesionado con el control, y la mejor forma de desestabilizar a un obseso por el control es que esté a merced de otro.

—¿Cómo?

—Cuanto más poder crea que tiene sobre ti, más fácil es que se desmorone. Nunca seas víctima del pánico. Debes mentalizarte de que

tienes un rendimiento psicológico superior a tu enemigo. Aunque la situación sea de extrema gravedad y todo esté en tu contra, el ser humano es capaz de imaginar algo mucho peor que aquello que la realidad sitúa frente a él.

—No tener temor… —reflexionó David en voz alta.

Guru se aproximó aún más a él y, murmurando para que calaran aún más sus palabras, dijo:

—No es el tono ni el lenguaje violento lo que debe helar la sangre en las venas, sino la amenaza de una voz plácida. El truco está en que utilices el miedo y el pánico que te pueda generar una situación de peligro como arma. Úsalo para ganar a tu oponente o para sobreponerte de la situación crítica en la que te encuentres.

—Siempre tengo en mente lo que me has enseñado, Guru. La capacidad analítica es lo que debe sobrevivir. Evitar que la adrenalina guíe mis decisiones.

—Escúchame, David. Todos los que están aquí entrenando carecen del más mínimo propósito para sus vidas. Tú tienes motivos por los que yo te he enseñado a matar con las manos.

—Venganza, reivindicación, victoria.

—Y supervivencia. Debes salir con vida. Es lo que te enseño con las artes marciales. Recuerda cómo *shifus* como Bruce Lee y su discípulo, Dan Inosanto, instruían a sus estudiantes a aprovechar la fuerza del golpe que el adversario les va a asestar para devolverlo.

—Sí, me lo has comentado otras veces.

—Un samurái le dijo a otro: «Cuando en estos tiempos le das algo a un hombre o haces algo por él, la primera vez se arrodillará y besará tu mano; la segunda vez, se quitará el sombrero; la tercera, hará una reverencia; la cuarta, te adulará; la quinta, asentirá complacido; en la sexta responderá diciendo cuánta generosidad tienes; y en la séptima te negará el saludo por no darle con más generosidad lo que él espera». Entonces, añadió: «Debemos pagar incluso por ser generosos; es decir, por todo». Y ¿qué conclusión crees que podemos obtener? Que es un defecto humano menospreciar cualquier cosa que le llega sin esfuerzo.

David asintió con una sonrisa.

—Cuanto más fuerte te golpean, más sólida debe ser tu reacción.

—Bien. Ahora ve y medita.

Entró en una sala silenciosa y en penumbra. Se estaba fresco, protegido de la humedad exterior. Un ventilador de techo funcionaba en absoluto silencio. Era el mejor de toda la *akhara*, puesto para que el estudiante pasara varios minutos meditando sin ninguna interrupción.

Tomó posición en el suelo con las piernas cruzadas en forma de loto. Cerró los ojos y mantuvo la cabeza alta, hacia la ventana. Se quitó de la mente un montón de cosas sueltas que le surgían de

manera espontánea y entonces encontró el punto añorado en el que no escuchaba ruido alguno. Se sentía el único ser del planeta. Estaba flotando. Relajado. Transportado a un mundo desconocido. Se sentía vivo.

Minutos después, se afeitó, se duchó, se cambió de ropa y salió de la academia de lucha. Al sentarse sobre el asiento de la motocicleta se acordó de que tenía el teléfono móvil en modo silencioso.

Vio en la pantalla varias llamadas perdidas y un mensaje de Hassena. Quería que fuera a verla.

Arrancó el motor y se lanzó entre la ponderada lentitud del tráfico a aquella hora punta del día, al abrigo de su instinto y de la suerte.

PARTE DOS

EL LABORATORIO

11

Laura abrió la puerta de su apartamento. En primer lugar, el pestillo y, luego, dos cerrojos, como de costumbre. Enseguida, la alarma soltó el típico pitido cuando entró. Cerró y tecleó los códigos en el teclado instalado en la pared para desconectarla.

Se quedó de pie en medio del pasillo. Le encantaba su trabajo, pero odiaba estos momentos: la terrible inquietud y silencio que sentía cada vez que entraba en su vivienda. Cogió un mando distancia del cuenco de cerámica que había sobre la mesita de la entrada y encendió el sistema de música. Un agradable *jazz* comenzó a sonar por los pequeños altavoces instalados en las paredes del salón. Era un pequeño apartamento de cocina abierta, un dormitorio y un cuarto de baño.

Se dejó caer en el sofá. Trató de organizar sus ideas. En la cabeza tenía una lista de temas que al día siguiente tenía que abordar, pero el cansancio constituía unos cimientos muy débiles sobre los que organizar nada.

Vivía inmersa en su trabajo. Con el tiempo, había dejado una larga estela de relaciones con hombres. Ella consideraba que ocupaban espacios sociales del todo diferentes y por eso eran incompatibles con su ritmo de vida.

La soledad le daba energía, y según se hacía mayor le agobiaba el compromiso social. Sin embargo, sin ser consciente de ello, poco a poco se había convertido en un cubo de hielo emocional con quien resultaba imposible convivir.

Se quitó la ropa, se duchó, cenó algo ligero y se metió en la cama. El sonido de su móvil la hizo volver con rapidez a la cocina, donde lo había dejado.

Miró el número en la pantalla. Contuvo el impulso de hacer un comentario despectivo por la hora de la llamada.

—Adelante, Varun. Dime.

—El jefe quiere verte mañana a primera hora.

—De acuerdo, pero antes tengo reunión con Joaquín.

Al otro lado de la línea hubo una pausa, un suspiro. Ella alzó las cejas en un gesto interrogante. Entonces, la voz de Varun se oyó desde el otro lado.

—¿Te apetece tomar algo ahora?

Laura colgó.

Conciliar el sueño le resultó difícil. No conseguía apagar la mente. Podía tardar horas en desprenderse del caleidoscopio de imágenes que había presenciado a lo largo del día. Llevaba más de una hora dando vueltas a sus pensamientos cuando por fin cayó rendida.

INTELIGENTE, impulsiva y terca. Así definía Joaquín Núñez, el psicólogo del Cervantes, a Laura García.

Pero también veía algo más oscuro que el terco empeño de salirse con la suya durante una operación encubierta: la capacidad de poner en riesgo su propia vida sin dudarlo un instante.

En varias ocasiones, le habían informado sobre esto. ¿Era este comportamiento parte de su instinto asesino? ¿El desprecio a su propia vida era un factor vulnerable en su personalidad? ¿Un pasado difícil que generó en trauma? ¿Desesperación? ¿Rabia interior?

Aquella mañana, a primera hora, estaba sentada frente a él, delante de su escritorio. Joaquín lo prefería así porque en los sofás podría dar pie a una sensación de enfrentamiento que derivaría en conflicto verbal. Ya había pasado en alguna ocasión. Por eso prefería que el ancho escritorio, lleno de libros y papeles dispuestos adrede como accesorios, fuera un medio de contención psicológica para el visitante y que este se sintiera más cómodo creyéndose más protegido.

Observó con atención a Laura un instante en un intento de discernir lo que había en su interior. ¿Rabia? ¿Cansancio? En su día obtuvo la puntuación más alta en el test de inteligencia. Le hicieron la prueba tres veces para asegurarse de su cociente intelectual.

¿Genial o lunática? ¿Quizá una mentirosa patológica? Lo que no podía negar era que Laura se había convertido en el operativo más indispensable de la organización Cervantes.

—Cuéntame cómo es tu vida.

—¿Mi vida?

—Sí, qué tal te va.

—¿Qué tal me va?

—¿Qué es esto, el juego del eco? —preguntó negando con la cabeza y levantando las palmas de las manos.

—Por Dios, Joaquín. Sabes muy bien a qué me dedico y el grado de implicación que conlleva.

—No me refiero a eso —dijo rasposo y alto—. Quiero que me hables de tu vida personal. Tienes una vida fuera del trabajo, ¿no?

Laura abrió la boca como si fuera a decir algo, pero luego la cerró asintiendo con la cabeza. «Un gesto de desaprobación», pensó Joaquín.

—Hago un poco de esto y un poco de aquello. —Pestañeó, apretó y relajó los músculos de la mandíbula—. Supongo que como cualquiera.

Joaquín negó con la cabeza en un ademán de fingida

desesperación. De su experiencia en innumerables reuniones con Laura a lo largo del tiempo, había aprendido a apreciar el efecto desconcertante de los cambios de tema repentinos.

—Una combinación un poco lastimosa, ¿no crees?

Cuando ella habló, lo hizo pronunciando las palabras como si cada una de ellas pesara.

—Me limito a estar entretenida.

Él le dedicó una mirada incrédula.

—¿Cómo?

—Me concentro en resolver enigmas, en discrepancias… Mantengo la cabeza alerta. —Había acritud en su respuesta, que suavizó enseguida con un tono más desenfadado—. No me gusta desconectar del trabajo, sino que disfruto analizando situaciones… Y atando con el pensamiento cabos sueltos. —Miró a Joaquín—. Poner el coco a trabajar para desenredar los elementos de un problema es muy motivador.

Joaquín era consciente de que el horario de Laura no le permitía tener demasiada vida propia, o casi ninguna. Como psicólogo, sabía que su entrega al trabajo era incuestionable, incluso rozaba la paranoia; una línea muy frágil que, si se descuidaba, podría hacer mucho daño tanto a ella como a la gente con la que estaba en contacto a diario.

El trabajo analítico de Laura era muy muy difícil. De hecho, en ocasiones, cuando la presión de una operación era muy elevada, pasaba noches sin irse a su apartamento a dormir. Tenía una habitación propia en una planta adecuada para tal uso en el edificio. Ahí guardaba muda y artículos de tocador. Durante este tipo de crisis en el Cervantes, su equipo y ella estaban pendientes de salir a una operación encubierta o se los convocaba a cualquier hora para gestionar la situación de turno.

Joaquín sabía que aquellas circunstancias extremas agradaban a Laura. Era adicta a las tensiones que se generaban el tiempo de crisis. En un primer informe sobre ella, escribió: «Se comporta como si todo lo que pasa en este país le ocurriera a ella. Una mezcla de adrenalina y café cargado con vitamina B12. Se siente importante. Aunque es agotador su trabajo, ella lo encuentra emocionante. Y esto le crea adicción».

—¿Consideras que es tu deber cumplir la ley?

—No es cumplir la ley, sino hacer lo que sé que es correcto. Creo que te repites. Ya me has hecho la misma pregunta antes.

—Bueno, bueno… —dijo con un repentino falso entusiasmo, sin prestar atención a lo último que había mencionado—, pero si todos hicieran lo mismo, esto sería una anarquía, porque lo que tú consideras correcto no es igual para otras personas.

—Tú preguntas y yo te respondo. No soy vocera ni represento a terceros. Yo tengo la responsabilidad de hacer lo correcto. No estoy aquí por el salario. No estoy interesada en hacerme rica y la fama no me atrae. No voy a entrar en dilemas morales o éticos. Me baso en los principios, objetivos y metas de esta organización secreta, que son, ni más ni menos, que defender a los ciudadanos españoles de ataques terroristas.

—*Fair enough*, como dicen en inglés.

—Alguien dijo que las espías femeninas representaban uno de dos extremos: la seductora que empleaba sus artimañas para manipular a los hombres y la travesti que se mezclaba haciéndose pasar por ellos.

—Y tú, ¿qué papel representas?

—Un tercer extremo: la que consigue llegar al objetivo y eliminar la amenaza. La que hace cualquier cosa aterradora que le piden que haga, pero tiene que hacerlo con rapidez.

—Y ¿crees que puedes dejar atrás tus miedos, tus dudas? Porque estoy convencido de que lo que de verdad te asusta es la quietud.

Ella soltó un bufido. La pantalla de su teléfono móvil se encendió y miró el mensaje que había recibido.

—Me esperan, Joaquín —dijo levantándose y dirigiéndose a la puerta

—Creo que debes dominar esos impulsos —comentó a su espalda —. Tarde o temprano, todo agente que corre es alcanzado.

Laura se giró.

—No mientras me quede aliento en el cuerpo.

12

De nuevo sobre su motocicleta, conducía sorteando el denso tráfico con absoluta experiencia. Su mente estuvo a punto de decir basta y quedarse dormido sujetando el manillar. Una serie de baches sobre el asfalto le devolvió a la plena conciencia.

Se detuvo en un puesto callejero de comida y pidió un té fuerte. El sabor le hizo esbozar una mueca. El alegre vendedor le arrebató el vaso y trató de suavizarlo con un exceso de leche de camella y azúcar.

El teléfono móvil vibró en su bolsillo. Lo sacó y vio el mensaje imperante de Hassena: «¿Dónde estás? Quiero verte enseguida. Muy urgente». Él contestó «En 20 minutos».

De nuevo en la carretera, pasó a un autobús sobrecargado de pasajeros. El olor a diésel con aceite se mezcló en el aire. David se tapó la nariz subiéndose la camiseta hasta la altura de los ojos.

Estaba a punto de dar media vuelta para cambiar de ruta infringiendo todas las normas de tráfico cuando vio que el autobús giraba a la izquierda. Él continuó recto. No tardaría mucho en llegar a su destino.

13

Estaban esperando en la sala de reuniones a Julián Fernández.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Varun.

—¿Cómo? —contestó Laura.

—Como una loca.

Ella rio.

—Tú eres el loco —dijo con ligereza—. Por cierto, si el día de mañana dejaras de trabajar en el Cervantes, ¿a qué te dedicarías? ¿Volverías al mundo del cibercrimen?

Él negó con la cabeza.

—A cultivar vino.

—Se cultivan las uvas, el vino se elabora.

—Pues eso.

—Es decir, que volverías al cibercrimen.

Él sonrió.

—Eres muy graciosa, Laura.

—¿Tienes algún tipo de alergia?

—¿De qué hablas?

—Que quizá seas alérgico al jabón.

—No empieces.

—¿Sabes cuál es la sociedad más ecosostenible que existe en el planeta?

—A ver, cuál.

—Los talibanes. No se duchan, no se afeitan y no llevan corbata.

Varun hizo una mueca irónica y sacudió la cabeza.

—Muy graciosa. Podrías tener mucho éxito con un monólogo cómico en vivo.

Ella no prestó atención al comentario

—Tienes la frente cubierta de manchas.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Varun, alarmado. Sacó el teléfono móvil del bolsillo, donde examinó su reflejo en la pantalla—. Mi piel está como siempre.

—Debió ser efecto de la luz.

—No tiene ninguna gracia.

—A mí me la ha hecho la cara que has puesto.

La figura del director del Cervantes apareció tras el cristal.

—Si dejara de trabajar aquí, quizá sentiría un alivio por la presión

de tener que responder a las necesidades de una persona difícil. Es decir, libertad —comentó Varun haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta a punto de abrirse.

El buen rollo entre Laura y Varun, reforzado por el cinismo imperante en el mundo del espionaje y de la inteligencia, se había agudizado con el paso del tiempo debido al enorme trabajo y responsabilidad que tenían sobre sus espaldas.

Al entrar, Julián percibió esa química entre ellos. Le gustaba que fueran ambos tan opuestos. Ella era grave, conflictiva y, en ocasiones, terca como una mula.

Le gustaba el comentario que había leído en el informe del psicólogo: «En su vida profesional sigue demostrando determinación, impulso, dirección. En su vida personal es un barco sin timón». Pero trabajaba con personas con distinto carácter y métodos, como el indio Varun Grover, y estaba unida a ellos por ciertos instantes de intuición y afecto compartidos.

Julián le contó la información que Hassena había compartido con Varun. Dos ciudadanos españoles, biólogos, habían sido asesinados y los autores se habían llevado consigo algo relacionado con algún virus o antivirus.

—Esto no tiene pinta de ser obra de un yonqui que deja sus huellas encima del minibar, ladrones locales o un asesino en serie —comentó Laura.

—¿Qué información has podido obtener de Roberto Gutiérrez y de Carmen Rosales? —preguntó Julián a Varun; y añadió, señalándole con el índice—: Esmérate porque hay algo muy serio tras estos dos asesinatos.

—Yo siempre hago trabajos perfectos —repuso después de soltar una risita—. Según lo que he podido averiguar, eran una pareja feliz, siempre dispuestos a compartir, cariñosos…

—¿Cómo que cariñosos? —inquirió Laura, interrumpiéndole.

—Quiero decir que tenían detalles entre ellos para mantener la relación estable. Se hacían regalos el uno al otro con regularidad. Nunca caros; detalles, ya sabes, como enamorados.

—¿Infidelidades? —preguntó Laura de nuevo.

—Posiblemente, Carmen, por el perfil que he sacado de ella. En privado coqueteaba con un antiguo compañero de medicina.

—¿Problemas o adicción a las drogas? —volvió a preguntar.

—Improbables, porque se mantenían siempre despiertos, alertas en su trabajo.

—En conclusión, que ambos tenían muchas cosas en la cabeza que ciertas personas querrían —aseveró Laura.

—Estoy seguro de que vendían muestras de microbios, algo falló en las comunicaciones con un posible comprador y los han eliminado.

A Laura le gustaba presionar con preguntas directas. Siempre le habían impresionado de Varun sus conocimientos informáticos; se manejaba en el ciberespacio como nadie, era un maestro. Por este motivo, en su día fue reclutado por el Cervantes.

—Dejemos un tema claro —intervino Julián—, ingenuos no eran. Eran conscientes de la importancia de lo que estaban haciendo. Mi pregunta es: ¿pudiera ser que la agresión hubiera empezado con un intento de secuestro, algo fallara y derivara en el asesinato de los dos?

Al director del Cervantes le gustaba disponer de mucha información sobre el tema en el que trabajaban. Para él, era un juego de inteligencia qué hacer con ella.

En el espionaje había que salir del círculo, pararse a pensar y, en un ejercicio mental, figurarse que uno estaba en la cocina de un afamado restaurante. Se encontraba con una instalación moderna y contemporánea y todo tipo de ingredientes. Ahora, ¿qué receta debía elaborar si no tenía instrucciones?

La solución estaba, según él, en mezclar los ingredientes de la forma adecuada. «Saber manipular el paladar, las papilas gustativas. Como en el vestir, hay que conocer qué ropas y colores combinan. Usar el sentido común».

Si se hacía esto, se acababa elaborando un plato y se cenaba. De lo contrario, uno pasaría mucho tiempo de pie, lamentándose de lo abrumado que se encontraría con tanto material y acabaría confuso y hambriento.

—No, en mi opinión fue premeditado.

—¿Qué intereses podría tener cualquier potencia extranjera por los microbios de estos dos españoles? —preguntó Julián.

—Terrorismo biológico, sin duda —respondió Laura enseguida—. Es un hecho imaginable.

—Vale, otra pregunta. Roberto y Carmen ¿son víctimas inocentes o traidores?

—¿Qué quieres decir? —contestó Laura.

—Lo he dicho bien claro. ¿Son víctimas inocentes que estudiaban los superbichos con el fin de proteger a la humanidad o son traidores que pretendían vender muerte a cambio de mucho dinero?

Hubo un silencio en la sala. Laura habló primero.

—Creo que Varun tiene la respuesta y que yo comparto.

—Son traidores —contestó él—. Eran capaces de vender bichos letales.

—Resumiendo, que Roberto y su pareja eran lo bastante estúpidos al no considerar que alguien interesado en lo que acababan de descubrir sobre un tipo de virus pudiera contemplar matarlos sin el menor titubeo y apoderarse de todo aquello que habían obtenido.

—Desde luego, eran unos desquiciados —prosiguió Laura—,

porque solo les importaba intercambiar muerte por dinero.

—Entonces, tenemos a alguien rondando por la India con algo que les robó y que podría causar millones de muertes con tan solo soltarlo, por ejemplo, en depósitos de agua potable —reflexionó Julián.

—Roberto y Carmen —comenzó a comentar Varun— habrían obtenido la fórmula o teoría en España y viajaron a Goa para ponerla en práctica. Por el tiempo que llevaban allí, se encontraban en situación ilegal, ya que había vencido el visado de turista. Tendrían un laboratorio secreto en la zona.

Los tres guardaron de nuevo silencio unos instantes.

Laura levantó la mano, llamando la atención de los otros dos.

—Hay otra posibilidad —repuso.

—Ilústranos —dijo Julián.

—Que quien haya robado esas muestras o fórmula no piensa sacarlas del país. ¿Y si dispusiera de algún tipo de laboratorio en un lugar discreto?

—Entonces, sugieres que trabajaría en esas muestras, ya que no están acabadas al cien por cien, ¿es eso? Y una vez terminado ese superbicho, distribuirlo entre la población como el ántrax.

—No soy ningún experto —dijo Varun—, pero los biólogos fallecidos estaban trabajando en un tipo de virus. El ántrax es una bacteria.

—Ah, gracias por la puntualización —replicó Julián—, pero, en todo caso, el propósito de los malos es igual.

Laura se inclinó sobre la mesa, moviendo las manos conforme hablaba.

—Eran dos profesionales bordeando los cincuenta años. No tenían hijos. Mantenían una relación estable. Ganaban mucho dinero en Barcelona. ¿Qué podría impulsarlos a vender esas muestras biológicas, bichos, virus, microorganismos o como queráis que se llamen, que, tras ser propagadas como el coronavirus, pondrían en peligro incluso a sus seres más queridos en España?

—¿Codicia?

—Millones de dólares o de euros y un retiro dorado alguna isla asiática —respondió Varun.

Laura reflexionó un instante y continuó su exponiendo su análisis.

—Es como preguntarse por qué comete locuras la gente. Por el simple hecho de que quizá llega un día en que racionalizan su situación y se dan cuenta de que les causa hastío la rutina diaria y el estilo de vida que llevan. Están envejeciendo, miran atrás y, tras analizar lo que han hecho en este mundo, se dan cuenta de que pasarán con más pena que gloria una vez se jubilen en el laboratorio, donde quizá no se sentía valorados. Diez o veinte millones podrían pedir por el descubrimiento de este tipo de virus. Todo el mundo tiene

su precio.

—¿Tú lo tienes? —preguntó Varun.

—Sí, gordo. Ocho euros. Es lo que me debes de la máquina dispensadora de bebidas de abajo. Más treinta y cinco de la *pizza* que pediste ayer y te pagué. Y no quiero ni mencionar lo que debes de la porra que hicimos las Navidades pasadas, que puse yo el dinero por ti.

—Recapitulemos —intervino Julián—. Tienen una reunión con un posible comprador y se citan en el hotel. ¿Cómo consiguieron su contacto?

—Quizá fue él o ella quien se puso en contacto con ellos con la intención de hacerles una oferta —contestó Laura.

—Sí, sería lo más lógico, ya que ellos no tenían contactos en el mercado negro o en redes clandestinas. ¿Pero por qué se asentaron en Goa?

—Por estar cerca del mar y en un lugar de Asia. Es barato, se mueven en el anonimato, los funcionarios públicos son fáciles de sobornar y pueden construir un laboratorio sin pedir licencias y sin trabas burocráticas de ningún tipo.

—Y esto significa tráfico mercantil. Movimiento. Es decir, ¿y si antes de ser asesinados hubieran vendido ya la fórmula o la muestra de ese virus?

Los tres guardaron silencio.

—Se citan en alta mar con un barco de carga que lleva a otro continente contenedores de cualquier producto —comentó Laura—. Cogen una lancha o hidroavión, fácilmente alquilable en Goa, ya que es un lugar muy turístico, se suben a bordo, hacen sus reuniones y ventas y regresan a la costa. Han dado la imagen de dos turistas impecables dando un paseo.

—Es decir, se dirigen a un lugar convenido de antemano en alta mar —dijo Julián—. Se reúnen con compradores en un barco de carga, les entregan muestras de bichos y estos les dan el dinero acordado… No, no pudieron hacerlo con anterioridad. Creo que la reunión pactada en el hotel fue la primera vez que tuvieron contacto con un posible comprador. Lo que nunca pudieron saber era que firmaban su sentencia de muerte.

—Si David Ribas logra dar con quien tenga el material que pretendían vender Roberto y Carmen, descansaríamos más tranquilos — agregó Laura—. Entretanto, nosotros aquí solo podemos soltar conjeturas.

—Cierto —sentenció Julián—. Varun, ponte en contacto de nuevo con Hassena. ¿Ha aparecido ya David Ribas?

—Creo que lo espera de inmediato.

—¿Dónde están los cuerpos?

—Tan pronto David viaje a Goa y eche un vistazo al lugar, los

moverán del hotel al aeropuerto. Hassena me ha confirmado que ya tiene un vuelo preparado. Me dará la información más adelante.

—Coméntale nuestros temores y preocupación para que se lo haga saber a David —dijo Laura—. Si resulta cierto que es un virus mortal que se puede propagar y no lo controlamos, podemos morir todos.

14

Hassena operaba una red criminal dedicada, entre otros asuntos, al contrabando de oro. Luchaba también contra el terrorismo islamista y los grupos criminales rivales.

Ella era musulmana, pero estaba convencida de que la solución contra el fanatismo debía llegar desde dentro del islam, ya que era este mismo el que había generado una visión de la religión en la que el recurso a la violencia halla legitimidad santa. Además, consideraba que los imanes no tenían que interferir en cómo debía regirse la sociedad.

Se oponía a la idea de que la política adaptara preceptos del Corán; por este motivo, solía expresar su desagrado a países islamistas y amaba con devoción a la India, como nación secular, a pesar de que quisiera que el gobierno central protegiera aún más a las minorías frente a la mayoría hindú.

Ayudaba a los habitantes de los suburbios más pobres, el grupo social más propenso a recibir las mayores injusticias del país. Recientemente, había ayudado a encontrar a la hija, desaparecida hacía cinco años, de unos padres desesperados que, ante la desidia de las autoridades, le habían pedido auxilio. La red criminal de Hassena era muy extensa e influyente en la ciudad de Bombay y en su estado, Maharastra; sin embargo, no lo era tanto en otros lugares lejanos de la India. Pero, debido a su reputación, hubo quien, a cambio de cierto favor político, decidió colaborar en la investigación.

Deepshika tenía siete años cuando una mañana, de camino al colegio, fue secuestrada por una pareja de recién casados. La mujer no podía tener hijos y la situación se complicó ante la imposibilidad de un tratamiento médico; la opción de adoptar era descartable, ya que no podían permitírselo. Fue su marido quien un día propuso el secuestro. Lo planearon.

Una mañana, ella daba vueltas por las inmediaciones del colegio. Vio a una niña que caminaba canturreando distraída en dirección a la puerta principal. Decidió abordarla sin pensárselo más. Le dijo a Deepshika que le iba a comprar un helado. Cuando estaban en la acera de enfrente, su marido, al volante de una furgoneta, se aproximó. Ella abrió la puerta corrediza y la empujó al interior. Nadie pudo escuchar los gritos histéricos de la pequeña. Nadie supo más de ella.

Desapareció durante cinco años en la vasta población de la India.

El primer día hubo testigos que mencionaron a una mujer hablando con Deepshika en las proximidades del colegio, pero enseguida se retractaron. Nadie quiso dar su nombre ni colaborar en una denuncia.

En la India, la gente es reacia a ir a una comisaría e inmiscuirse con la policía. Tienen pavor a verse involucrados y a que los supuestos garantes de la ley y la justicia pudieran amenazarlos y chantajearlos pidiéndoles dinero a cambio de dejar de obligarlos a personarse en la comisaría. Este comportamiento solía ser muy habitual entre los agentes de la autoridad.

Los padres habían perdido toda esperanza hasta que consiguieron reunirse con Hassena y esta les prometió que la encontraría, aunque tuviera que remover cielo y tierra.

Durante los días siguientes, para despejar todas las dudas, Hassena indagó sobre la vida privada de los padres, eran buenas personas, y obtuvo toda la información relacionada con la desaparición de la pequeña, que estaría ya en la adolescencia. Comenzó a mover hilos. En primer lugar, ordenó a sus empleados hacer uso de las redes sociales.

A cientos de kilómetros de distancia, en el estado de Orissa, una joven empleada de la limpieza, consumidora de contenidos en TikTok, vio por casualidad en su teléfono móvil un breve vídeo con música pegadiza en el que se mostraba la fotografía de una chica a la que ella conocía.

Deepshika no salía de su asombro cuando, al día siguiente, se presentó en la residencia para estudiantes donde trabajaba limpiando los suelos y su compañera le mostró las imágenes.

—Mira esto —le dijo apretando *Play*.

Además, le mostró en el buscador de Google las fotografías de perfil de Deepshika cuando era pequeña y un retrato actualizado hecho por ordenador. Su rostro salía en todas las redes sociales y se mencionaba un teléfono y una sugerente recompensa económica.

Deepshika no puedo reprimir su miedo. Sus actuales padres le prohibían usar un teléfono móvil e internet. Pero es que ni siquiera ella sabría cómo explicar lo sucedido hace años. «¿Quién me creerá? ¿Y si acabo en un lugar peor del que estoy? ¿Y si mis padres biológicos no son los que afirman serlo? ¿Cómo puedo estar segura de que no es otro engaño y vaya a caer en manos de gente peor?».

Cuando su supuesto padre llegó al hospital a recogerla, su compañera, tras verla marchar, decidió marcar el número de teléfono que acompañaba a la fotografía de su amiga.

No tardaron ni dos horas en presentarse un grupo de personas en la vivienda de Deepshika y llevarse a los tres en un avión privado a

más de mil quinientos kilómetros de distancia, al salón de la casa de Hassena en Bombay. Durante el trayecto, los tres mostraron preocupación y angustia. Hubo muchas preguntas, pero ninguna respuesta.

Al llegar, Deepshika fue trasladada a una habitación. Se le hizo un reconocimiento médico y se le tomaron muestras de sangre. Tenía la espalda llena de moratones y, en las espinillas, cortes causados por latigazos con un cinturón.

En otra habitación, la pareja de secuestradores lo confesó todo. La habían explotado durante los últimos años. La habían hecho trabajar como limpiadora; primero en un hospital y luego en la residencia de estudiantes. Le pegaban de forma constante y la alimentaban una vez al día.

Deepshika explicó a la médica que la atendió que recibía puñetazos en la espalda y patadas en el estómago cuando dormía tumbada en el suelo. En una ocasión, recibió tal golpe en la espalda con un rodillo que comenzó a sangrar y la mujer se enfadó con su marido al temer que no tuviera fuerzas para fregar los suelos en el hospital, ya que el dinero que ganaba se lo quedaban ellos.

Cuando su madre apareció en casa de Hassena, llorando a raudales, le pidió a Deepshika que se levantara el camisón. Todas sus dudas desaparecieron de inmediato cuando reconoció la marca de nacimiento. Los padres se fundieron en un enternecedor abrazo con su hija, una escena propia del final más feliz de un melodrama de Bollywood, pero con la diferencia de que en esta ocasión no era ficción, sino la vida real.

Tan pronto la policía llegó, arrestó a los acusados por secuestro, amenazas, violencia física y trabajo infantil. David Ribas entraba en el edificio en aquellos momentos y se cruzó en el pasillo con la pareja, esposados con grilletes.

—Adelante, David —le dijo un miembro de la seguridad de Hassena nada más verlo. Cerró la puerta del despacho a su espalda.

—¿Un nuevo caso resuelto? —comentó David señalando con el pulgar hacia la puerta.

—Uff. Han tenido siete años secuestrada a una cría. Por desgracia, los secuestros de niños suceden todos los días. ¿Pero qué tragedia no sucede cada segundo o minuto en la India?

—Tú has hecho que esa chica tenga una nueva vida. Enhorabuena. Hace años hiciste algo parecido por mí, aunque las circunstancias fueran distintas.

Hassena hizo un ademán con la mano dando a entender que no quería hablar del tema.

—¿Té?

—Me vendría bien una taza bien fuerte.

Pensaba que un té decente le borraría el horrible gusto que el anterior le había dejado. Empezaron a beber en un silencio reflexivo.

Hassena cerró los ojos y movió la cabeza de manera sobre las puntas de los dedos, colocados bajo el mentón en posición de rezo.

—Felicidades por tu trabajo en Ahmedabad. Esa gente que comercia con droga y la trae a Bombay para arruinar a los jóvenes no se merece otro destino.

Abrió los ojos y bajó las manos para golpear con impaciencia el brazo del sillón con los dedos.

—Tengo noticias importantes.

David respiró hondo.

—¿Sobre tu estado de salud?

No hacía mucho, Hassena se había sometido a una operación quirúrgica contra un tumor cancerígeno.

—Mi salud está estable, al menos de momento —dijo, y añadió en tono categórico—: He recibido una llamada del Cervantes.

—¿Laura?

—Del indio que trabaja para tus compatriotas, Varun Grover.

Hassena le hizo un resumen de lo acontecido. Le habló del asesinado de los dos españoles en Goa y de las preocupaciones manifestadas por los empleados del Cervantes.

—El problema es que, si alguien poseyera los conocimientos necesarios para manipular esos microorganismos o bichos que hay en las muestras robadas —continuó—, podría existir un problema potencial para la humanidad, como ya pasó con el coronavirus.

—Creo que fue Churchill quien definió al fanático como alguien que no cambia jamás de parecer y tampoco es capaz de cambiar de tema.

—El fanatismo religioso, en concreto, el islamista, y lo digo yo que soy musulmana, es la cara opuesta del amor. Por eso debe ser combatido, aplastado como una cucaracha. Pero esto es otro tipo de amenaza.

—El desarrollo de armas biológicas ha estado siempre impregnado de engaños, mentiras y negativas. Pero este caso parece más un desarrollo independiente que respaldado por un gobierno.

—Las naciones han negado su existencia, por eso es casi imposible ubicar el epicentro, es decir, dónde realizan esos experimentos. En la India, la ley prohíbe que se estudien ciertas enfermedades infecciosas. Son necesarios muchos permisos y colaboración con el gobierno, además de involucrar laboratorios locales.

—Es decir, que la pareja de españoles estaba trabajando para vender alguna enfermedad que pueda infectar a los seres humanos. Una vez adquirida la muestra, se proponían venderla. Por cierto, creo que aquí se creó un departamento bioquímico a raíz de la pandemia

del COVID-19.

—Existe un departamento bioquímico en el ejército indio tras la pandemia. Estudia y desarrolla vacunas para impedir una infección deliberada en caso de una guerra bioquímica. Si has pensado que la pareja de españoles pudiera estar relacionada con ese departamento indio, descártalo. Ese equipo indio, por lo general, trabaja en secreto y no se inmiscuye con civiles.

—Esta pareja eran científicos —comentó David, reflexionando—. Y, por su profesión, se puede deducir que tendrían ciertos comportamientos particulares.

—¿Como cuáles?

—Pacientes, cuidadosos y meticulosos. Lo que nos puede llevar a pensar que antes de reunirse con alguien, les gustaría estar muy seguros de lo que hacían. ¿Qué hacen los evasores de impuestos en Goa? Derrochar el dinero en fiestas, donde hay drogas y alcohol sin freno. Estas dos personas, por lo que me comentas, habían descubierto algo que querían vender por mucho dinero. ¿Cómo pudieron caer en la tentación de querer vender algo que pudiera causar la muerte y salir impunes? ¿Qué se esperaban? ¿Vivir con la conciencia tranquila en una isla paradisiaca al margen del reguero de muertes que causarían? La codicia acabó con ellos.

—Las personas que son capaces de manipular un virus letal, por naturaleza están dispuestas a cometer riesgos. Estos españoles se creerían invulnerables. No eran conscientes del peligroso juego en el que están metidas grandes empresas farmacéuticas, capaces de movilizar asesinos a sueldo y agentes de inteligencia capaces de matar.

—En efecto —afirmó David—. Eran muy profesionales en su mundo, en el sector científico, investigaciones en laboratorios…, pero no estaban en su elemento.

—¿Qué quieres decir?

—Que se encontraban ciegos de codicia. No eran conscientes de dónde se metían. No se encontraban en su círculo, donde sabían cómo comportarse, ya me entiendes. Como si el deportista que se dedica a escalar picos de montaña se pone a competir en natación. Ambos tienen capacidad pulmonar, pero en su entorno, en su elemento.

—Y ambos fracasan porque desconocen el nuevo medio —dijo Hassena.

—Tal cual. Eran unos cínicos, futuros criminales asesinos de masas, despiadados. En primer lugar, utilizaron los conocimientos adquiridos durante los años que trabajaron en laboratorios en España y, después, crearon en secreto un virus letal capaz de infectar a la población del planeta, como en su día hizo el coronavirus, y encima pretendían venderlo por una fortuna. Pero desconocían cómo desenvolverse en un

entorno ajeno a ellos hasta entonces, el criminal.

—Pareja de locos.

—¿Y los cuerpos?

—He mandado una furgoneta para allá. Los llevarán al aeropuerto internacional de Goa, en Dabolim. Desde allí serán repatriados a España por un avión que ha enviado el Cervantes. Ya sabes, en la India el Servicio de Aduanas acepta dinero para hacer la vista gorda.

—El dinero negro vuela de los bolsillos más deprisa que el dinero legal.

—Si lo dices por los funcionarios de aduanas, debemos respetar su disposición a dejarse sobornar. Y respetar también la forma en la que nosotros mismos ganamos dinero. Si no valoramos nuestro trabajo, el dinero carece de valor alguno. Por eso yo soborno a la gente sin rubor alguno, pero también invierto mi dinero en mejorar la vida de las personas que viven a mi alrededor, como a los padres de Deepshika. De lo contrario, toda nuestra red carece de propósito. —Se levantó, rodeó su escritorio y se acercó a David, también de pie; le puso los brazos sobre los hombros, y dijo—: Ve a Goa de inmediato, analiza el escenario del crimen y averigua quién es y dónde se encuentra el asesino de tus compatriotas lo más pronto posible. —Mirándole a los ojos, añadió—: Pareces cansado. Te convendría dormir más.

David frunció el ceño en ademán reflexivo, luego sonrió.

—Lo haré en el tren.

15

Sameer salió a jugar con sus tres amigos en bicicleta con los que solía ir con frecuencia. Llevaban a sus espaldas mochilas de donde sobresalían bates de críquet. De camino a la estación de tren, en uno de los muchos semáforos que tuvo que pararse, David vio a su amigo. Alzó el brazo para llamarle la atención, pero él no lo vio. Pedalearon con fuerza para llegar a la otra acera antes de que el semáforo se pusiera verde para el tráfico.

David recordó que había leído en alguna parte que las personas dejan de jugar cuando se convierten en adultos. Un gran error, ya que deberían seguir jugando durante toda su vida para distraerse, para disfrutar del ejercicio, para estar contentas, para descargar el exceso de energía y sentirse mejor con ellas mismas.

Por un instante, se quedó pensando en lo raro de verlos a todos con bates de críquet a sus espaldas. Por lo general, jugaban con uno o dos como máximo, ya que se turnaban. Era raro que rompieran alguno. Aquello le hizo sospechar que igual Sameer no iba de camino al parque o que estaba implicado en algo ilegal con aquellas compañías sobre las que le había advertido.

El semáforo se puso en verde, se quitó aquellos pensamientos de encima y reanudó su camino hacia la estación de tren.

Lo que más le gustaba de la India es que uno podía sentirse hambriento de sensaciones. Cada día era una aventura, cada día sucedía una cosa distinta que lo estimulaba a seguir adelante con ganas de enfrentarse a cualquier situación.

Vibraba en las estaciones de tren. Todo era un ir y venir de gentes variopintas, un calidoscopio cultural y racial. Quienes caminaban por los andenes y las plataformas que cruzaban las vías provenían de varias partes del país y creaban una lluvia de idiomas, como si cada rasgo facial, vestimenta, movimiento o palabra diferente relatara un capítulo de la historia que encerraba la India.

Cuando se acostó en la litera de su vagón, empezaron a cerrársele los ojos. Como le había sucedido veces antes, cuando viajaba en tren soltaba su intensa ansiedad y se dejaba vencer por la falta de sueño. Se dejó deslizar poco a poco a una especie de sopor.

16

Una agradable brisa con olor a mar refrescaba el atardecer en la ciudad de Panaji, capital del estado de Goa. A esa hora comenzaban a oírse los sonidos de la naturaleza. El sol se acercaba al horizonte, como correspondía a aquella hora de la tarde. David, con un cojín a la espalda, estaba sentado en un *charpoy* contemplando la vista. Desde donde estaba podía observar la bahía. Disfrutaba de las delicias de estar cerca del mar, alejado de la caótica y ruidosa ciudad de Bombay. Algo le llamó la atención. Miró a la izquierda. Una persona había entrado en el jardín, proyectando una larga sombra. Con el sol a su espalda, era difícil para David ver quién era. No sabría decir si era un huésped del hotel o un empleado.

—¿Sí? —preguntó, alzando la voz.

—Hola, soy el inspector Nagesh Silva —respondió después de girarse para mirarlo.

—Le esperaba —dijo David, levantándose y yendo hacia donde estaba.

Se dieron la mano.

—Hassena me habló de usted —comentó el comisario a modo de justificación.

—Sí, sí —asintió David antes de un momento de respetuoso silencio—. Me gustaría echar un vistazo al lugar del crimen.

Fuera del hotel esperaba un *jeep* Maruti Gypsy de la policía. Nagesh le indicó el asiento del copiloto.

A David le sorprendió que fuera el propio inspector quien condujera y no algún oficial. Nagesh se percató.

—Procuro tomar precauciones —dijo al arrancar. Condujo por el asfalto rodeado de la vegetación que inundaba aquella zona turística —. A decir verdad, carecemos de personal de homicidios. Se cometen asesinatos, sí que es verdad, pero los detectives suelen venir de fuera. El caso es que este asunto hay que manejarlo con absoluta delicadeza. Por eso no he venido acompañado.

David miró por la ventanilla abierta, el aire fresco le golpeó el rostro. De verdad que era una satisfacción disfrutar de aquel clima, aunque el motivo de su presencia en Goa no lo fuera.

Cruzaron el barrio de Caranzalem en dirección a Santa Cruz, hacia la iglesia de San Agustín. Luego, torcieron a la izquierda y condujeron

por la vieja carretera principal a Ponte de Linhares.

Abandonaron el asfalto para entrar en un camino de tierra.

Pasaron por un terreno abandonado. La vegetación era seca. El vehículo levantó una nube de polvo que se sentía incluso en la lengua. David cerró la ventanilla; el inspector hizo lo mismo y encendió el aire acondicionado.

—Es un atajo —dijo—. En este terreno no se ha permitido la explotación agrícola. Pero se ha anunciado un plan para plantar un ejército de palmeras, a modo de contención de un posible *tsunami*.

El inspector Nagesh continuó perorando sobre los peligros de este fenómeno natural y sus efectos devastadores. Habló sobre las medidas de emergencia que había declarado el gobierno de Goa en caso de que se dispararan las alarmas.

—¿Qué me puede decir del motivo del asesinato? —preguntó David para cambiar de tema.

Nagesh apretó el volante. Parecía que el asunto le producía malestar.

—Mire, yo espero obtener una pensión vitalicia dentro de muy poco tiempo.

—Aún es usted joven.

—Voy a pedir una prejubilación por motivos de salud.

—Yo creo que usted se mantiene muy bien.

Él negó con la cabeza. No parecía que se lo tomara a broma.

—Me han ofrecido un puesto en el sector privado —dijo al fin, después de un prolongado silencio—. Me voy a retirar como funcionario. Alegaré motivos de salud, recibiré una pensión libre de impuestos y me quitaré estas tensiones de encima.

—¿Tan molestos han resultado ser los motivos del asesinato de la pareja de españoles?

—Sí.

En ese instante, como si estuviera descargando su frustración, Nagesh dio un volantazo hacia la derecha. Frente a ellos, un cabo de un kilómetro en forma de media luna que penetraba en la bahía. Era otra zona turística en la que se intercalaban hoteles caros y hostales baratos para mochileros.

Cuando Nagesh aparcó junto a la acera, un grupo de extranjeros que fumaban porros, al ver que frenaba el *jeep* con tanta violencia, se levantaron y se largaron apresurados, temerosos de ser víctimas de una extorsión por parte de la policía india.

El inspector se dio cuenta de que se le había acelerado el pulso.

—Malditos *hippies* —dijo al tiempo que señalaba al grupo que se había marchado.

—Creía que era un término que se quedó anclado en los setenta.

El oficial se rio.

—Pues resucitaron en el siglo XXI, para desgracia de esta ciudad. Han traído el gansterismo. Ya no hay ley ni orden. Las veces que he soñado con tener esas metralletas de las películas americanas, salir a la calle y vaciar los cargadores contra esta gentuza…

David lo miró. Tenía muchos problemas de estrés y no parecía querer ocultarlo.

—Siempre hay alguna otra manera.

—¿Ah, sí? No me diga. —Sacó de la guantera dos pares de guantes de látex. Le tendió a David un par, que se guardó en el bolsillo.

Salieron del vehículo.

—¿Su disgusto por los *hippies* es por el auge del tráfico de droga? Porque Goa se mantiene gracias al turismo con su oferta de fiestas locas en la playa y en discotecas. No es un secreto que se ofrece alcohol y todo tipo de estupefacientes.

Nagesh se paró en seco y lo miró de hito en hito.

—Mire, no sé quién es usted. Para mí es un extranjero que me va a quitar este problema de encima —dijo señalando al hotel—. Una vez que entremos, el problema es todo suyo y puede meter las narices donde quiera. Le doy mi permiso para hacer lo que desee, pero, por favor, saque esos dos cadáveres cuanto antes de mi jurisdicción.

—¿Su permiso?

—Tiene mi permiso para poner toda esta ciudad boca abajo si quiere. Le doy vía libre. Mate, robe, tome drogas, ligue con una prostituta o haga lo que quiera. Pero…

—¿Pero?

—Pero le pido que este caso no llame la atención. Quiero jubilarme sin tener ninguna mancha en mi expediente.

—¿Algo más antes de entrar?

—Que este asesinato no llegue a los medios de comunicación ni al público.

—Dígame, ¿por qué cree usted que los asesinaron?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Drogas, ajuste de cuentas… o quizá tenga algo que ver con su trabajo. Quizá fueran espías vendiendo información clasificada. Solo le pido que saque esos cuerpos de aquí cuanto antes.

Subieron las escaleras de la entrada.

David vio al guardia de seguridad sentado sobre el taburete; estaba dormitando con los brazos cruzados sobre su ancha barriga.

—¿Qué hay de los empleados del hotel? Alguien sabrá lo que ha sucedido.

Entraron al vestíbulo.

—Ven y callan. El gerente se queda sin negocio como trascienda el suceso a los medios de comunicación. Él se encarga de que sus empleados no digan nada.

—¿Y usted?
—¿Yo? Me encargo de que todos mantengan la boca callada.
—¿Qué me decía usted de los *hippies*?
El inspector Nagesh sonrió.
—Hace usted demasiadas preguntas.
—Espero encontrar las respuestas.

17

David levantó la cabeza con hastío y observó el interior de la habitación. Una vez más, era espectador de la incompetencia india en el lugar de un crimen. No era a propósito, sino debido a la ignorancia. No respetaban las reglas porque no las había. Habían limpiado el cuarto, destruyendo así cualquier prueba que pudiera haber.

—Me imagino que, si queda alguna huella dactilar, será de los empleados de la limpieza.

Nagesh se encogió de hombros sin darle importancia. Los dos se quedaron de pie. Se oía el ronroneo del frigorífico del minibar.

La cama estaba hecha, las cortinas recogidas, las ventanas abiertas de par en par. Habían perfumado la habitación. Desde encima de los armarios, unos palitos de incienso desprendían aroma de vainilla.

El gerente entró. Era un señor gordo y peludo, con la camisa desabrochada hasta mitad del pecho. A pesar de su físico, se movía con absoluta agilidad. Al ver al nuevo visitante junto al inspector, exageró su consternación sobre lo sucedido.

—Señores, qué desgracia —dijo alzando los brazos y con tono de rendición.

—Para desgracia, la que usted ha creado —le espetó el inspector Nagesh.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que han limpiado esta habitación —contestó con fingido enfado.

La única prueba de que hubiera sucedido un asesinato eran unas grandes manchas oscuras que, de tanto frotar, se habían quedado incrustadas en el suelo de madera.

—Tuve que hacerlo, señor inspector. A la señora de la limpieza casi le da un ataque al corazón. Sufrió un ataque de ansiedad.

—¿Quién limpió la habitación? —preguntó David.

—Mi asistente y yo —contestó el gerente señalando el suelo, en los círculos enormes—. Pero estas manchas no se van. Echamos lejía con la intención de limpiar la sangre, pero acabamos dañando la superficie.

—¿Cómo encontraron los cuerpos?

El gerente hizo un gesto de desagrado. A su vez, el inspector alzó la cabeza al techo, mostrando la gravedad de lo que vio cuando entró por primera vez.

—La parte posterior del cráneo había desaparecido en el hombre —contestó el gerente—. La mujer presentaba un orificio limpio.

—¿Dónde están los cuerpos? —volvió a preguntar David.

—Abajo. En la bodega.

—¡En la bodega! —repitió Nagesh con tono increpatorio.

—Es el único lugar frío…

—¡Frío! —repitió de nuevo—. ¿Qué pretendes, consérvalos por mucho tiempo?

El gerente se puso nervioso.

—No, no, señor inspector. Es el único lugar donde hay una puerta de salida al exterior. La descarga de mercancías se hace en la parte trasera. Sacando los cuerpos desde la bodega, no despertará sospechas.

—Te anticipas a todo, ¿eh? —dijo Nagesh con cierto desprecio—. ¿y dónde crees que los llevaremos?

—No lo sé, pero fuera de aquí.

—Ya, y encima cometes un crimen.

—¿Yo?

—Eliminar pruebas de un asesinato se considera un crimen.

David se puso los guantes de látex y comenzó a inspeccionar la habitación mientras los dos seguían enzarzados en un coloquio que no llevaba a ningún sitio.

Los cajones seguían intactos y los armarios no parecían haber sido abiertos.

—¿Dónde están las pertenencias?

—Esto es lo que hay —dijo el gerente estirando los brazos, abarcando el interior de la habitación.

—Cuando se registraron, ¿se los vio con equipaje?

—Una maleta pequeña —contestó el gerente—. Sin duda, se la habrá llevado el asesino porque aquí no está.

—¿Y sus cámaras de seguridad?

Hubo un silencio. El gerente miró al inspector Nagesh como pidiendo ayuda para encontrar algún argumento plausible.

—Se nos averiaron hace algún tiempo y ya no funcionan. Las cámaras siguen ahí, pero no…

—¿No vieron casquillos por el suelo? —volvió a preguntar David, interrumpiéndole.

—A decir verdad, no. Lo que vimos fueron trozos del cuero cabelludo, del cráneo y del cerebro del hombre.

—Debieron utilizar una automática —comentó el inspector Nagesh.

—Sí, el asesino tuvo la serenidad suficiente para agacharse y recogerlos. —Dirigiéndose al gerente, preguntó—: ¿Ninguna otra cosa en la habitación excepto los dos cadáveres?

—Así es. Los dos cuerpos y lo que ve en esta habitación.

—Cuando se trata de drogatas, nada tiene sentido —comentó Nagesh.

—¿Nadie escuchó nada?

—No.

—¿Sus empleados están seguros de no haber oído ningún ruido de disparos?

—Sí —concluyó después de mirarlos con expresión sombría.

—¿Cómo cree usted que el asesino podría haber entrado aquí sin llamar la atención y después huir sin ser visto por el recepcionista?

—En mi humilde opinión, debió de aparentar ser una persona normal —contestó el gerente.

—¿A qué llamas tú normal? —preguntó Nagesh, dirigiéndole una sórdida mirada.

—A esta hora no, pero durante el día pasa por aquí mucha gente. Se escuchan muchos ruidos. Los extranjeros circulan por la calle con sus motos alquiladas, hay quien hace *jogging* por las mañanas. Ya sabe, una persona normal. A eso me refiero.

El inspector Nagesh se paseó de un lado a otro de la habitación, como si el caso ya estuviera solucionado.

—Los vecinos, los curiosos o las personas que circulan por los alrededores de un crimen pueden ser buenos testigos, pero, al igual que las cámaras de vigilancia baratas, acumulan demasiada información confusa e irrelevante, distorsionando la realidad.

—Pero se olvida de un detalle.

—¿Cuál? —preguntó Nagesh.

—Que llevaría algo en la mano. La maleta robada.

—Igual la cubriría con algo —intervino el gerente.

David comenzó a sospechar de los dos. Estaban ocultando algo. Era evidente que pretendían quitarse el problema de encima cuanto antes y continuar con sus anodinas vidas.

David era un buen interrogador y sabía distinguir personalidades y temperamentos e, incluso, adaptarse a ellos. El tiempo pasado en la India le había dado la habilidad de leer los rostros.

Se giró hacia el inspector Nagesh.

—¿Usted está convencido de que ha sido un ajuste de cuentas por drogas? —preguntó, observándole con detenimiento.

—Ambos han sido asesinados a sangre fría. El motivo no lo quiero saber. Lo importante es que desaparezcan los cuerpos de esta ciudad cuanto antes.

Fueron a la bodega. Los cadáveres reposaban sobre dos mesas cubiertos por sábanas. David observó las marcas de los impactos de bala.

Enseguida llegó una furgoneta y varios hombres, tras un escueto saludo, metieron los cuerpos en bolsas herméticas de color negro y se

marcharon en silencio.

EL MAR ESTABA CALMADO y soplaba una agradable brisa. El sol comenzaba a esconderse y se percibía el frescor de la noche. En aquella época del año, la temperatura era agradable para dormir sin calor ni humedad.

El inspector Nagesh conducía el *jeep* a la misma velocidad temeraria de antes. No había mucha gente por las calles. De tramo en tramo se veía a alguna pareja y a grupos de turistas extranjeros caminando por los bordes de la carretera bajo la brillante luna.

—Supongo que, si pasa mucho más tiempo aquí, acabará por aficionarse al juego, a las fiestas nocturnas, a navegar e, incluso, a pescar —dijo mientras seguía atento a la conducción—. Por no hablar de pasatiempos de más riesgo, como las drogas y las mujeres. —Señaló a una pareja de turistas sentada en taburetes frente a un puesto de comida callejera iluminado por bombillas que colgaban de un cable—. En vez de gozar de la brisa que viene del mar a esta hora, ahí los tienes, fumando marihuana.

Al cabo de unos minutos, frenó frente a una vivienda en un lugar apartado en las afueras de la ciudad, cerca de la costa. Era la dirección que Roberto, el asesinado, había dado al registrarse en recepción.

El lugar estaba rodeado de vegetación y no se veía otra casa en las cercanías. Se podía disfrutar el aire fresco y fragante de la noche. Excepto el lejano ruido del mar y algún pájaro nocturno, no se escuchaba ruido alguno.

—Gracias —dijo David mientras salía del vehículo.

—A usted por quitarme este peso de encima. De ahora en adelante, lo que quiera hacer es cosa suya. Llame a un taxi cuando acabe y váyase al aeropuerto o coja un tren. Pero, por favor, termine lo que vaya a hacer y márchese de aquí cuanto antes.

David le hizo un saludo con la mano desde la cuneta y el *jeep* aceleró. El ruido de su motor disminuyó conforme desaparecía en la noche.

18

La casa, situada a distancia del centro de la población, era enorme, de arquitectura colonial, situada en lo alto de un empinado camino de tierra. La vivienda de dos plantas estaba rodeada de un muro de ladrillos. Delante y detrás del edificio había jardines anchos y extensos. El de la parte de atrás era todo césped y llegaba hasta un acantilado donde las sombrías olas rompían con fuerza contra las rocas.

No tuvo problema alguno para acceder al interior. De hecho, la puerta principal no estaba cerrada con llave. Daba la impresión de que los españoles se sentían muy seguros de sí mismos. «¿O puede que haya alguien en el interior?», se quedó pensando David.

Encendió la luz de la entrada. Prestó atención a algún sonido extraño que le advirtiera de un peligro inminente. Solo se escuchaba el rugido del mar.

La decoración era muy austera. Las paredes estaban cubiertas de estanterías y de mapas de la India y de Asia. Había muchos libros de medicina. También publicaciones sobre Goa y otros lugares turísticos del sur de la India.

Abrió una manoseada guía de Sri Lanka. Había varias páginas cuyas esquinas estaban dobladas y párrafos marcados con bolígrafos y fluorescentes, lugares que visitar. Un círculo señalaba una dirección en un mapa de Colombo, «Barnes Place, 25», junto a un nombre, Arthur C. Clarke. Era el escritor y científico británico, creador de la novela *2001: Una odisea espacial*. Habrían visitado la casa donde vivió durante más de cincuenta años el célebre maestro de la ciencia ficción.

Cogió otra guía de viajes sobre Vietnam. En el interior había billetes usados de tren y también marcas de bolígrafos en lugares pintorescos y excursiones exóticas.

Por lo que deducía, los españoles no habían sido aficionados a la playa ni a las fiestas de Goa. Este era el paso previo a su futuro escondite en algún otro país al que huirían cuando vendieran la muerte. Todo era cuestión de dinero.

No había duda de que tenían la intención de obtener una enorme cantidad por las muestras de lo que fuera que hubieran descubierto o robado. «¿Qué demonios se proponían? ¿Vender algún virus o bacteria

peligrosa o el antivirus para la cura?».

Subió las escaleras. Entró en el dormitorio. La ropa era cara, de marca. No había ni una de las típicas prendas de los puestos callejeros que costaban unas pocas rupias.

Lo inspeccionó todo. No había aparatos electrónicos, ordenadores ni teléfonos móviles. Tampoco dinero en efectivo. Ni tarjetas de crédito. Ni documentación alguna, como pasaportes o facturas.

David bajó al salón. Se quedó de pie observando el lugar, reflexionando sobre los acontecimientos. Ambos eran muy inteligentes y con muy buenos ingresos, bastante listos como para esconder el dinero y lanzarse al ruedo como todos los intrépidos españoles que no temen a Hacienda. Pero ¿por qué se habían permitido ser víctimas de la codicia?

Lo que había sucedido no era un asesinato común. «Puede estar difundiéndose en este instante un virus capaz de destruir a la civilización», caviló. Movió la cabeza de un lado a otro cuando un ruido despertó su atención. Cuando miró por encima del hombro, vio una sombra saltar la verja y correr por el jardín.

En vez de ir tras ella, David corrió por el interior de la vivienda, abrió la puerta principal y salió como un vendaval.

Unas nubes tapaban la luna. Aun así, la noche no era cerrada; había una luz tibia y suave en el exterior.

Lo iba a alcanzar. Al oír que David se le acercaba, el desconocido se dio la vuelta, se echó la mano al bolsillo y cuando sacaba un arma, recibió un golpe seco debajo del mentón. Sonó un ruido apagado y el hombre cayó inconsciente al suelo, de espaldas, con las piernas y los brazos doblados.

David se agachó. Cogió el arma, un pequeño revólver. Extrajo el tambor de un golpe, vació la recámara, la desmontó y lanzó las piezas por separado lo más lejos que pudo.

Esperó unos minutos a que el hombre recuperara el conocimiento. Comenzó a mover la cabeza al tiempo que emitía sonidos incoherentes. David se acercó a la manguera enrollada a la pared, abrió el grifo y lo roció con agua. Surtió efecto. El hombre se levantó a duras penas escupiendo y tambaleándose.

—¿Quién eres? —preguntó David en inglés.

—Me llamo Manoj, chófer del señor Roberto.

Estaban en penumbra. En el jardín no había más que una luz débil. Pero Cuando las nubes se abrieron y la luz de la luna lo iluminó, David le vio el rostro. Tenía una cara redonda que parecía una careta *kabuki* japonesa. Sus rasgos eran los típicos de la zona. Excepto los ojos, que taladraban con la mirada, la boca y el resto de sus facciones permanecían paralizadas.

—¿Por qué ibas armado?

—Pensé que igual mi vida corría peligro.

—Y ¿por qué no me disparaste?

—Tú no eres el asesino.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque lo vi.

Manoj se secó la cara con el faldón de la camiseta y se dejó caer al césped resoplando y tomando aire.

David se sentó sobre una piedra guardando una prudente distancia.

—¿Qué aspecto tenía el asesino? ¿Indio o extranjero?

Manoj no le prestó atención.

—Querían un lugar cercano al mar —dijo señalando hacia su espalda—. Por eso eligieron esta casa. Un lugar donde sentarse y contemplar el mar. Eran buena gente. Lo que ha sucedido ha sido terrible.

David levantó la cabeza y observó en derredor. Igual la ubicación de la casa tenía que ver con el tráfico marítimo de drogas.

La playa que había enfrente era una agradable extensión de arena y rocas, salvo por la carretera asfaltada en la parte delantera de la vivienda. Podía imaginarse con facilidad a un explorador portugués de siglos pasados pisando la orilla por primera vez, caminando por el lugar y arrebatando la tierra a los indios.

David presentía que Manoj estaba actuando y creía que él era un extranjero ingenuo al que podría manipular.

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿qué aspecto tenía la persona que asesinó a los dueños de esta casa?

—Sale en las grabaciones de la cámara de seguridad. Alto, fuerte, no parecía extranjero. Era indio.

—¿De qué grabaciones hablas?

—De aquí —contestó señalando a lo alto de un palo metálico donde había una pequeña pero moderna cámara; apuntaba al jardín. El ángulo captaría toda aquella zona.

—¿Estuvo aquí antes?

—Lo vi durante días dando vueltas por la casa.

—¿Y no se lo comunicaste a Roberto?

—Sí, sí.

David se encontraba cada vez más exasperado.

—¿Y no dijo nada?

—Me comentó que estaría asegurándose de que él y su mujer eran las personas con las que se quería reunir.

—Es decir, que estaban esperando a que esa persona les contactara una vez que estuviera segura de que Roberto y su mujer eran las personas correctas.

—Y lo hicieron en el hotel de Panaji, a media hora de aquí en coche.

—En el hotel —dijo David mirándole a los ojos y asintiendo con la cabeza—. ¿Y me puedes decir cómo sabes tú que quedaron con ese hombre en el hotel?

—El señor Roberto apuntó la dirección en un papel y me dijo que se lo diera a aquel extraño. No querían que entrara en la casa y decidieron reunirse con él en el hotel de Panaji.

—Dime la verdad, ¿sabías qué hacían aquí Roberto y su mujer?

Manoj se frotó de nuevo despacio el rostro con el faldón de la camiseta.

—Desconozco sus actividades profesionales o a qué se dedicaban. Yo cumplía sus órdenes. —Se levantó y David hizo lo mismo, manteniéndose alerta; no le gustaba aquel hombre—. Eran muy generosos conmigo. Me pagaban diez veces más de lo que pudiera cobrar como empleado en un *resort* de lujo. Hasta el señor Roberto me compró una motocicleta, y me animaron a ahorrar y comprarme mi propia casa. Me prometieron ayudarme con el banco cuando solicitara una hipoteca para no tener problemas. A mí siempre me han dado una impresión maravillosa.

David observó que había un cobertizo o garaje a pocos metros de distancia de la casa. La luz de luna iluminaba el tejado. El viento procedente del mar movía las palmeras creando un efecto hipnótico de sombras sobre el terreno.

—Este es un lugar de acceso prohibido al público —dijo Manoj, al notar en lo que se fijaba David—. Una propiedad privada.

—No creo que te importe que eche un vistazo. ¿Es ahí donde está el sistema de videovigilancia donde quedan grabadas las imágenes de las cámaras de seguridad?

—No entiendo.

David no volvió a decir nada ante sus ambiguas respuestas.

Manoj caminó por delante. Del bolsillo sacó un manojo de llaves y abrió la puerta. Pasaron por un pasillo anodino y gris hasta llegar a un despacho. Había dos mesas de trabajo. Los ordenadores eran nuevos, como si hubieran sido adquiridos el día anterior. Todo estaba impoluto. Parecía dispuesto adrede, como pantalla, para dar una imagen de falsa oficina.

En un lateral estaba el dispositivo de almacenamiento de la videovigilancia. Era una marca local muy simple y fácil de manejar. Todo lo grabado se encontraría en aquel disco duro. Para no despertar las suspicacias de Manoj, decidió pretender que no le daba demasiada importancia y desvió la mirada.

Hojeó varios libros de una estantería. En su mayoría, eran ensayos sobre la enfermedad de las vacas locas, la gripe aviar, la peste bovina, la fiebre porcina y otras tantas horrendas enfermedades sucedidas en distintos lugares del mundo.

—Quiero ver qué hay más en este lugar —dijo David, muy seguro de sí mismo.

Entraron a un pasillo de hormigón. Al final empujaron una puerta hermética. El interior era un espacio muy luminoso, agradable, moderno y extenso: el laboratorio. Era una sala desprovista de ventanas. Parecía una bodega, salvo que sus botellas no contenían vino, sino algún tipo de experimento químico.

Había varios microscopios electrónicos y aparatos muy modernos que David no sabía qué finalidad tenían. Como en la anterior habitación, no vio ningún aparato de navegación por satélite o la tecnología indispensable para el contrabando en el mar. Por tanto, descartó aquella posibilidad.

—Este lugar es prácticamente incombustible y dispone de su propio sistema interno contra incendios. Y en el tejado hay unos filtros especiales de aire capaces de atrapar el bicho más insignificante.

David se giró y lo observó. Ya sabía que Manoj no ejercía solo de chófer, sino de ayudante. Era cuestión de tiempo que confesara todo lo que sabía.

—¿Cómo es que sabes tanto de este tema?

—Porque ayudé a construirlo. Soy electricista. Esa era mi profesión.

—Por cierto, para entrar en el laboratorio, ¿no necesitamos ponernos filtros de aire, mascarillas o algo por el estilo?

—No. Está todo limpio. —Extendió los brazos como si quisiera abarcar el lugar—. No hay nada expuesto. Solo le recomiendo que procure no tropezar con ningún estante, probetas o frascos llenos de productos químicos.

—Dime, ¿cómo dieron contigo?

—No le entiendo.

—Quiero decir que cómo una pareja de recién llegados del extranjero supo de ti y de tus servicios.

—Buscaban un electricista para arreglar varios enchufes de la casa. Preguntaron al dueño de la tienda de comestibles que hay al final de la carretera principal. Este les recomendó llamarme. Les hice el trabajo muy bien, quedaron contentos y, como buscaban un conductor local que se conociera la zona y el idioma, me ofrecí. Más tarde, cuando el señor Roberto se propuso construir un laboratorio, lo ayudé.

—¿Qué crees tú que hacían aquí con todos estos aparatos?

—Me dijeron que era para estudiar la biosfera porque les gustaba mucho esta parte de la India. La señora Carmen me dijo que querían escribir un ensayo con sus descubrimientos.

David lo miró con un nuevo interés. Aquel hombre era un mentiroso compulsivo o un ingenuo. «Lo primero», pensó.

—Ya —soltó.

—Como puede ver, este es un lugar a prueba de fuego o de la fuerza del monzón. Los generadores eléctricos están muy protegidos.

—Dime, aparte de electricista, chófer e ingeniero, ¿eras ayudante de tus jefes durante sus experimentos o estudios? —preguntó David, pero Manoj miró hacia un lado evadiendo la cuestión—. Debo tomar esto como una respuesta afirmativa. Por tanto, sabías qué estaban haciendo de verdad aquí. ¿Qué era lo que consiguieron con sus experimentos?

—Creo que tiene usted una idea equivocada. Yo no tengo conocimientos científicos.

—No he dicho eso. Tú has debido escuchar algo o presenciar su trabajo. Por tanto, sabes qué hacían. ¿Qué le dieron a ese señor con el que se reunieron?

—A mí me dijeron que trabajaban en una vacuna.

—Ah, vaya. Ahora resultas que sabes más cosas. Sigue, sigue.

—Por lo visto, tras la pandemia del coronavirus, querían descubrir una vacuna para ayudar a las personas en otra catástrofe futura.

—¿Eso te dijeron?

—Sí, un tipo de vacuna, antivírica, creo que se llama. El señor Roberto me comentó un día que las especies de animales y los seres humanos carecemos de reacciones inmunológicas ante nuevos virus y…

—¿Y?

—La ingeniería genética es la clave.

—No sé por qué, pero me da la impresión de que tienes más conocimiento sobre el tema de lo que pretendes darme a entender.

—Yo no miento —espetó, alzando la voz.

David alzó las manos al aire como gesto tranquilizador.

—No digo que seas un mentiroso, sino que me quieres ocultar algo.

Manoj se giró, agarró un grueso frasco de vidrio y se lo lanzó a la cara. David se apartó. El tarro lleno de ácido se estrelló contra la pared.

Antes de que Manoj pudiera salir corriendo, le lanzó un taburete a la espalda que lo tiró de bruces al suelo.

Se aproximó, le hizo una llave en el brazo y lo puso de pie.

—Vamos a dar un paseo.

A pocos metros, un despeñadero daba a la parte más rocosa de la playa. Era una vista sobrecogedora que ponía en relieve el aislamiento del lugar, fuera de la atención de cualquier curioso.

—Ahora me dirás la verdad —dijo David, empujándolo hasta el borde del acantilado.

De repente, la brisa empezó a rechinar y el mar se transformó en una furia.

—¡Se lo he dicho! —gritó Manoj para hacerse oír; lo miró de frente

con ojos duros como el acero.

—Eres un fanfarrón —dijo David alzando la voz—. Un mentiroso. Eso es lo que eres. Supones que me voy a creer que tus jefes construyeron aquí un laboratorio clandestino sin que supieras el objetivo.

—Se lo prometo, yo…

David se acercó a él un poco más, lo que lo obligó a retroceder. Abajo, grandes olas verdes se arrojaban contra el acantilado y la espuma llenaba el aire.

—¿Tú?

—Vale, vale. Un virus.

—¿De qué tipo?

—Un virus animal modificado y trasmisible.

—Vaya. Qué revelador. ¿Qué efectos causa?

—Ataca el sistema inmune.

—Es decir, que me has estado mintiendo. Tú sabes más. No me gusta cómo va esta situación. ¿Es mortal? ¡Habla!

—Sí. Pero no sé más. No soy biólogo. Lo único que sé es que elaboraron genéticamente un tipo de virus que infecta a los seres humanos con capacidad letal.

—Entonces, estamos hablando de que elaboraron un virus mortífero que pretendían vender.

—Un virus como el ébola, capaz de matar con tanta rapidez que apenas tiene tiempo de salir del pueblo antes de que todos los habitantes hayan caído muertos.

—Vaya, ¡no me digas! Entonces, cuando se percataron de que podían expandir por algún lugar del planeta esa bacteria, su plan era vender una vacuna. ¿Y ya la tenían? —preguntó David, enfadadísimo.

—Bacteria, no. Virus. La diferencia está en que los virus, desde un punto de vista genético y molecular, son sencillos pero superiores a las bacterias porque pueden mutar y, por lo tanto, son más difíciles de erradicar.

—¿Qué les robó el asesino? ¿El antivirus? ¿El virus?

—Un tubo de ensayo que contenía el virus.

—¿Lo viste?

—El señor Roberto lo guardó en el interior de una caja isotérmica y se la llevaron dentro de un maletín con ruedas. De esos que llevan los turistas arrastrando por los aeropuertos.

—¿De qué tamaño era la muestra?

—Uno puede ir al aseo y meterse el frasco en un orificio del cuerpo y después coger un avión.

—Vaya, ¿oíste a los españoles decir eso?

—Sí. Si no encontraban comprador en la India, se irían a Marruecos, donde expandirían el virus.

—¿Marruecos? ¿Por qué ahí?

—Dijeron que está a los pies de Europa, lo cual causaría gran revuelo allí, y porque al rey de ese país poco le importa sus habitantes, ya que dijeron que dejan que vayan de manera ilegal a Italia y España, y manda a miles de jóvenes a cruzar sus fronteras, muchos de ellos delincuentes. Por eso, soltar allí un virus como el que habían desarrollado era la mejor opción, ya que se desarrollaría con más rapidez entre la población.

—Y los emigrantes ilegales traerían a Europa el virus. Muy ingenios tus jefes. Y, al cabo de unos meses, ¡qué casualidad! Una empresa farmacéutica anunciaría, bajo el respaldo de la OMS, una vacuna antivírica. Para entonces, tus jefes serían muy ricos. —Tras guardar silencio un instante, añadió—: Dime, ¿experimentaron ese virus con algún animal?

—Con muchos. Compré varias cabras en el mercado. Enfermaban y morían. Perros y gallinas vinieron después. Probamos en bueyes y hasta en camellos. A veces los sacrificábamos cuando tardaban en morirse. La señora Carmen decía que no le gustaba ver sufrir a los animales, que prefería que les diéramos una muerte rápida y sin dolor.

—Vaya, muy empática. ¿Los matabais antes de que hubiera ocurrido el curso completo de la enfermedad?

—Sí.

—¿Probasteis con algún ser humano?

—Sí.

—Vaya. ¿A cuántos habéis matado?

—Yo no. Fueron ellos.

—¿A cuántos mataron *ellos*?

—Tres personas. Vendedores ambulantes de verduras.

—¿Qué hicisteis con los cuerpos?

—Incinerarlos al aire libre y tirar las cenizas al mar. Todo muy rápido, sencillo y económico. Aquí, cerca del mar, nadie se puede percatar. El viento se lleva cualquier mal olor.

—Ahora me vas a contestar a la pregunta más importante. ¿En dónde se encuentra la persona que mató a tus jefes?

Manoj se rio.

—Ahora mismo, mientras hablamos, puede que esté infectando las estaciones de tren o autobuses, los centros comerciales, los aeropuertos. Habrá difundido el virus infeccioso por todo el mundo en muy pocos días. Es el fin.

Dio unos pasos hacia atrás y se dejó caer por el acantilado. Su cuerpo cayó rodando, dándose varios golpes contra las rocas, y desapareció en el mar.

David se apresuró en volver al laboratorio. Debía apoderarse del disco duro cuanto antes y llamar a Hassena. Localizar al asesino con el

virus era urgentísimo.

PARTE TRES

EL RECLUTAMIENTO

19

En Madrid, el psicólogo del Cervantes entró en el despacho del director.

Julián estaba sentado en su escritorio terminando de enviar un correo electrónico. Levantó la mano indicándole que tomara asiento. Después de un instante, se giró y se acomodó en su silla.

—Adelante, Joaquín.

—Creo que Laura necesita un descanso —anunció con tono pausado, como si hubiera retenido el aire en los pulmones durante mucho tiempo y sintiera alivio al expulsarlo.

Julián quedó sorprendido por el anuncio. Para él, la palabra *descanso* era un eufemismo que en alguna ocasión había utilizado para asesinar a alguien. Aunque sabía que no era esto lo que el psicólogo quería informarle, le costó forzar la sonrisa.

—¿Qué tipo de descanso? —preguntó con una voz suave y fina.

—Vacaciones. Que se vaya a Costa Rica. En Santa Teresa tiene su refugio particular. Hace surf por las mañanas, hace ejercicio en un gimnasio al aire libre, cuida su alimentación con carne de vaca, miel cruda y mangos. Hace meditación, se va a contemplar el atardecer en la playa y, al día siguiente, vuelta a hacer surf tres horas en la playa junto con otros extranjeros que viven por ahí.

—Naturaleza en estado puro. Es una versión de Tulum en el Caribe mexicano.

—Así es.

—Estuve una vez. Le hice una visita hace un par de años cuando se tomó unos días de descanso. Espero que la popularidad no acabe con ese lugar. Los precios eran muy altos. De hecho, el turista extranjero tiene que ser de clase media-alta; de lo contrario, no puede pagarlo. Me enseñó su rutina. Iba a un sitio donde se daba una sauna en medio de la selva y teníamos que meter madera para calentarla. En fin… No aguanté ese ritmo. Me fui a un *resort* y de ahí a la República Dominicana. La arena está clara, pero el mar es bravo. Para los amantes del surf es un paraíso. A mí me pareció una mini-Argentina. Está lleno de argentinos que trabajan y viven allí, seguidos de turistas estadounidenses e israelís.

—De hecho, ella tuvo un novio israelí.

Si bien la naturaleza de su trabajo le exigía en ocasiones discreción

profesional, el psicólogo del Cervantes guardaba muy pocos secretos personales con Julián.

El chismorreo de despacho estaba prohibido en el Cervantes, aunque no había privacidad alguna. Los teléfonos estaban pinchados, los correos electrónicos controlados y los micrófonos y las minicámaras de seguridad en todo el edificio captaban el más mínimo detalle.

Los empleados y, sobre todo, los agentes operativos que ponían en riesgo su vida casi a diario en las calles constituían una hermandad. Se conocían muy bien y se apoyaban en los momentos difíciles. Pero solo Joaquín era conocedor de asuntos confidenciales de cada uno de los miembros del Cervantes debido a sus sesiones individuales. Solo hacía saber esa información a Julián Fernández.

—¿No me digas? Eso lo desconocía, aunque no me sorprende. —Echó hacia atrás el respaldo de la silla—. Entonces, dime, ¿por qué crees que Laura necesita un tiempo de… relax?

—Las últimas operaciones en que ha participado…, largas horas en el trabajo… Le gusta sentirse más fuerte que el resto de las mujeres, más independiente, más dueña de sí misma. Pero esta es mi opinión: no la veo capacitada al cien por cien para involucrarse en una próxima misión.

—¿Qué es lo que te da miedo?

—Que el cansancio psicológico que no percibe le juegue una mala pasada y acabe por cometer un fallo. Y ya sabemos cómo se pagan los fallos en el tipo de operaciones encubiertas en las que ella interviene con su equipo.

—Explícate, Joaquín.

—De mi última reunión con ella no he sacado resultados firmes, pero mi sugerencia es que se marche a descansar una temporada.

—La necesito. Ahora más que nunca. Ahora explícame lo que de verdad te inquieta. ¿De qué se trata?

—Puede acabar desarrollando una doble personalidad. Ya lo he visto en otros agentes operativos. La diferencia con ella es que la carga de trabajo y el nivel de exigencia que tiene sobre su espalda son brutales. No se plantea el hecho de que disfrute o no matando, sino…

—Pero tampoco experimenta remordimientos —lo interrumpió Julián—. Eso ya me lo has comentado en alguna otra ocasión. Si no hay un indicio de un problema de conciencia y de que se esté cuestionando lo ético y moral de su trabajo, no veo cuál es el problema.

—Julián, tenemos a una mujer que comete asesinatos con una cruda y maquinal rapidez.

—Por ese motivo, no experimenta remordimientos ni sentimientos de culpabilidad. Ya hemos tenido esta conversación con anterioridad,

Joaquín. Dime cosas más concretas, porque no voy a aprobar que se marche a Costa Rica a surfear mientras aquí estamos en la mierda.

—Puede acabar creando una doble personalidad —repitió.

—¿Otra personalidad? Mira, Joaquín, no me cuentes la sinopsis de una película de serie B que ponen en la sobremesa. Existe un subgénero del *thriller* llamado *Woman in Jeopardy*, que sería algo así como «Mujer en peligro».

Joaquín se cruzó de brazos. Guardó silencio fijando la mirada en Julián, dando a entender que su comentario no le había resultado gracioso.

—La asesina no es ella, sino otra persona que interpreta ese papel —continuó exponiendo el psicólogo—. Una dualidad. Se convence de que esa persona está contratada para cometer esos asesinatos, mientras que ella cree ser la que representa la calma, la ética y la moral.

—Es decir, que puede llegar a creer que los actos de asesinato los comete otra persona y no ella, ¿es eso?

—Así es. No es Laura García, sino la Laura a la que se le ha ordenado actuar de tal forma. De alguna manera, justifica sus acciones.

—¿Quieres decir que ella, en realidad, rechaza la actuación por no considerarla correcta y justifica que se cometa una ilegalidad creándose una personalidad paralela? Estoy confuso.

—No, creo que te has desviado. No creo que piense que trabajando en el Cervantes actúa fuera de la ley cometiendo asesinatos a sangre fría contra terroristas, pero sí que la naturaleza de su trabajo y el nivel de exigencia, que está aumentando, pueden llegar a afectar su juicio.

—Ella mata por una razón y lo sabe. No de forma indiscriminada. Actúa con violencia cuando considera que su acción violenta constituye un resultado necesario para salvar vidas. Por tanto, en esta ocasión no la voy a mandar de vacaciones. Estamos en medio de un asunto que requiere su participación y la de su equipo operativo.

Joaquín se puso de pie.

—Tu decisión.

—Joaquín, tus informes son auténticas maravillas. Has evitado muchos problemas al verlos venir. Nos has prevenido de bastantes situaciones que podrían poner en peligro a personas, pero, en esta ocasión, no veo con claridad un motivo suficiente para mandar a Laura a Costa Rica. Te recuerdo que, si un agente secreto saca un arma como autodefensa, ya de por sí es un fracaso. Porque lo ha hecho en un acto descuidado o porque lo han traicionado en algún momento de la operación. Pero el trabajo de Laura va más allá de labores de espionaje: ejecuta operaciones cuyos objetivos son la eliminación de amenazas. No actúa como una psicópata, analiza antes

de ponerse en acción.

Cerró la carpeta llena de ficheros que tenía sobre el escritorio, dando a entender que la reunión había terminado

La expresión de Joaquín cambió, se volvió seria.

—Haz una cosa en beneficio de esta organización y de ella —dijo con calma.

—¿El qué?

—Que cuando termine la misión en la que está ahora mismo involucrada, la envíes a Santa Teresa. Será bueno para ella y para esta organización.

—Descuida. Lo haré.

20

Cuando Laura García era pequeña presenció la muerte de sus padres en un ataque terrorista. Tuvo dificultades de aprendizaje. Al relacionarse con los demás daba la impresión como si tuviera la cabeza llena de algodón. SE volvió callada y somnolienta.

Sin embargo, los psicopedagogos coincidían en que era una persona muy inteligente, con un cociente fuera de lo normal, extraordinaria. Como todos los genios solían ser unos incomprendidos, ella comenzó a sufrir *bullyng*. Cuando el acoso escolar llegó a ser despiadado, sus tutores decidieron cambiarla de colegio.

Durante su paso a la adolescencia se bebía los libros. Leía todo lo que le pasaba por las manos. Pronto fue interesándose por los sucesos que acontecían en el mundo intentando comprender la razón de la muerte de sus padres. Se bebía también los periódicos y estaba atenta a las noticias.

Con el tiempo, se convirtió en la gran apuesta del Cervantes en una época en la que todos los reclutas que Julián preseleccionó fracasaron al pasar las pruebas: se desmoronaban físicamente o mostraban un carácter agresivo y violento no justificado, fuera de control.

Laura aportaba al Cervantes una aptitud multitarea y una aguda intuición. Siempre estaba alerta y disponible las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Desempeñaba un auténtico liderazgo en la organización.

Era una persona difícil de desestabilizar y valiente. No había grises. Todo era blanco o negro. En cuanto al gobierno y a los políticos, según ella, se podían ir al infierno.

Julián Fernández abrió el fichero donde estaban guardados los documentos elaborados por el psicólogo Joaquín Núñez desde la primera vez que evaluó a Laura y leyó una página al azar: «Firme, dinámica y enérgica. Es una mujer que anhela formar parte de un proyecto que salve vidas, que preserve la libertad, la democracia. Laura es una persona que quiere que su vida sirva para algo, que ayude a mantener a raya a los malos. Opino que, como agente operativo, se ha convertido en una espía implacable. Afronta las misiones más peligrosas con más valentía que cualquier otro operativo del Cervantes. Ha desempeñado con extrema habilidad sus trabajos desde que comenzó a trabajar en el Cervantes. Ha salvado incontables

vidas en el pasado y lo seguirá haciendo con aún más dedicación que nunca. Evitará desastres y atentados inminentes, porque siempre está a la altura de las circunstancias. Ha conseguido tejer una red de influencias en lo más alto de algunas organizaciones de inteligencia extranjeras. Los agentes operativos que tiene a su cargo la adoran, la veneran, harían cualquier cosa que les ordenara porque tienen plena confianza en ella. No le cuesta nada despojarse de su falsa identidad tras trabajar como infiltrada ni sufre remordimientos ni dramas personales de ningún tipo tras una operación sangrienta y peligrosa. Solo lamenta no haberlo hecho mejor. Es una persona muy exigente consigo misma que no necesita *coaching*, *mindfulness*, meditación o compartimentos estancos, a lo que están acostumbrados otros espías y agentes de inteligencia».

Cerró el fichero sobre el escritorio, se recostó en el sillón y recordó la conversación que mantuvieron hacía muchos años, cuando él le dijo que, en el examen sobre cultura general que le habían realizado para el ingreso había fallado muchas preguntas.

Eran cuestiones sobre capitales de países africanos, cómo se llamaba el actual presidente de Uruguay, nombres de ríos, las montañas más altas… No eran muchas las respuestas equivocadas, pero quiso presionarla y conocer su reacción en una situación incómoda. Así pues, le enseñó varias marcas resaltadas en rojo de manera exagerada.

—¿Y usted sabe quién fue John Wilkes Booth? —contestó Laura.

—No. ¿Quién fue? —respondió Julián con la frente arrugada.

—Un actor de profesión y asesino de Abraham Lincoln. ¿Y sabe quién fue el doctor Samuel Mudd?

—Ilústrame.

—El doctor que trató a John Wilkes Booth de sus heridas tras la huida. John Ford hizo una película sobre él.

—¿Y qué me quieres decir con esto? —Julián alzó en el aire la hoja del examen de manera exagerada—. No he sido yo quien ha fallado todas estas preguntas que un veinteañero universitario con cultura general habría contestado bien. Al menos, no habría cometido tantos errores.

—Respondería que siempre hay tiempo de aprender todo aquello que no sabías o que desconocías.

Él asintió y se reafirmó en su decisión de que era la candidata perfecta.

Lo interesante era que Laura había detectado dos fallos puestos adrede en las respuestas a dos preguntas. Ningún otro candidato lo había notado, asumiendo que solo aquellas opciones eran las válidas.

Rememoró el día que la conoció.

DURANTE UNA de las pruebas de acceso, Laura García y otros cuatro candidatos recorrieron Madrid durante un día entero identificando matrículas de los vehículos que los seguían y posibles perseguidores entre los civiles.

Luego, cada uno tenía que entrar en un local asignado distinto e identificar a un informante a la espera de contacto para pasar cierta información secreta.

La persona que se hacía pasar por informante no debía conocer al candidato; sin embargo, tenía experiencia en contrainteligencia y sería capaz de identificar al novato con tan solo escudriñar a las personas presentes en el local. Sin embargo, el ejercicio buscaba evaluar cómo el candidato tomaba contacto con el informante.

A Laura le tocó el Museo del Prado, en concreto, el gabinete de descanso de sus majestades.

El lugar estaba concebido como un espacio para exponer retratos de la dinastía de los Borbones, de Felipe V a Fernando VII. Las paredes estaban pintadas de color cereza. Parecía un decorado de *Fanny y Alexander*, de Ingmar Bergman.

Laura echó un vistazo general. Varios visitantes nacionales y extranjeros caminaban en semicírculo por la estancia. No parecían muy interesados en las pinturas; al contrario, daban la impresión de recorrer de manera autómata las salas del museo en tres o cuatro minutos.

Luego prestó atención a las personas sentadas en los bancos centrales. Tres parejas miraban el mapa del museo, una mujer señalaba a su compañero un itinerario y otro dúo observaba en actitud contemplativa uno de los cuadros. Se fijó en los solitarios: un adolescente que parecía estar esperando a alguien, un estudiante veinteañero de arte y dos hombres, uno con gafas y otro sin ellas, pero vestido con ropa demasiado moderna y chillona para su edad.

Decidió tomar la iniciativa. Se sentó entre uno de los jóvenes y el hombre con gafas. Este se movió, dejándole más espacio en el banco. Laura colocó junto a ella un volumen grueso: una biografía del cineasta Luis Buñuel.

El estudiante se levantó y, tras mirar de reojo alguna pintura, cambió de sala.

—Disculpe, ¿podría quedarse con mi libro un momento? Es que necesito ir al baño… —le pidió al hombre a su lado.

—Por supuesto. Adelante.

Laura cambió de sala y comenzó a contar mentalmente: «Uno, dos, tres…». Cuando llegó a ciento veinte, se dio la vuelta y regresó.

—Gracias —dijo tomando asiento de nuevo.

—Un tipo peculiar —dijo él señalando la imagen de Luis Buñuel en la portada.

Laura sonrió.

—Hay una anécdota poco conocida de él. Cuando estaba en la Residencia de Estudiantes, puso un cartel para hacer una visita guiada al Museo del Prado como si él fuera un especialista. «Mañana, visita al Museo Nacional del Prado con Luis Buñuel». Muchos profesores norteamericanos se apuntaron, pero Buñuel se lo inventaba todo y les contaba mentiras sobre Goya.

Ambos rieron.

—Debió de causar estupor con sus disparatados comentarios entre sus ingenuos acompañantes —dijo el hombre.

—Sin duda —añadió Laura.

Él tenía un folleto doblado entre sus manos. La imagen de la portada mostraba el cuadro de El Bosco *Las tentaciones de san Antonio Abad*.

Laura señaló el folleto, y el hombre lo abrió entre sus manos.

—¿Sabe a quién me recuerda? —preguntó ella.

—Pues la verdad es que…

—Me recuerda a la película de Buñuel rodada en México, *Simón en el desierto*, con Silvia Pinal haciendo del diablo. Trata sobre el santo asceta cristiano Simón el Estilita, un tipo barbudo como san Antonio Abad, que se mantuvo en penitencia de pie sobre una columna de ocho metros durante años. El diablo lo tienta y se le aparece encarnado en una bellísima mujer. Los pechos de Silvia Pinal y esas secuencias en blanco y negro continúan removiéndome por dentro. Creo que es una de las películas de mi vida. No lo tengo superado.

—Vaya, no lo había pensado. —El hombre se giró y observó a Laura con atención—. Sabes mucho de cine por lo que veo.

—Me encanta Luis Buñuel. —Se llevó las manos a los bolsillos, sacó una entrada y se la tendió. Él la tomó—. Es para una exposición en la Residencia de Estudiantes, calle del Pinar, en la zona de Chamartín. Ya sabe, la residencia donde se alojaron Buñuel, Lorca y Dalí. Mañana a las diez comienza un evento cultural con una lectura de poemas. Si le interesa, le guardaré un asiento a mi lado. Yo recitaré un poema de Lorca —mintió con una sonrisa de oreja a oreja.

Él sonrió.

—Uf. Me gustaría mucho, la verdad.

—El lugar es pequeño y suele estar concurrido, así que le pido que sea lo más puntual posible. Si no, tendré que ceder el asiento. Ya se puede imaginar, hay mucha demanda y el aforo está extralimitado.

—Tutéame, me llamo Juan Antonio —mintió a su vez Julián.

A Laura se le iluminó el rostro. Era él, su contacto y se lo estaba ganando. Si antes estaba segura de sí misma, ahora su instinto le decía que debía interpretar su papel de la manera más convincente posible y sin demasiados movimientos corporales, con naturalidad.

—Yo me llamo María —dijo dando su nombre falso—. Te doy mi número y tú me das el tuyo para estar en contacto por WhatsApp. Así, si tuvieras un retraso o no pudieras venir, me mandas un mensaje. ¿Qué te parece? Oye, sin ningún compromiso.

Él sacudió la cabeza y se rio. Por un instante, su espontánea carcajada llamó la atención de unos visitantes que, levantando el índice a la altura de los labios, le ordenaron que se mantuviera callado.

—Eres una estupenda agente —murmuró.

Extrajo unos folios doblados en tamaño cuartilla del bolsillo de su chaqueta y marcó varias casillas con un bolígrafo.

—Tan solo espero haberlo hecho bien —habló ella con voz débil. Pero sonreía.

El éxito de la prueba consistía no solo en reconocer al informador, sino en contactar con él inventándose un motivo de conversación y conseguir un segundo encuentro; es decir, una nueva oportunidad para verse. De este modo, el agente operativo podía cultivar una relación con el informador para pasar y recibir información valiosa para la organización.

Cuando terminó de evaluar a Laura, dobló las hojas y se las guardó.

—Joven, en esta profesión se trata de sobrevivir o no, y estoy convencido de que tú lo harás muy bien. ¿Por qué no damos un paseo?

Julián Fernández estaba seguro de que acaba de dar con la candidata perfecta para la vacante de agente operativo en la organización clandestina de inteligencia que acaba de crear, llamada Cervantes.

21

Salieron del Museo del Prado y fueron a una concurrida cafetería. Tomaron asiento en un rincón. El popular local estaba lleno de gente y de ruido de cubiertos, tazas, vasos, mesas y sillas al moverse. Los clientes hablaban en voz alta.

Laura pidió un café y una tostada. Estaba hambrienta y, al mismo tiempo, nerviosa por lo que aquel hombre le iba a decir.

Él se presentó, le dijo que se llamaba Julián Fernández y le hizo una breve descripción de la organización clandestina que estaba creando. Ella sentía un repunte de adrenalina mientras le escuchaba.

—No quiero convertirme en una vieja gloria dentro de treinta años —dijo Laura una vez que Julián terminó de hablar.

Él se quedó sorprendido por aquel comentario inesperado.

—¿A qué te refieres? Cuando llega cierta edad, no hay nada malo en dejar de hacer viajes inesperados y operaciones de riesgo.

—Sabes a lo que me refiero. Hoy eres útil, pero mañana te jubilan. De pronto, te quitan de las manos todo a lo que te has dedicado en cuerpo y alma. Te encadenan al edificio central. Te mandan a un despacho para acabar tus años de vida laboral. Acabas sentado frente a un escritorio garabateando en una libreta dentro de un cubículo esperando la hora de salida. Horario de lunes a viernes, de ocho a cinco. Cuando el gobierno te jubila, ese fatídico día tus colegas te dan una fiesta por la tarde. Antes de salir, entregas tu acreditación al servicio de seguridad del edificio y ya no tienes permiso para pisar las instalaciones. Te sientes vieja y te tratan como a una paria.

—Creo que exageras un poco. ¿No crees que la persona experimentada puede transmitir sus habilidades a la siguiente generación?

—Así se justifica que esa persona pase penitencia por los demás. Acaban apartados por el gobierno, por la organización a la que han dado tanto. Escriben alguna novela bajo seudónimo con diálogos dignificados y temas como el honor, la gratitud y el legado. O unas memorias intensas contando el fin de una época.

—Por favor —rio Julián.

—O, por el contrario, los mandan a un despacho para pagar sus deudas tras haber cometido errores en esas operaciones por agotamiento físico o por ser acusados de perjudicar a un compañero.

—Creo que estás muy influenciada por las novelas y películas de espionaje.

—Repite lo que has dicho —dijo Laura alzando la voz—. Estamos en una cafetería ruidosa.

—Esto indica que un poco de ruido de fondo en realidad puede ser beneficioso para nuestra concentración. Decía que ves muchas películas de espías.

—Como las protagonizadas por estrellas de cine que se desvanecen por la edad y ya nadie las quiere, ni las productoras ni el público, y acaban muriendo en residencias de ancianos.

Julián se apoyó sobre la mesa y se inclinó hacia ella.

—¿Tú qué quieres para ti?

—Sumergirme en el mundo de la inteligencia, del contraterrorismo. Quiero estudiar a las personas que quieren atentar, que nos atacan, para poder impedirlo. Deseo encontrarme cara a cara con ellos. Pero, por otro lado, no quiero que me conviertan en un destello fugaz y que dentro de unos años me señalen una silla donde pasar el resto de mi vida elaborando y analizando informes por ordenador.

—Bueno, bueno —se rio—. Un primer consejo te doy: los espías que parecen espías no llegan lejos. —Se repantingó en la silla, y prosiguió—: Mira, te propongo un futuro interesante.

En la mesa de al lado, unos clientes sacaron fichas de dominó. El ruido al mover y golpear con fuerza las fichas sobre la superficie de la mesa y el lenguaje que empleaban a grito pelado —«pito cuatro», clac, «paso», «cierro», clac… — aumentó el caos y la confusión.

Laura se pegó aún más a la mesa y se inclinó para prestar más atención.

—Explícate ¿qué quieres decir?

—Que serás una agente operativa sin fecha de expiración. Serás tú la que solicite un puesto de oficina como preludio de tu jubilación.

—¿Cuál es el proceso?

—Un programa de entrenamiento de un año de duración donde aprenderás técnicas de espionaje. Aprenderás a escribir, analizar e interpretar informes sobre amenazas. Realizarás cursos de competencia técnica mucho más avanzados que los de la CIA o el MI5, donde aprenderás cómo evitar seguimientos y detectar la vigilancia, escondites secretos, sonsacar información… Y mucha otra formación operativa adicional.

—¿Como por ejemplo?

—Por ejemplo, prácticas de simulación basadas en tramas que interceptamos de terroristas.

—¿Tramas reales?

—Sí.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, un terrorista que decide no llevar un cinturón explosivo e inmolarse en un tren.

—¿Entonces?

—Entonces, el peligro lo llevaría por dentro.

—¿Por dentro?

—Si dejas de interrumpirme y hacer tantas preguntas, terminaremos antes. El objetivo se infectaría con un virus letal e iría a unos grandes almacenes donde rozaría a la gente por los pasillos y escaleras metálicas, entablaría conversación con los dependientes, iría a la cafetería y a los restaurantes de comida rápida. Luego, iría a una estación de autobuses, luego a la de trenes, y se quedaría ahí sentado, respirando y expirando hasta morir por el virus. Habría infectado a cientos, miles de personas. Solo un atacante, pero cientos de miles de víctimas.

—¿Y cuál sería mi cometido?

—Prevenir este suceso.

—¿Cómo?

—Detectando con antelación al terrorista y a su círculo de contactos, conociendo la presencia de ese virus en España, etcétera, etcétera. Aprenderás a luchar contra el terrorismo y contribuirás a salvar a un montón de vidas.

—¿Qué se supone que debo decir a la gente que me conoce?

—Que trabajas para una multinacional. El ritmo acelerado de tu trabajo justificará la distancia que irás imponiendo a esas personas. No dejarás de repetir el mantra de que tu trabajo es lo más importante. En las agencias de inteligencia como la CIA, el servicio secreto israelí o británico o, incluso, en el CNI español, necesitan tapaderas para infiltrarse en las redes terroristas, como una activista que trabaja para una ONG, una falsa funcionaria en una embajada o consulado, una artista o una mujer de negocios. Conmigo será diferente: serás no solo una espía, sino agente operativo de campo. Contarás con la mejor oportunidad de hacer aquello a lo que aspiras en esta vida.

Tras escuchar la última frase, Laura guardó silencio. Por alguna razón, el comentario la hizo ponerse tensa. Permaneció en silencio hasta que levantó la mirada e hizo un gesto con la cabeza, dando a entender que prosiguiera.

—¿Qué es a lo que aspiro?

—Impedir atentados catastróficos como en el que perdiste a tus padres.

22

A medida que trascurrían las semanas, el entrenamiento se hacía más intenso. El programa de aprendizaje era mucho más sistemático y comprensivo que el que proporcionaba las inteligencias europeas y americanas a sus agentes: desde investigación corporativa hasta negociaciones de rescate en secuestros, contraterrorismo, entrenamiento militar, uso de todo tipo de armas, guerrilla urbana, espionaje, métodos de interrogatorio con torturas o sin ellas, análisis de informes clasificados y cómo sintetizar dicha información y artes marciales.

A Laura le gustaba aprender sobre técnicas de detección de vigilancia, cómo acudir a fuentes clandestinas, organizar operaciones con su equipo de agentes operativos y realizar encuentros con informantes a altas horas de la noche en un parque o callejón oscuro. Quien, dónde, cuándo y cómo: preguntas que demandaban respuestas con el fin de impedir un ataque inminente.

En una práctica de aprendizaje, dejaron a Laura en un lugar de Madrid. Le indicaron el sitio de recogida. Durante el camino tenía que identificar personas o vehículos recurrentes.

Estaba convencida de que iba a pillar a todos los vigilantes. Había aprendido de ellos sus técnicas. No tardó mucho en ver a algunas personas demasiadas veces.

Cruzó aceras, cambió de dirección adentrándose por determinada calle, giró a la derecha, luego a la izquierda. Durante todo ese tiempo se limitó a actuar con naturalidad: era un peatón más transitando por la ciudad. Sin embargo, era una caza del gato y el ratón.

Al llegar al punto de encuentro, tenía anotadas ocho personas que se habían estado turnando durante toda la ruta. Hasta reconoció a una abuela con una bolsa del Aldi a la que, aunque había intentado pasar desapercibida manteniéndose a distancia, había pillado.

Se entrenaba con movimientos funcionales ejecutados a alta intensidad, incrementando la tasa metabólica, el *crossfit*. Participó en campamentos, cortos pero intensos, en lugares como Hungría, Polonia y Finlandia, donde se ejercitaba en el uso de armas y en simulacros de combate en una guerra urbana.

—Pero el peligro máximo —le dijo por entonces Julián— es un arma de diez kilotones en las calles de Madrid dentro de una bolsa con

un dispositivo explosivo mezclado con uranio fisible que pueda abarcar todo lo que la radiación no pueda destruir.

—Bombas sucias.

—Herramientas para provocar el caos.

—Porque no solo causarían cientos de muertos, sino efectos posteriores: el uso de uranio provocaría el pánico y las inmediaciones del suceso se convertirían en lugares inhabitables durante años.

—Hay grupos terroristas que quieren publicidad, ocupar tiempo en los medios de comunicación, que se hable de ellos en titulares de prensa y por las redes sociales. Cuando cayó la Unión Soviética…

—El laboratorio Arzanas16 —dijo Laura, interrumpiéndolo—: maletines nucleares portátiles. El Santo Grial para un grupo terrorista.

Julián la miró a los ojos y asintió con la cabeza. No disimuló su disgusto por haberle interrumpido.

—Así es. Los servicios de inteligencia se basan en la necesidad de saber. Te felicito por tener cierto conocimiento básico sobre este asunto.

—He leído, en algún ensayo publicado en inglés, que desaparecieron cien maletines nucleares y también los responsables de hacer seguimiento de esas armas. Según tengo entendido, estaban guardadas en salas cerradas con candados.

Julián prosiguió sin prestar atención a su último comentario.

—Por aquellos años, las jerarquías de mando se desmoronaron y la gente pensaba más en sobrevivir, en alimentos que llevarse a la boca, en las adversidades económicas; en definitiva, en qué pasaría en la nueva Rusia. Hasta que los antiguos trabajadores se dieron cuenta de lo valiosas que eran aquellas bombas. Pero ya era tarde, alguien se las había llevado. Durante décadas, traficantes de todo el mundo han comerciado con componentes de armas de destrucción masiva. La mayoría de ellos, impulsados por el dinero; otros, por la creencia estúpida de que todos los países deben tener el mismo derecho a la defensa nacional protegiéndose la espalda con armamento nuclear. Por eso necesitamos descubrir dónde consiguen sus armas los grupos terroristas, seguir el dinero y añadir esos nodos a la red cuyo mapa estamos elaborando.

Laura asintió. Estaba claro que iba a tomar la decisión más correcta de su vida: una mezcla de deber y honor que le hacía sentir excitación y un repentino aumento de adrenalina que acompañaba a la sensación de peligro. Pero ¿no era el peligro la emoción que ansiaba encontrar? Quería sentir el orgullo de haber dominado el miedo, la ansiedad y los nervios.

En una última prueba durante su etapa de entrenamiento, la dejaron en una ciudad costera de Marruecos. El objetivo era recorrer la población andando y, antes de las 16:00 horas, haber señalado a su

vigilante.

Empezó su ruta caminando muy despacio. Recorrió una zona de tiendas locales a pie de calle, donde se compró una camisa blanca muy holgada que le llegaba hasta las rodillas y un pañuelo que se ató en la cabeza. Observó los escaparates de las tiendas, entró en restaurantes y leyó muy despacio los menús.

Cada vez que cambiaba de dirección, aprovechando que estaba rodeada de gente, contaba con la valiosa posibilidad de echar un vistazo a su espalda.

Lo que su seguidor, quien quiera que fuera, no sospechaba era que, durante su estancia en la tienda de ropa, había pedido al empleado que le mostrara un mapa de la ciudad. Enseguida planificó una ruta a seguir, un itinerario en el cual ella conseguiría vislumbrar a su vigilante. Lo manipularía.

Tras diseñar la ruta deprisa y corriendo, se cambió de ropa, la pagó y volvió a la calle, donde desde la distancia alguien mantenía puesta su atención sobre ella.

El colorido pañuelo era el señuelo, la zanahoria con la que iría moviendo a su seguidor de un lugar a otro. Recordó una frase que le dijo un experto durante un programa: «Cada uno fabrica sus propias armas de acuerdo con su propia habilidad y su propio raciocinio».

Fue a la playa. Había familias caminando en la orilla. Las mujeres reían mientras corrían para no mojarse con sus camisones adheridos a las pantorrillas. Muchos niños iban y venían de un lugar a otro gritando y riendo.

Laura pidió un zumo de frutas y aprovechó para sentarse un rato y observar el mar en su ir y venir. Desde el horizonte llegaba una agradable brisa, como un presagio del invierno que en las semanas venideras impondría su reinado estacional.

Después, hizo un recorrido por el núcleo urbano. El centro de toda ciudad suele requerir cierta exploración previa para saber quiénes te están vigilando, pero Laura tenía una estimación mental basada en el mapa que había estudiado en la tienda.

Entonces, lo vio. Divisó a alguien que ya había visto otra vez, cuando pedía la bebida en la playa. Era él. No había duda. En lo más profundo de su cerebro, un algoritmo le decía que esa era la persona. Aun así, tenía que hacer una última comprobación.

Cruzó varios puestos de alimentación. Giró la izquierda, serpenteó por un laberinto de calles donde chirriaban las motos conducidas por jóvenes marroquíes. En la siguiente manzana, al doblar la esquina, pegó la espalda a la pared y esperó.

Unos segundos después, se asomó con discreción. Un hombre alto y delgado con el rostro muy curtido se cambiaba una gorra deportiva por otra de distinto color y daba la vuelta a su camiseta reversible de

manga corta mostrando un diseño estampado. Pero fue demasiado tarde para que su transformación pasara desapercibida. Laura le sonrió. Él se paró a cierta distancia y le hizo un saludo con la mano. Cruzó de acera y desapareció por una estrecha calle entre dos edificios altos.

Al poco tiempo, una moto dio un bandazo al salir de una calle secundaria y se paró junto a Laura. Era momento de regresar. Prueba superada.

CUANDO JULIÁN FERNÁNDEZ miraba hacia el pasado rememorando las actividades de toda su vida, se sentía orgulloso, satisfecho, porque en todas ellas había puesto su patriotismo y experiencia en el campo de batalla del espionaje actual. Muchas personas no podían decir lo mismo ni vivir tantos años. Había dejado a mucha gente en el camino, reclutadores con unos conocimientos de inteligencia abrumadores y candidatos muy bien preparados que, por motivos que ellos mismos no entendían, habían sido descalificados. El reclutamiento de Laura García había sido, sin duda, un enorme éxito.

—¿Has visto *El hombre que mató a Liberty Valance*?

—Sí, claro soy una fan incondicional de John Ford.

—¿Qué te sugiere la escena en la que James Stewart, en el restaurante, está arrodillado entre John Wayne y Lee Marvin?

—¿La del bistec?

—Sí, esa.

—Creo que es una escena clave en la película. Ford está diciendo que, sin el apoyo de la violencia, la ley es papel mojado.

—Así es. Recuerda que el fondo histórico de la película es la creación de un Estado, y así acaba, de hecho.

Conforme pasaban los años era cada vez más consciente del enorme hándicap que ella representaba en el Cervantes.

23

Sameer golpeó la puerta con el puño. Se suponía que Venkatesh, al que todo el mundo llamaba Venky, tenía que estar esperándolo para coger el autobús e ir ambos al campo de críquet.

Nadie contestó. Volvió a golpear con más fuerza. Tampoco obtuvo respuesta, nadie abría la puerta. Sameer estaba intrigado. Venky nunca cerraba con el pestillo por dentro.

Lo primero que pensó fue que igual estaría hablando en el interior. Solo unos pocos amigos sabían el lenguaje de signos básico. Sameer los enseñaba al tiempo que escribía en un papel las palabras y frases que él interpretaba moviendo las manos. Ahora, cuando abriera, le recriminaría a Venky utilizando el lenguaje de signos el haber tardado tanto en abrir. Sonreía pensando en cómo reaccionaría. Pero la puerta seguía sin abrirse.

Por la ventana, vio luz en la casa. Miró alrededor, cogió una caja de madera que había tirada junto a un montón de escombros, la puso junto a la pared, se subió en ella, alargó el brazo y dio unos golpes con la mano en el cristal. Nadie apareció.

En un último intento, Sameer prorrumpió unos sonidos guturales. Nada. Entonces, abrió la ventana, se aupó y se dejó caer en el interior.

Echó una ojeada al salón; todo estaba tirado por el suelo, como si alguien hubiera estado buscando algo con prisas. Vio luz en el baño, se acercó y asomó la cabeza por la puerta. Nada. Venky se había ido ya al parque sin haberle esperado.

Muy despacio, volvió sobre sus pasos y, entonces, se encontró a dos hombres de aspecto extranjero bloqueándolo. Uno de ellos alzó la mano y la descargó con tanta fuerza sobre su rostro que cayó de golpe al suelo, donde quedó inconsciente.

24

Todo parecía normal aquella mañana. En la calle, todo trascurría como siempre a pesar de que pudiera flotar en el aire una enfermedad, arrastrada por la brisa del mar.

Tras el análisis del disco duro que almacenaba las grabaciones del sistema de seguridad, habían obtenido varias imágenes del hombre con el que Roberto y Carmen se habían reunido en Goa. Hassena había enviado las fotografías a varios contactos para su identificación. Era inminente que obtuvieran noticias reveladoras.

—Según la televisión en España —comentó Hassena—, las víctimas del siniestro han sido identificadas como trabajadores de un conocido laboratorio estadounidense con oficina en Barcelona. Ambos se encontraban en el sur de la India disfrutando de las vacaciones cuando el coche en el que viajaban colisionó con otro vehículo que se les vino de enfrente. Esto es lo que me ha comunicado Varun Grover desde el Cervantes.

—Microbios —dijo David.

Ambos se encontraban en el despacho de ella, esperando las noticias sobre el presunto asesino.

—¿Qué pasa con los microbios?

—La guerra bacteriológica.

—¿Qué quieres decir?

—Que ha desaparecido un tubo de ensayo que tenían en algo parecido a una caja. En su interior, por lo visto, hay un tipo de microbio que se puede multiplicar.

—Existe un noventa y nueve por ciento de que esos españoles vendieran virus a terroristas cuyo propósito podría ser la destrucción de toda forma de vida en el planeta. Que ambos no fueran conscientes no es verosímil. Por lo tanto, eran homicidas, fríos y calculadores. Pretendían huir a alguna isla de Asia-Pacífico y encontrar allí refugio hasta el final de sus días.

—Menuda sangre fría tendrían los dos.

El teléfono móvil de Hassena sonó y vibró sobre la mesa. A otro lado, una voz algo andrógina le informó de algo.

—¿Qué sucede? —inquirió David, tras colgar ella la llamada.

—Sameer.

—¿Qué le ha pasado a Sameer?

—Lo han secuestrado.

—Que lo han… ¿qué?

—Por lo visto, se ha mezclado con la gente que no debía.

David resopló.

—Se lo dije. Maldita sea. Cuéntame.

—Por lo que parece, con una falsa liga de críquet que era retransmitida en directo por YouTube. Han estafado a muchos apostadores de origen ruso. Hoy lo han visto fuera de la casa de un tal Venky, un criminal peligroso. No es una buena compañía para Sameer.

—¿Y?

—Según los testigos, se lo llevaban a la fuerza unos hombres con pinta de extranjeros en una furgoneta.

David se llevó las manos a la cabeza y suspiró.

—Debieron de pensar que era Venky. Sameer se encontraba en el lugar y momento equivocados.

—Fue Venky a quien se le ocurrió la idea. Trabajó un tiempo en Rusia como empleado en un cibercafé de un inmigrante punyabí. Volvió a Bombay porque su madre se moría de cáncer. Como hablaba algo de ruso, era quien se comunicaba con los apostadores. Siempre ha estado metido en asuntos peligrosos. Ya tengo a gente buscándolo por las calles para darle un escarmiento, pero Sameer es prioridad.

—Le advertí a Sameer que no se mezclara con malas compañías. Lo vi de camino a la estación de tren. Me pareció raro que fuera en bicicleta con sus amigos y llevando varios palos de críquet a la espalda.

—Desde luego, tiene mérito la cosa. Compraron camisetas de equipos de críquet, alquilaron cámaras y hasta tenían sonido ambiente. Les vendieron a los rusos que lo que estaban viendo en directo por YouTube era la Primera División de la India.

—Ingenio no les falta.

—Los chicos abrieron un grupo de Telegram desde el que gente de ciudades como Moscú, Tver y Vorónezh apostaban en directo. Para hacerlo todo más real, contrataron a un comentarista que durante la retransmisión imitaba al locutor Harsha Bhogle, conocido como la Voz del Críquet en el mundo.

—No se les puede negar que promocionaban el deporte. ¿Cómo los rusos pudieron caer víctimas de la ingenuidad de unos chavales?

—David, por dios. No subestimes a los jóvenes de los suburbios. Los engañaban haciéndoles creer que el partido estaba amañado y que lo que apostaban saldría al cien por cien. El supuesto árbitro tenía un *walkie talkie* con el que recibía y daba instrucciones a los jugadores sobre lo que debían hacer.

—¿Pero los rusos entienden de críquet? ¿Alguien fuera de Inglaterra, Bangladesh, Pakistán, Sri Lanka o Australia e India sabe

cómo se juega?

—No deben de entender mucho de críquet, porque, según lo que yo he visto en esos partidos, los jugadores son bastante malos.

David se levantó y caminó de un lado a otro de la estancia.

—Dime que sabes algo de Sameer. Si lo han secuestrado es que querrán obtener algo a cambio. Querrán de vuelta el dinero que les han timado.

—Tan pronto como me enteré, movilicé a la gente en la calle para que me informen cuanto antes de su paradero.

—Primero tengo que encontrar a ese tal Rinku. De lo contrario, no quedará habitante vivo en la ciudad. Lo que me pregunto es cómo sabía que los españoles tenían esas muestras.

—Porque una persona le facilitó esa información. Informé a tus amigos españoles sobre él. Varun me llamó y me comentó que no tiene ningún dato, pero ha averiguado que un científico español estuvo en contacto con Rinku durante un viaje comercial a Nueva Delhi programado por un antiguo becario de la oficina comercial de la embajada española que, en la actualidad, vive en Bombay y tiene una empresa de representación de productos fabricados en la India, o algo parecido. El Cervantes se ocupará de ese científico; tú encárgate de Rinku y de ese español.

Un empleado entró en la estancia y dejó frente a Hassena una serie de fotografías.

—¿Es él?

—Los dos. Rinku y un tal Vicente Navarro.

—¿Los tienes vigilados?

—No pueden ir a ningún sitio sin que lo sepa. Ahora mismo, estas dos personas son las más vigiladas de todo el país.

—Dime lo que debo hacer.

—Tú asegúrate de estar a las once en punto en la dirección donde este español tiene su empresa de negocios —dijo golpeando con el índice la fotografía de Vicente—. Y tan pronto acabemos con esta inminente amenaza, nos ocuparemos de Sameer. Ya tengo un plan ideado que producirá su efecto.

25

Rinku se encontraba de pie ante el espejo, un hombre de más de cuarenta años, pelo muy oscuro y músculos fuertes. Tenía un poso de tristeza en el rostro, los ojos cansados y la frente muy arrugada debido a la excesiva exposición solar. Su expresión cambió de seria a sonriente. Creía apreciar lo listo y fuerte que era.

Se había asegurado de que nadie pudiera seguirle los pasos. Nadie, absolutamente nadie, sería capaz de encontrar un rastro que pudiera conducir hasta él. Sonreía. Qué equivocado estaba.

Desde que salió del lugar donde había vivido encerrado durante años, tenía un tic esporádico en el parpado derecho.

Su semblante se transformó. Ahora estaba serio. Era importante recordar, mantener las cosas en perspectiva. ¿Cómo y por qué estaba decidido a matar a cuantas más personas mejor?

La imagen de su pasado disparó el nervio del párpado y su mirada se volvió fría.

Rinku era natural del estado sureño de Kerala. Pertenecía a la comunidad *dalit*, conocida también como intocables, los miembros más pobres y discriminados de la sociedad. El sistema de castas en la India, que en el siglo XXI aún pervive, establece que una persona nacida como *dalit* muere en esa condición de pobreza extrema y de sufrimiento, de desigualdad económica y discriminación social.

Vivía en un pueblo a las afueras de Cochín. Había oído que los agricultores locales estaban vendiendo fibras de coco y yute a los fabricantes que hacían felpudos y los exportaban al extranjero. Era huérfano y pensaba casarse por compromiso muy pronto, una vez que el líder de su aldea lo confirmara. Pero necesitaba dinero. Por eso se decidió a cultivar un terreno con el que podría proveer de materia prima a aquellos hombres de negocios.

Le fue muy bien durante los dos primeros años. Pero llegó el monzón y devastó la plantación. Para limpiar el terreno y volver al ritmo de beneficios anterior, decidió pedir un préstamo.

Al ser de la casta *dalit* y tener éxito en su pequeño negocio, no solo vivía rodeado de un ambiente muy crítico y exigente, con celos, prejuicios y resentimiento hacia él por su condición, sino también de constante envidia. El dueño de una empresa exportadora vio una oportunidad para descargar su odio y desprecio contra él. Cuando

Rinku se presentó en sus instalaciones pidiendo un préstamo, acabo acusado de una deuda inverosímil.

No contento con esto, decidió obtener dinero a costa de Rinku: mandó a unos matones junto con un soldador y le pusieron unos grilletes unidos por una gruesa y pesada cadena de metal. Luego, lo vendieron a una empresa y estuvo durante años picando piedra en una cantera.

Un día, unos activistas, durante una campaña electoral, se toparon con él. Tras cuestionar la presencia de un trabajador con grilletes, Rinku fue liberado.

El culpable de su desgracia no había sido quien ordenó que le pusieran los grilletes, tampoco el director de la cantera. Acusaba por encima de todo a la indiferencia de la gente de la India. Mucha gente conocía su situación en la cantera, y como él había otras tantas personas. Los obreros y la policía local lo sabían. Nadie se molestó en hacer nada. Conoció a muchos esclavos que murieron con grilletes. Nació dentro de él un odio hacia los indios de clase media y alta, hacia la gente en general.

La india carecía de compasión. Los hindúes, por lo general, ayudaban a los pobres dando donaciones solo por obligación religiosa, para contentar a sus dioses y así recibir favores del más allá: más riqueza, más prosperidad, más felicidad.

Rinku no había sido considerado un ser humano. No era nadie. No era nada.

Cuando obtuvo su libertad, cogió un machete y, en una noche lluviosa, entró en la vivienda del exportador de felpudos y lo mató.

Viajó a Bombay en busca de trabajo. Consiguió empleo arreglando bicicletas en una empresa de repartidores de fiambreras, los *dabbawallas* de Bombay.

Sus vecinos eran, en su mayoría, parsis. Muchos de los edificios eran viejos y grandes. Muy pocos habían sido restaurados o mantenidos con cuidado. El salitre y la humedad carcomía las fachadas. El graznido de los cuervos era continuo.

La casera tocó a la puerta y le dijo que le debía dos meses de alquiler. Se lo había advertido en dos ocasiones, pero Rinku parecía no reaccionar. Si no los pagaba de inmediato, tendría que echarlo. Le daba de tiempo hasta el día siguiente a la misma hora.

Cuando regresó, Rinku le dijo que pasara. Tenía el dinero, le aseguró. Una vez en el interior, la agarró por el pelo. Ella gritó con todas sus fuerzas. Entonces, él pasó la hoja de un cuchillo por el cuello de la mujer. Sostuvo la cabeza cercenada en ángulo para desviar la sangre y no mancharse.

Encendió el televisor. Un canal religioso. Una ceremonia a los dioses hindúes con cánticos en sánscrito.

Permaneció de pie un instante hasta que alguien llamó al timbre.

No se había percatado de que los vecinos podrían haber escuchado los gritos de la casera.

Entornó la puerta para asomarse.

Era un policía, bajo y rollizo y con una masa de grueso cabello negro repeinado y teñido de negro tizón barato. Tenía la piel muy cetrina y una expresión de perplejidad.

—¿Qué quiere? —inquirió Rinku con tono desenfadado.

El agente parpadeó y se aclaró la garganta.

—Entrar —respondió; su boca se había retorcido como si una mosca hubiera aterrizado en ella. La persona que había abierto la puerta asustaba con aquel rostro feo y extraño.

Rinku no quería causar tensiones.

—Adelante.

El aire del interior era húmedo y frío, en contraste con el sofocante clima del exterior, pero eso no pareció importar al policía. ¿Y si aquel hombre era traficante de droga y habría dado con un éxito en su carrera? Igual conseguiría una promoción. «O un bonus. ¡Quién sabe!».

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

La rabia se estaba desplazando desde sus ojos a su voz. Intentó guardar la calma antes de responder.

—Yo me llamo Rinku, señor —dijo con voz anodina.

El policía lo observó con detenimiento.

«Cree que tengo algún problema», pensó Rinku.

El policía no tenía dudas de que aquel hombre no estaba bien de la cabeza.

—¿Vives solo? —le preguntó mientras se adentraba por el estrecho pasillo. Se asomó a una sala de estar situada a la izquierda que parecía haber sido amueblada un siglo antes.

—Se supone que no debo dejar entrar a nadie. —Cerró la puerta principal muy despacio.

—Será solo un momento.

—No me ha dicho qué está buscando. —Había un extraño temblor en su voz, apenas perceptible. Tosió como si tratara de expulsar la obstrucción que lo había causado.

—Desde fuera he escuchado un grito de mujer pidiendo auxilio que venía de este apartamento. Pero tú dices que vives solo. ¿Hay alguien más aquí dentro?

No hubo respuesta. El policía asomó la cabeza por la puerta de un dormitorio. Estaba todo desecho y sucio. No había muebles, las zapatillas usadas estaban tiradas a un lado y la ropa sucia, amontonada en una esquina. No había ni colchón, solo una sábana extendida y una almohada amarillenta sin funda. Desprendía un fuerte

olor a desinfectante o detergente de algún tipo. De una cosa estaba seguro: oía voces en la última habitación.

—Le he preguntado si hay alguien más aquí, en la casa —dijo señalando hacia adelante.

Un coro repetía un cántico religioso hindú.

El policía se movía con cautela. Se volvió para encararse con aquel extraño hombre, pero no vio a nadie.

—¡Rinku! —gritó.

Silencio. Echó a correr hacia donde oía los cánticos y abrió la puerta de un golpe.

No había nadie. El televisor encendido mostraba el recital televisado de un santón hindú.

Durante un breve momento le resultó todo extrañamente tranquilizador. La sensación se difuminó cuando vio el cuerpo tendido en el suelo.

Entrecerró los ojos. La postura era poco clara. Cuando vio que el cuerpo no tenía cabeza y que había pisado un charco de sangre, se quedó paralizado por el horror.

Una figura se acercó a él con rapidez y le propinó un golpe en la cabeza con algo pesado. Cuando cayó al suelo, siguió golpeándolo con fuerza, como si estuviera combatiendo con un elemento díscolo de su propia naturaleza.

26

Laura lo miró de arriba abajo con los ojos entornados.

—¿Te has disfrazado o te has vestido a oscuras? —preguntó tomando asiento.

—Muy graciosa —contestó Varun.

Julián entró en la sala de reuniones y se sentó.

—Noticias —espetó mirando a Varun, a su lado.

Este informó que un empresario español llamado Agustín Calatrava estuvo en contacto con un español residente en Bombay llamado Vicente Navarro. Explicó que había barrido el ciberespacio en busca de todas las personas con las que Agustín había mantenido contacto durante toda su vida personal y profesionalmente. Surgió que Roberto Gutiérrez y Carmen Rosales eran antiguos compañeros en la universidad y, después, en los laboratorios Onega, donde compartían experimentos.

Agustín dejó el trabajo para crear una empresa farmacéutica. Roberto le confió lo que él y Carmen habían planeado. Fue Agustín quien le hizo saber a Vicente, en la India, la presencia de los dos españoles y el valor del virus que habían descubierto.

Julián levantó mano.

—Un momento. ¿Podemos analizar todo esto?

Laura permanecía cruzada de brazos.

—Lo que sucede es lo siguiente. Agustín tiene aquí, en España, el antivirus o cura para los efectos de ese virus que Roberto y Carmen crearon con la intención de venderlo y hacerse ricos. Contrató al español residente en Bombay para robar las muestras porque quiere probar sus efectos entre la población india para evaluar su efectividad y poder vender la vacuna.

—Por lo que nos atañe. ¿Creéis que puede existir algún tipo de peligro biológico aquí en España?

—Por lo que yo he podido averiguar, Agustín Calatrava no ha elaborado el virus. Pero conoce la fórmula —contestó Varun.

—Entonces, es de carácter urgente dar con él —dijo Laura.

Julián ignoró su comentario.

—Varun, informa a Hassena. David Rivas tiene que localizar a ese tal Vicente Navarro y averiguar dónde está la muestra del virus.

Este salió con rapidez de la sala de conferencias.

—Las probabilidades de que la Organización Mundial de la Salud se preocupe es bastante remota —comentó Laura—. Y que el gobierno indio decrete un estado de alarma es bastante improbable.

—La gente muere en la India por toda clase de enfermedades evitables, como la tuberculosis o la malaria, o por accidentes domésticos o un problema estomacal. Si acaban muriendo cien personas por este virus, los medios de comunicación no prestarán ninguna atención. En un país occidental como España ocurriría todo lo contrario. Nada más conocerse la noticia, los primeros curiosos serían una veintena; los morbosos, el doble, y en pocas horas tendríamos a todos los medios de comunicación acampados en las inmediaciones de los hospitales y emitiendo en directo las veinticuatro horas.

Laura se levantó.

—Voy a encargarme de ese tal Agustín Calatrava.

—Un momento. ¿No crees que podrías dar la operación a uno de tus hombres?

—¿Y eso?

—Por nada en concreto. Solo que quizás este trabajo podrías delegarlo en un agente operativo y tú, mientras tanto, encargarte de otros asuntos.

Aunque Laura no estaba de acuerdo con la mayoría de las decisiones que él había tomado en varias ocasiones, en su fuero interno quería pensar que seguía siendo de utilidad y no había comenzado a extinguirse su figura en el Cervantes. Llevaba ya años haciendo el mismo trabajo. Quería creer que su presencia era importante y esencial, pero cada vez era más consciente de que los agentes eran prescindibles. De lo contrario, si caían durante una operación, la pérdida para la organización sería terrible. No habría reemplazo y esto acabaría con ella. El Cervantes debía tener siempre operativos listos y preparados. ¿Estaba siendo demasiado exigente consigo misma?

—¿Tienes a alguien en mente? —habló al fin.

—A Fabián, por ejemplo. —Durante un instante, ella pretendió sostenerle la mirada con cierta superioridad; sin embargo, nada más encontrarse con los ojos de su jefe, cambió de opinión y asintió, como si tuviera que meditar la decisión.

Julián se puso de pie y añadió:

—Piénsalo.

PARTE CUATRO

LA OPERACIÓN

27

David engrasó y limpió la Glock. Comprobó y verificó el mecanismo de disparo. Se lavó las manos, se guardó la pistola bajo el faldón de la camiseta y salió a la calle. Se subió en la moto y arrancó y se fundió en el tráfico pensando solo en detener la tragedia que estaba a punto de ocurrir.

RINKU HABÍA SALIDO del almacén y avanzaba con la bicicleta de reparto por la ajetreada calle repleta de oficinas. Cuando llegó al edificio de su primera entrega, ya tenía la espalda sudada. Del bolsillo sacó la lista e identificó la fiambrera metálica.

El único distintivo que indicaba en la puerta que había oficinas era una placa dorada con distintos nombres de inquilinos. «Navarro Import-Export».

Tocó el timbre.

Abrieron y entró al vestíbulo. Enfrente tenía un pasillo estrecho con escasa iluminación. Por un instante, percibió algo inusual, peligro. Se giró a la derecha y vio el cañón de una pistola junto a su cabeza. Rinku lo miró de arriba abajo. Había algo en el aspecto de aquel extraño que lo apuntaba con el arma.

David observó al hombre con atención y percibió una crueldad autoindulgente en sus pupilas. Era él.

Rinku entrecerró los ojos como si le molestara su presencia: sonrió con un gesto horrible, logrando expresar las pesadillas enterradas en el más manido manual de psicología. Volvió a sonreír otra vez, esta vez de manera más exagerada, con una expresión de desdén en su boca, como si la sociedad en general quedara por debajo de sus estándares.

David apretó el gatillo.

La sonrisa se desvaneció.

DAVID SUBIÓ CORRIENDO por las escaleras. Entró en la oficina de Navarro Import-Export e hizo un gesto con la cabeza a dos hombres: salieron con una bolsa negra de plástico y un cubo con un mocho.

Vicente estaba en una silla, pálido. Sentía que algo se revolvía en su interior.

David cogió otra silla y se sentó cerca de él. Vicente sabía que no

le quedaba mucho tiempo en este mundo. Pero luchó por decir lo que tenía que decirle.

—Tú eres el misterioso español que vive aquí en Bombay. Un justiciero que prefiere permanecer en el anonimato. —David permaneció tranquilo y en silencio mientras le escuchaba hablar con voz temblorosa—. Se cuenta que has matado a muchos terroristas y eres miembro del crimen organizado. Hay quien dice que todo es mentira, propio de una película de ficción. Eres tú, ¿verdad?

Se escuchó cerrarse de un golpe la pesada puerta metálica del edificio. David se levantó, miró por la ventana y observó a sus dos hombres tirando en la parte trasera de un camión el cuerpo de Rinku dentro de la bolsa negra junto con el cubo y el mocho. Hicieron lo mismo con las fiambreras y la bicicleta y se apresuraron a desaparecer con destino a una incineradora industrial de residuos. David volvió a tomar asiento y miró a Vicente a los ojos.

—Quién sabe a cuántas personas has matado. ¿Vas a matarme a mí también?

—Dime tú qué voy a hacer contigo. Si fuera quien dices que soy, que asesino terroristas, que son hombres perversos que matan inocentes y que merecen una muerte dolorosa y violenta, ¿qué crees que has hecho tú para que esté yo aquí?

Hubo un silencio profundo.

—La verdad es que ya no puedo más —confesó Vicente, y se echó a llorar—. La verdad es que estoy harto de ver excrementos de vacas en las calles, de la hipocresía de los indios, de la falta de empatía de la gente —las palabras le salían a borbotones entre hipidos—, de la falsedad de mis suegros y del resto de familiares de mi mujer con los que tengo que representar el papel de extranjero con mucho dinero, inocente, tonto, sincero… ¡Estoy más que harto! Quizás buscaba una salida cuando me metí en este asunto. Ya no aguanto más los pitidos de los cláxones, los humos tóxicos de los tubos de escape de millones de vehículos, el ruido, el graznido de los cuervos, que me vuelve loco, la mendicidad, la basura putrefacta en cada esquina, la humedad, el calor, la mala calidad del agua, la comida picante, el polvo que se me pega en la cara, mi prematura calvicie y mi aspecto avejentado. Estoy harto de esta ciudad oxidada de mierda que se cae a trozos. Odio cada vez más este país.

Un estrépito hizo que David corriera hacia la ventana. Al otro lado de la calle, junto a un templo hindú, varios hombres encargados de una mudanza, en vez de sacar los muebles de forma ordenada, los tiraban por las ventanas.

Se giró y observó con detención el triste semblante de Vicente, que siguió hablando.

—Tienes que irte de aquí cuanto antes.

David parecía no escucharle y continuó el soliloquio.

—Mi mujer quiere que vistamos como occidentales. Yo intenté abrazar la India, su cultura, sus tradiciones, la religión hindú, pero ella quiere que representemos la imagen de que somos muy pudientes. Como si fuéramos de la élite de multimillonarios indios: que frecuentemos tiendas y grandes almacenes, que compremos comida *gourmet*, que vayamos restaurantes de estilo occidental, que seamos miembros de los clubes reservados para la camarilla de indios ricos que visten ropa occidental y juegan a deportes occidentales y escuchan canciones occidentales y ven películas occidentales y son seguidores de clubes de futbol occidentales y no dejan de hablarte de temas de actualidad que ocurren en Occidente…

—Basta, Vicente —ordenó David.

Vicente se quedó mirando un punto perdido en el suelo y volvió a hablar.

—El hombre que has matado se llamaba Rinku. Antes de hacer el reparto de las fiambreras vino para cobrar el dinero en metálico que le prometí.

—¿Eres consciente del número de personas que habrías matado expandiendo el virus que contenían las fiambreras?

Vicente ni se inmutó, pero, de improviso, se sacudió con una risita trémula, desnuda, sin apartar los ojos del suelo.

28

Vicente Navarro recibió un correo electrónico de la oficina comercial de la embajada de España en el que le informaban acerca de una misión de empresas farmacéuticas a Bombay.

—Fue allí donde conocí al «empresario de éxito», como le gustaba definirse, Agustín Calatrava, durante el coctel que se celebró en el hotel Marriott. Yo tan solo buscaba contactos para representar en la India a alguna empresa española. Como había trabajado, hacía muchos años, en la oficina comercial de la embajada española en Nueva Delhi, tenía muy buena reputación.

»Agustín ya sabía que yo era un empresario residente en Bombay y, tras indagar en mi pasado profesional, se me acercó en la sala de conferencias y me invitó a desayunar al día siguiente para conversar sobre sus proyectos empresariales y la India. Lo interpreté como el comienzo normal de una relación de negocios. Pero, tras hablar durante varios minutos sobre temas triviales, me contó lo que tenía planeado. Me habló de dos amigos suyos, españoles también, que habían desarrollado un nuevo virus. Vivían en Goa, donde habían montado un pequeño laboratorio. Me ofreció dos millones de euros por apropiarme de la muestra —concluyó Vicente, y rompió a llorar a lágrima viva—. Te juro que mi intención era obtener esa muestra, no asesinarlos. Ese loco de Rinku tomó la iniciativa.

—¿Te reuniste con Roberto y su pareja en Goa?

Vicente parecía no prestarle atención.

—Agustín me dio el correo personal de Roberto, ya que desconocía su número de teléfono. Así pues, le escribí, le dije quién era. Que fuera otro español residente en la India le dio confianza, según me respondió. Le expliqué que representaba a una firma farmacéutica que tenía interés en comprar su virus. El hecho de que Agustín Calatrava, el conocido «empresario de éxito», me avalara me abrió las puertas. Lo llamaron y él les contó lo que habíamos planeado: que tenía compradores interesados y que compartiría un porcentaje de los beneficios al vender más adelante una vacuna. Yo haría de intermediario.

—Y en vez de ir tú, fue Rinku. Ellos debieron de resistirse, y él los mató. Dime, ¿cómo conociste a una persona como Rinku?

Vicente se lo contó sin problemas. Se encontraba en la estación de

ferrocarril de Andheri a primera hora de la mañana. El lugar estaba lleno de vendedores, viajeros y mendigos y puestos de té y de comida frita. Había una actividad frenética, como siempre. Cruzó la plataforma sobre las vías y esperó su tren en el andén.

Vio a varios *dabbawallas* con sus bicicletas. Daba la sensación de que eran de una misma comunidad, ya que tenían fama de ser unos trabajadores muy unidos. Se comentaba que no admitían a musulmanes ni hindúes fuera de la casta a la que ellos pertenecían. Se consideraban la aristocracia de los trabajadores manuales. Uno de ellos se puso muy agresivo con un pasajero que tocó con el pie, por accidente, una bicicleta cargada de fiambreras. La respuesta violenta fue solo verbal gracias a la rápida intervención de otros *dabbawallas*, que supieron calmar a su compañero y despedir con amenazas al asustado viajero.

—Siempre me ha fascinado esta gente —le aseguró—. Son un modelo social y empresarial. Cada fiambrera está marcada con una serie de números y letras de colores. A diario reparten miles y miles de almuerzos con trenes, carretillas y bicicletas con una tasa de error de uno sobre veinte millones.

Vicente observó a los hombres, que se habían agrupado en el andén frente a él. Iban vestidos de blanco: gorra blanca, *kurta* la mayoría y los otros, camisa y pantalón blanco. Los había de todas las edades y alturas. Cogían *dabbas* de sus bicicletas y se las intercambiaban mirando y tomando notas en unas listas y las iban metiendo en cajas de madera. Se fijó en cómo apuntaban los códigos en cada uno de los recipientes con las rutas de entrega.

Cuando llegó el tren y se detuvo en la estación, todos entraron en los vagones manteniendo en equilibrio sobre la cabeza las cajas de madera. Empujaban sin contemplaciones a la gente con la que se topaban en el camino. Cuando llegaban a otra estación, repartirían las cajas a otros *dabbawallas* que estarían esperando con sus bicicletas, y empezarían el trajín de nuevo.

—Y ahí fue donde contactaste con Rinku —dijo David.

—Yo seguía en el andén esperando a mi tren cuando me fijé en que un hombre que trataba de coger una última *dabba* de su bicicleta no consiguió subir. Con el tren en marcha, corrió y se la lanzó a un compañero para que la colocara en su lugar y llegara a su destino. Lo invité a un té y *pakoras*. Tomamos asiento en un banco del andén y charlamos. Ya sabes la impresión que le causa a un indio escuchar a un extranjero hablarle en marathi o en hindi. Se sienten con la necesidad de corresponderte siendo amables, mostrándote una sinceridad que no tienen con sus propios compatriotas. Así fue cómo Rinku se sinceró contándome que su familia era *varkari*, la subcasta a la que pertenecen los *dabbawallas*, pero que cuando era pequeño se

fueron a Kerala a trabajar en las plantaciones. Me narró sus penas y la tragedia que le hizo volver a Bombay. Me dio su número de móvil y cuando decidí llevar a cabo el plan del empresario Agustín Calatrava, lo llamé.

—Y hoy venía a recoger el dinero que le habrías prometido antes de hacer el reparto de las fiambreras.

—Doscientas mil rupias indias.

—¿Agustín Calatrava te pagó esos dos millones por la muestra del virus?

Vicente asintió; tenía los ojos enrojecidos, el rostro pálido y comenzaba a temblar.

—Una vez que Rinku consiguió el virus, Agustín me transfirió los dos primeros millones a una cuenta en un paraíso fiscal. Me prometió otros dos millones de euros después de propagarlo por Bombay. Aunque yo estuviera infectado, al igual que la mitad de la población de la ciudad, viajaría a Barcelona, donde él nos inocularía, a mi familia y a mí, el antivirus.

—Mucha confianza tenía en ti Calatrava. ¿Cómo sabía que cumplirías con tu palabra?

Vicente sacó muy despacio su móvil del bolsillo, tocó varias veces la pantalla y le mostró diversas imágenes: los cuerpos ensangrentados de Roberto y Carmen.

—El loco de Rinku me mandó las fotos y yo se las mandé a Agustín.

David le arrebató el móvil y mandó un mensaje a Varun Grover, del Cervantes. El informático se encargaría de obtener todos los datos almacenados en el aparato. Después, se lo devolvió.

—¿No te has parado a pensar en el daño que habrías causado?

—Te doy el dinero si no me matas —le rogó Vicente, pertinaz; bajó la cabeza, trató de ocultar las lágrimas—. Tengo una hija y una mujer. No quiero dejarlas solas. —Lloraba desconsolado—. Te confieso que estaba convencido de que la gente enfermaría pero no moriría. La empresa de Agustín Calatrava distribuiría la vacuna, yo la representaría aquí en la India. Lo confieso. Pero no lo habría aceptado si hubiera sabido que es un virus mortal. —Se agarró una mano con la otra, igual que un niño que suplica, y le imploró llorando—: Por favor, no me mates.

—Te voy a decir lo que vas a hacer. Te vas a un país de Hispanoamérica. Tú lo eliges, pero te vas ya, esta semana. Mejor hoy que mañana. Allí utilizarás tu inteligencia e ingenio para salir adelante con tu familia como un hombre honrado. Nunca más volverás a poner un pie en la India. Si lo haces —le puso el cañón en la cabeza—, uno de los hombres que han estado aquí, en tu apartamento, y se han llevado el cuerpo de Rinku y las fiambreras, te

matará. No subestimes el crimen organizado de Bombay. Aunque cambies de número de pasaporte, tu foto de perfil, aunque viajes con nombre falso dentro de quince años, saltará la alarma y al poner un pie en la calle estarás muerto. Recibirás el número de una cuenta bancaria a la que transferirás los dos millones que recibiste. Ya me encargaré yo de que se invierta en proyectos de agua y saneamiento en los suburbios más pobres. Si no lo haces, te aseguro que habrá quien pueda tomar represalias. Desde donde estés podrás vender o poner en alquiler esta oficina y el apartamento donde resides. Llora todo lo que necesites ahora, pero te aconsejo que hagas esto lo antes posible.

Vicente no dijo nada. El frío tacto del arma le había dejado petrificado. Cuando abrió la boca para decir que sí, que lo haría, rompió a llorar a moco tendido. Se cubrió la cara con las manos y movió la cabeza aceptando la decisión.

David salió del apartamento y cerró despacio la puerta.

29

Laura entró en la cafetería en la que tuvo su primera reunión con Julián Fernández. Pidió en la barra y fue a sentarse con su pequeña taza de café cortado cerca de la ventana. El local estaba lleno de gente. Lo recordaba así, con el tintinear de los platos y las cucharillas, los murmullos de las conversaciones, los sonidos de la máquina tragaperras situada en un lateral y el inconfundible clac de las fichas de dominó al golpear las mesas.

Le vinieron a la memoria las palabras de Julián.

—El problema de los héroes fabricados por los medios de comunicación es que caducan a los pocos días, cuando sacan a relucir otra noticia que consideran rentable para seguir manteniendo la audiencia.

Ella sonrió al tiempo que sorbía su café.

Enderezó la espalda en la silla, cruzó los brazos delante del pecho y miró sin prestar atención.

Comenzó a darle vueltas a lo que Julián le había mencionado. «Fabián, Fabián…». Recordó una clase que impartió en la que él intervino.

—SE TRATA de manipular a tu objetivo —les explicó Laura a los agentes operativos—. Que la persona que tenemos delante se crea nuestras mentiras. Y que quiera creer en nosotros sin un ápice de duda.

Fabián levantó la mano.

—¿Sí?

—Pero puede detectar que miento.

—Muy bien. Entonces haces lo que hacen los israelís: utilizas esa situación como ventaja.

—No lo entiendo.

—Si actúas como infiltrado y crees que tu objetivo sospecha de ti, entonces deja que crea que ha descubierto algo.

—Pero entonces sabrá que todo es mentira, que estoy interpretando.

—No, reafírmate más en tu papel porque tu objetivo creerá que te conoce. Haz que un desliz sea una tontería que se te ha escapado. Si él cree que has desvelado algo sospechoso, que lo crea, pero tú sigue

como si nada, como si tu desliz fuera una cosa sin importancia. ¿Por qué? Porque establecerás una cosa muy importante, la confianza. Él cree que ha descubierto algo en ti por sí mismo. Pues déjalo, sobre esto se construyen las relaciones. Verá que tienes una actitud sincera, honesta y cualquier gesto o comentario impropio de la personalidad que estás interpretando lo verá como inocente.

Fabián volvió a intervenir.

—Y esa calma, esa tranquilidad, ¿cómo la consigues? ¿Haciendo meditación? ¿Con ejercicios de respiración? ¿Eso que llaman *mindfulness*?

—No, no.

—No entiendo. Hasta los deportistas hacen esos ejercicios para estar mejor preparados antes de salir a jugar.

—Tú ya estás preparado para enfrentarte cuerpo a cuerpo a una amenaza. Pero, aunque permanezcas alerta, tienes que dominar tu control mental.

—¿Cómo?

—Mediante el método que os voy a explicar a continuación.

A LAURA le gustaban aquellas clases que impartía porque se sentía un optimista al darse cuenta de lo mucho que podía aportar a aquellos hombres tan bien preparados en la lucha antiterrorista.

Disfrutaba analizando los comportamientos de aquel reducido pero exclusivo número de agentes. Estaba el cínico, al que le gustaba dar a conocer una idea que, según creía, a nadie más se le había ocurrido. Estaba el pragmático, que no dejaba de preguntar cómo conseguir cierto estado mental o cómo usar toda la información que ella les daba a conocer. Luego estaba el mini, que quería hacer, implicarse y saber lo menos posible porque pensaba que menos es más y mucha información mataba la espontaneidad, y, por lo tanto, como infiltrado no tendría capacidad para actuar con normalidad.

Pero ¿cómo hubiera definido a Fabián como alumno? ¿El cauto? En verdad era como Tom, que disfrutaba de aquellas clases sobre cómo infiltrarse en células terroristas: aprendían todo lo que podían, querían convertirse en los mejores operativos. Sin embargo, no dejaba de comportarse como un mini.

Recordó las palabras de un monitor durante un programa especial sobre técnicas de espionaje, sabotaje y asesinato en el que participó en un campo de entrenamiento en Hungría junto con gente de la CIA.

Como ella, sus compañeros de instrucción podían desenvolverse con absoluta comodidad en cualquier ciudad del mundo. Todos tenían licencia para matar en el cumplimiento de sus misiones y hacían uso de ese poder con demasiada frecuencia: «La ruta más rápida no siempre es una línea recta. La clave está en la aceleración. Por

ejemplo, la curva descendiente proporciona una aceleración inicial que compensa el exceso de espacio recorrido con respecto a la línea recta. Esto lo podéis interpretar en cualquier momento y circunstancia. Decidir es tomar una determinación sobre algo, una situación u oportunidad. Sobre todo, cuando hay mucho en juego o esta elección significa vivir o morir. Por eso, como dijo Tito Livio, "cuando la situación es adversa y la esperanza poca, las decisiones drásticas son las más seguras"».

No, a Fabián no le encomendaría ocuparse de Agustín Calatrava. Lo haría ella porque su actuación sería la más segura para acabar con la amenaza que representaba el empresario.

Laura terminó su café y se marchó de la cafetería.

30

David Ribas conducía su motocicleta hacia Juhu Tara Road, una zona turística de Bombay paralela a la playa. En contraste con la contaminación, el polvo, los bocinados y el apabullante tráfico de la periferia de la ciudad, aquel lugar era un auténtico respiro.

Los *autorickshaws*, las motocicletas y los demás vehículos empezaban a encender las luces. Ya se podían admirar los antiguos edificios de estilo victoriano dañados por el salitre, edificaciones de un tiempo en el que Pakistán, Bangladesh, Sri Lanka y Birmania estaban unidos por el recio yugo británico y pequeños reinos controlados por cínicos maharajás que, para no perder poder, se dejaban utilizar como juguetes por los colonialistas.

Una furgoneta Omni de color negro comenzó a seguirlo, manteniéndose a una distancia prudente. David se percató al verla en varias ocasiones en su espejo retrovisor. Así pues, decidió parar en una gasolinera.

La furgoneta lo siguió y aparcó en un lateral. David llenó el depósito de su moto y luego se dedicó a limpiarla con una bayeta mugrienta y un cubo de agua colocado junto al surtidor.

Un empleado de la gasolinera se acercó hasta la furgoneta y preguntó qué querían. El conductor se bajó y le dijo que los neumáticos necesitaban aire.

David echó un rápido vistazo y notó dos o tres siluetas dentro del vehículo. Se preguntaba quién podía seguirlo y desde cuándo lo estaban haciendo. Hizo un rápido repaso mental, por si durante el día había visto la furgoneta. No lo recordaba, pero era muy corriente y habrían mantenido una distancia de dos o tres coches entre ellos.

Arrancó el motor, salió de la gasolinera y se incorporó al denso tráfico. Decidió ir a un popular restaurante con mesas y taburetes de plástico invadiendo la acera. Aparcó y entró.

Pidió un té masa y unos huevos revueltos con *paratha*. La furgoneta aparcó en el lado opuesto de la calle. La puerta corrediza se abrió de golpe y descendió un hombre grande con el pelo rapado, extranjero. Hizo un gesto hacia el interior del vehículo.

Unas gafas de aviador colgaban de su regia nariz, el prototipo de turista que visita Bombay. Viéndole caminar en su dirección, daba la impresión de que no era su primer viaje a la India: esquivó el tráfico

con destreza hasta el lado opuesto de la calle.

Pidió una botella de agua mineral bien fría y se la llevó a la mesa de David. Se sentó enfrente de él. Se quitó las gafas, le mantuvo fija la mirada y sonrió.

—¿Tienes la intención de decirme algo o es que piensas quedarte ahí viéndome comer?

El hombre respondió soltando una carcajada.

—Me llamo Alexi y me preguntaba si te molestaría charlar un momento.

David siguió comiendo, tomándose su tiempo. Aquello no le gustó a Alexi.

—Ahí fuera tengo a unos amigos armados que esperan impacientes mi orden.

David levantó la mirada.

—Creo que tú y tus amigos os exponéis a un grave peligro.

Volvió a soltar una carcajada.

—¿Cómo es eso?

David hizo un gesto con la cabeza hacia el camarero. Este sacó una AK-47. Los comensales a su alrededor, que parecían meros habitantes inocentes de Bombay, sacaron sus armas. El ambiente estaba tenso.

David siguió comiendo, untando un trozo de *paratha* en el borde del plato, donde había quedado *ghee*.

—Vale, vale —dijo Alexi poniendo sus manos en los laterales de la mesa, dando a entender que no era ninguna amenaza.

David hizo un ademán con la cabeza al camarero y este hizo lo mismo a los demás, que volvieron a sus conversaciones y a su comida como si nada hubiera sucedido.

—Pues bien, si quieres hablarme de algo, hazlo.

Alexi le explicó durante cinco minutos el timo del que habían sido víctimas. Los jóvenes lo habían hecho tan real que era increíble. Nadie habría podido pensar que era todo mentira. David lo escuchaba con atención, asintiendo de vez en cuando y sonriendo al darse cuenta de lo ingenuos que habían sido los rusos al apostar tantísimo dinero.

—¿Y qué es lo que quieres de mí?

—El dinero de vuelta.

—¿Dónde está el joven que habéis secuestrado?

Alexi rio.

—La verdad es que no supimos que era sordomudo en un primer momento.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Que lo lastimamos un poco. —Vio ira en la cara de David y añadió—: Pero no corre peligro. Está sano. Está bien. Nos dijo por escrito que te contactáramos.

—¿Cómo habéis dado conmigo?

—Por la matrícula de tu moto y tu descripción. Llevamos desde ayer dando vueltas sin parar por esta zona de la ciudad, donde nos dijo el crío que te podríamos encontrar.

El ruso no era consciente de que aquél encuentro era fruto de un plan. David había servido como anzuelo, ya que era consciente de que Sameer les hablaría de él.

David pensó que lo primero que debía de hacer tan pronto se solucionara este asunto era cambiar de matrícula. También modificar su rutina

—Esto es lo que va a suceder. Primero me entregáis a Sameer. Luego pensaré qué hacer con vuestro dinero.

Alexi hizo un gesto de apaciguamiento con la mano extendida hacia adelante.

—Mira, entiendo que estás asociado con Hassena. Por eso quiero solucionar este asunto de la mejor manera posible. El crío nos hizo una descripción tuya. Me llamó la atención de que no eras indio. Por eso pensé en hablar contigo, porque creo que eres más receptivo a la hora de escuchar lo que quiero proponerte.

David apartó el plato y se limpió las manos con una servilleta de papel.

—Dime.

—Hemos sido víctimas de un timo muy bien organizado. Son unos críos y entiendo que no eran conscientes del peligro en el que se metían. También sabemos que nos confundimos y cogimos a un tal Sameer en vez de a Venky, el cerebro de esta operación.

—En eso estoy de acuerdo.

—¿Sabes cuánto nos han timado?

—He oído que asciende a tres millones de dólares.

Alexi asintió.

—Tú me entregas el dinero y yo te traigo a Sameer.

—Te doy el dinero ahora mismo y sacas de la furgoneta a Sameer —dijo David de inmediato

Alexi dio un respingo.

—¿Cómo sabes que tengo ahí fuera al crío?

—Mientras me seguías, te han estado siguiendo al mismo tiempo. Además, que entiendo que tus hombres no salen porque mantienen sujeto a Sameer.

Alexi miró alrededor.

—¿Tienes aquí el dinero?

David hizo un gesto con la cabeza al camarero y este sacó dos bolsas de deporte. Se las llevó y las puso en el suelo.

—Dos millones y medio —dijo empujándolas con el pie.

—¿Y el resto? —preguntó con sorpresa.

—Considéralo perdido. Ha sido donado para la construcción de

varias escuelas a alguna ONG.

—Eso no es lo que hemos hablado.

—Pagáis por haber sido víctimas de un timo tan tonto.

—¿Y si le corto los dedos a ese crío por haber sido partícipe? —soltó con los dientes cerrados. Su enfado estaba contenido.

—Ni tú ni tus amigos saldríais vivos. Una muerte muy lenta.

Alexi apretó de nuevo los dientes. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y, manteniendo contacto visual con David, marcó un número.

En el otro lado de la calle, la puerta corrediza de la furgoneta se abrió de golpe. Dos hombres, parecidos a Alexi, sacaron a Sameer. Cruzaron la calle y entraron en el restaurante.

—¿Estás bien? —signó David mientras se levantaba para abrazarlo. Los rusos se apresuraron a coger las bolsas.

Sameer movió las manos, indicando que solo le habían pegado unas bofetadas.

David lo señaló con el índice.

—Te lo tienes merecido —le dijo mirándole a la cara para que pudiera leerle los labios al tiempo que movía las manos a la altura del pecho.

—Tengo hambre —respondió.

—Pues siéntate a comer —replicó David, e hizo un gesto al camarero para que lo atendiera.

Alexi se aproximó.

—Entonces, cerramos el trato —dijo alargando su mano.

Ambos se dieron un apretón.

—Esta vez has salido airoso —le advirtió David—. Si tienes otro problema, acudes a Hassena. No tomes ninguna represalia por tu cuenta. Porque si vuelves a tocar a otra persona en esta ciudad, si vuelves a cometer este error otra vez, te mataré con tanta rapidez que no tendrás tiempo de mover un dedo. Olvidaos de que os hayan tomado el pelo unos críos de barrio y, hagáis lo que hagáis con vuestros negocios, id con tiento aquí, en Bombay.

Alexi regresó con paso rápido a la furgoneta y desaparecieron en el tráfico.

31

El club deportivo privado Sakura era frecuentado por la élite: los ricos, las camarillas de políticos, los periodistas, las prostitutas más caras y la gente de la farándula a la que le gustaba aparecer en lugares glamurosos para sentirse *influencers* aun no habiendo trabajado en su vida.

Los vecinos se quejaban de las ruidosas fiestas, pero el ayuntamiento no hacía nada. Cuando les llegaba una multa, se pagaba y volvía a suceder lo mismo.

Había un restaurante de lujo con terraza y jardín para más de cien personas y una sala de fiestas con una moderna pista de baile. Era mediodía y el clima no podía ser más apacible, típico del comienzo del otoño.

Los musculados porteros y los estrictos controles daban una gran impresión de seguridad. Laura García, mujer atractiva sin acompañante, no tuvo que esperar ni un minuto en la cola de la entrada. Los de seguridad daban preferencia a los clientes importantes, pero también las chicas guapas.

Los miembros del exclusivo club y sus invitados, gente con amplios recursos, iban vestidos con ropa cara, bebían y picaban aperitivos alrededor de la piscina. La música, aun siendo *chill out*, podía escucharse bien. Laura cruzó la zona de la piscina y se dirigió a la sala de fiestas situada al otro lado del edificio. Pidió una bebida en la barra y se volvió para estudiar el panorama. El lugar estaba abarrotado. Desde un acristalado cubículo, el DJ pinchaba la música electrónica que sonaba por los altavoces.

Toda la pared lateral de la sala era de cristal y se podía ver la playa y el mar a escasos metros.

Había muchas más mujeres que hombres. Chicas ligeras de ropa dispuestas a acostarse con cualquiera y hombres decididos a lo mismo.

Uno de ellos se acercó a Laura y la invitó a bailar. Ella rehusó con educación.

Al cabo de diez minutos divisó a Agustín Calatrava tal y como lo había visto en los materiales visuales que Varun Grover le había mostrado en el Cervantes; rondaba los sesenta años, tenía la boca carnosa con una expresión despectiva, la mirada intensa y la papada de un *gourmet*.

Iba vestido con una cazadora de cuero y una camisa ceñida que resaltaba su físico musculado gracias al levantamiento de pesas. Aunque procuraba seguir en forma, el alcohol y las comilonas le empezaban a pasar factura en la tripa. Iba acompañado de una joven atractiva muy delgada y tres guardaespaldas.

Por un tiempo, Laura observó desde la distancia cómo coqueteaba con ella. Le dijo algo al oído y ambos se pusieron a bailar. Los guardaespaldas se quedaron de pie fuera de la pista, pendientes en todo momento de la seguridad de su cliente.

Cuando cambio el ritmo de la música, Agustín comenzó a besarla en el cuello. Ella se desprendió con una gracia coqueta y cruzó la pista para volver a tomar asiento en el sofá. Él levantó los brazos al aire, rindiéndose, pero seguía alegre y entusiasta. Cruzó la pista, se sentó junto a ella y hablaron un momento. Agustín se levantó y se fue a la barra. Mientras esperaba al ajetreado empleado a que le sirviera, dirigió una fugaz mirada a Laura. Ella lo observó a su vez y se aproximó.

—¿Quieres una copa? —preguntó él.

—La verdad es que no —contestó ella—. Tengo el estómago vacío y estaba pensando en pedir algo de comer. ¿Alguna sugerencia en el menú?

Él hizo un gesto de disgusto.

—¿Cómo te llamas?

—Sofía.

Él se fijó con descaro en su atlética figura.

—Aquí no pidas nada de comer. Conozco un restaurante cerca de la playa. Si me permites que te invite, podemos ir ahora mismo.

Laura hizo un gesto hacia la chica sentada en el sofá, que se estaba haciendo un *selfie* poniendo morritos y alzando el índice y dedo medio al aire.

—A tu amiga quizá le importe.

—Es una conocida —dijo haciendo una mueca de desprecio—. No le importará.

Laura sonrió y asintió. Agustín hizo un gesto al aire para llamar la atención a sus guardaespaldas e indicarles que se marchaba a espaldas de su joven acompañante. Uno de sus empleados se aproximó de manera discreta y él le dio instrucciones sobre la joven y un fajo de billetes.

Tenía un Jaguar último modelo impresionante que el aparcacoches aparcó junto a la acera. Agustín abrió la puerta de pasajero para que entrara Laura y luego, dando la vuelta por detrás del coche, tomó las llaves del empleado, le dio una buena propina y sentó frente al volante.

El coche salió veloz a la carretera.

—Los negocios te van bien —comentó Laura, admirando el interior del vehículo de lujo.

Agustín rio.

—No van mal, la verdad.

—¿Eres constructor o te dedicas al sector inmobiliario?

Se rio de nuevo e hizo un gesto al aire con la mano derecha desechando el comentario mientras sujetaba el volante con la izquierda.

—La farmacia.

—¿Eres farmacéutico? —preguntó con fingida sorpresa.

Agustín soltó otra vez la risa.

—Bueno, no exactamente. Digamos que tengo una empresa que se dedica a la dispensación de medicamentos, productos sanitarios y farmacéuticos.

—Vaya, los beneficios pueden ser escandalosos gracias a las patentes.

Agustín le devolvió un gesto afirmativo con la cabeza. Enfrente, el semáforo se puso de color ámbar y él aceleró antes de que cambiara a rojo.

—Desde luego, no puedo negar que no me haya ido bien con la reciente pandemia.

—Gracias a que los políticos actuaron al dictado de la industria farmacéutica.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él manteniendo la sonrisa a duras penas.

—Pues que, aparte de multiplicar por miles los porcentajes de beneficios, el gobierno ha eximido de responsabilidad a los laboratorios si sus vacunas provocaban efectos secundarios.

—Pero los políticos siempre hacen su papel, desmontan un circo para pasar al siguiente: cambio climático, sequía, malas cosechas, hambruna. Desconozco las políticas del gobierno. Yo me dedico a la investigación y a la producción de productos farmacéuticos.

Laura se giró y lo miró por unos segundos manteniendo su hermosa sonrisa.

—Cuando los perros tiran el hueso, es que la putrefacción es ya absoluta.

—Yo siempre digo que hay que tener cuidado con los juegos de humos y espejos que se traen los políticos —dijo Agustín mientras sus manos sujetaban el volante con fuerza—. En política todo sucede por una razón. No hay que picar el anzuelo. En la pista del circo hay payasos, domadores, magos y equilibristas.

Laura lo observó. Era consciente de que podía matar a aquel hombre en un instante empleando una sola mano: aplastándole la tráquea o rompiéndole el cuello.

—El sector sanitario es uno de los más vulnerables a la corrupción —comentó ella—. Se ha visto durante la pandemia.

—¿Cómo?

—Los grandes suministros de medicamentos como inmunodepresores, anticoagulantes, antirretrovirales y tantos otros para las administraciones públicas se negociaron sin publicidad. El *lobby* de la industria sanitaria tiene las puertas abiertas en las instituciones gracias en gran parte a la adjudicación de contratos un tanto opacos.

—Te equivocas. Es normal y conveniente que las empresas busquen profesionales en las administraciones públicas, ya que conocen bien los procedimientos legislativos y así se evita incurrir en errores que pueden acarrear incluso consecuencias penales.

Agustín decidió cambiar el recorrido. Aquella mujer que tenía sentada a su lado no era una prostituta de lujo o una *escort* profesional. «Quizás sea una periodista de investigación». Decidió subir la apuesta.

—Tengo un excelente vino en mi casa y *pantumaca* con caviar de *wagyu*, un producto para sibaritas y amantes de lo especial. ¿Qué me dices? ¿Te parece si continuamos allí la conversación?

—Me parece una estupenda idea.

AGUSTÍN APARCÓ en la rampa y ambos descendieron del vehículo.

La casa era muy grande, de estilo moderno y apartada de la calle. A diferencia de otras viviendas, el jardín no estaba cuidado. El césped no se había cortado desde hacía tiempo y había muchas hojas apelmazadas en el suelo. Eso le confirmó a Laura que ni era su residencia habitual ni habría vino ni *pantumaca* con caviar.

Oyeron el estallido del ladrido frenético de un perro que parecía grande.

—No te preocupes —le dijo Agustín sacando las llaves de su bolsillo—. Está atado con una cadena en la parte de atrás. Desde que aparecieron jabalíes salvajes en el jardín, he tenido que tomar medidas.

Una vez en el vestíbulo, Agustín aseguró la cerradura sin encender las luces.

Laura, de pie en el salón, mantuvo la tranquilidad.

—¿Vamos a permanecer en penumbra todo el tiempo?

Él no contestó. Los ladridos del perro aumentaron al detectar el animal presencia dentro de la vivienda.

Ella era consciente de que, si perdía la seguridad en sí misma, si se dejaba llevar por las emociones en lugar de por la inteligencia, moriría.

Agustín miró por la ventana para detectar algún peligro o

movimiento inusual. De pronto, recordó que los teléfonos delataban la posición de sus dueños aun cuando estuviesen apagados.

—Dame tu móvil un momento.

Laura, sin dudarlo, se lo tendió y él se lo arrebató con rapidez. Fue a la cocina y lo metió en el microondas. A los pocos segundos se escuchó un leve sonido, como un globo que explota; unas chispas iluminaron la cocina.

Agustín abrió un cajón y cogió un cuchillo pequeño pero afilado; se lo guardó en el bolsillo. Volvió al salón.

—Siéntate.

—No, gracias. Quiero saber a qué se debe todo esto.

—Me lo dirás tú. ¿Quién te ha contratado? Eres una buena actriz. Tu nombre no es Sofía. ¿Eres periodista? Policía no creo, ya que no utilizan a mujeres como anzuelo para hacer el trabajo sucio. —Mientras él hablaba, Laura se limitaba a estar ahí de pie sin decir nada, sin hacer otra cosa que observarlo—. ¿Te ha pagado alguna empresa extranjera para localizarme? ¿Con qué propósito? Ah, ya me lo imagino. Pretendías robarme información confidencial, ¿verdad? Era eso. ¿Quién fue? ¿Johann, el austriaco?

Su silencio le estaba haciendo perder los nervios. Dio unos pasos hacia adelante y levantó la mano para golpearla. A Laura no le costó mucho esquivar el ataque y al mismo tiempo responder con un golpe en pleno estómago y otro en las piernas que le hizo perder el equilibrio.

Agustín cayó al suelo.

Laura sacó una pequeña pistola escondida entre su ropa.

—Boca abajo y no te muevas —le amenazó—. Se acabó. Puedo asegurarte que todo el material almacenado en tus ordenadores ha sido vaciado y guardado en otro lugar. Empleados, amistades, contactos personales, familiares y profesionales, todos serán escaneados, y tomaremos medidas contra quienes sepamos que son una amenaza. Tú ya no representas un peligro para la humanidad.

—Están en juego millones de dólares —gritó Agustín poniéndose en cuclillas—. No lo entiendes. Podría hacerte muy rica.

Tenía el brazo derecho pegado al cuerpo, flexionado. Había sacado el cuchillo. Levantó el brazo e hizo el ademán de abalanzarse sobre ella. Laura deslizó el dedo por el gatillo y disparó. El cuchillo saltó de su mano y rebotó en el suelo. Agustín cayó de espaldas con la bala incrustada en la cabeza.

32

Laura entró en su apartamento. Puso música de *jazz* y se aproximó a la ventana. Cuando empezó a darse cuenta del atardecer carmesí, le pareció por un instante una mancha de sangre en el cielo acuoso. Enseguida se dio cuenta de que su subconsciente le estaba haciendo recordar una pared de otro lugar contra la cual reposaba la víctima de un disparo suyo, resbalando lentamente hacia el suelo.

Cerró las cortinas y apartó de su cabeza aquel pensamiento. Fue a darse una ducha y luego cenaría algo ligero. Por la mañana se enfrentaría a un nuevo día como siempre había deseado sentirse: llena de fuerza y satisfacción personal.

YA ERA DE MADRUGADA, pero no tenía sueño. En pijama y con bata, Julián Fernández trabajaba con su portátil en la mesa de comedor de su casa mientras degustaba con placer un *whisky*. El teléfono móvil sonó.

Tras conocer la noticia, sintió una emocionante inyección de orgullo y optimismo por sus éxitos al frente del Cervantes, como lo fueron en su día los reclutamientos de David Ribas y Laura. Se quitó las gafas y sonrió satisfecho.

Al día siguiente le comunicaría a ella que tenía que irse a Costa Rica para tomarse unos días de descanso. Respecto a David, él había tomado una decisión acerca de su propia su vida. Al margen de lo que le deparara el futuro, tenía claro que seguiría luchando por mantenerse con vida en un ambiente cada vez más peligroso y hostil, costara lo que costara. Pero ¿hasta cuándo?

Tomó otro sorbo de *whisky* y dejó que sus reflexiones reposaran. Volvió a ponerse las gafas y continuó trabajando.

TUMBADO BOCA ARRIBA, David Ribas miraba las aspas del ventilador de techo moverse con rapidez. Estaba satisfecho por haber evitado la propagación del virus y haber conseguido sacar a Sameer del problema en el que se había metido. Se daba cuenta de que su presencia en la India cambiaba el rumbo de los acontecimientos. Si no aprovechaba su capacidad de aferrarse a la vida, aquellos instantes de optimismo enseguida podían convertirse en una imagen que se desvanecería, pálida, reducida a una simple nota discordante.

Pero ¿a cuántas personas había matado hasta ahora? Hacía más de dos décadas que vivía sumergido en el submundo de Bombay, en asesinatos y caos, movido por el desafío de seguir vengando a su manera la muerte de su esposa. Se trataba de justicia. Se levantó de la cama y decidió salir a la *akhara* para entrenar.

El cielo, que hacía poco era un manto de granito y malva, se había vuelto rojo sangre.

En una parte del mundo era de noche; en otra amanecía.

FIN

David Ribas regresa en la decimosexta novela de la serie: LOS CRÍMENES SAGRADOS. Obtenla pinchando **AQUÍ**

Puedes encontrar todas las novelas de la serie David Ribas aquí:
Serie David Ribas

NOTA DEL AUTOR

Quisiera mencionarte que mi mejor recompensa como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de esta novela. Para mí es de suma importancia tu opinión, ya que me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer mi obra.

Si estás de acuerdo conmigo, te agradeceré que publiques una valoración y opinión honesta en la tienda de Amazon donde adquiriste esta novela.

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:

Amazon.com
Amazon.es
Amazon.com.mx

Muchas gracias.
Alfredo

ÍNDICE

Créditos
Prefacio

I. EL ASESINATO
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

II. EL LABORATORIO
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18

III. EL RECLUTAMIENTO
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26

IV. LA OPERACIÓN
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32

Nota del autor